

MUNICIPIO DE SANTANDER DE QUILICHAO

Bajofondo

Nueve historias de drogadicción

Raxson Montilla Narváez

DEPARTAMENTO
DEL VALLE



MUNICIPIO DE
CALOTO

MUNICIPIO DE
BUENOS AIRES



Facultad de artes integradas
Escuela de comunicación social y periodismo
2015

Bajofondo

Nueve historias de drogadicción

Raxson Montilla Narváez

Comunicador social y periodista

Director: Kevin Alexis García

Universidad del Valle

Facultad de Artes integradas

Escuela de comunicación social y periodismo

2015

Bajofondo

Nueve historias de drogadicción

Raxson Montilla Narváez

Resumen:

Nueve reportajes que intentan dejar noción de una problemática casi olvidada en Santander de Quilichao: el consumo de sustancias psicoactivas y la vida de los drogadictos que inundan las calles. Una generación de jóvenes casi desconocida que creció en medio de galería, los barrios populares y la vida alucinada.

Un universo en donde se ve reflejado el norte del Cauca, la cordillera central y su historia de narcotráfico, guerrilla y paramilitarismo. Las consecuencias de una guerra que ha dejado pobreza, delincuencia común y microtráfico en un municipio en donde la droga se ha quedado como parte importante del imaginario colectivo.

Palabras claves:

Santander de Quilichao, Cauca, Consumo de psicoactivos, Drogadicción, Periodismo, Reportaje, Prensa.

Tabla de contenido

El reportaje: herramienta para narrar historias sobre consumidores de SPA en Quilichao	5
Pocholón	25
El jíbaro	34
Hitler y el trompetista	46
La Pola y Fabio	58
El rapero del sacol	69
Los viajes de Ronny	76
El taller de Adrián	84
Juancho	93
Rehabilitación	102
Epílogo	120
Bibliografía	122

El reportaje: herramienta para narrar historias sobre consumidores de SPA en Quilichao

Recuerdo con claridad cómo en el 2010 los medios nacionales enfocaron sus miradas hacia Santander de Quilichao. Por primera vez en muchos años este pueblo caucano fue noticia nacional. Para *El mundo según Pirri*, el municipio era uno de los principales sitios de consumo de heroína, algo que no estaba muy lejos de la realidad. Creo que es el único lugar de Colombia en donde es igual o más fácil conseguir heroína que marihuana. Algo que confirma Salud Hernández-Mora en un reportaje para *El Mundo* de España, publicado el 9 de mayo del 2012: “basta tener dos euros (\$5.000) en el bolsillo y dar con uno de los muchos moto-taxistas que saben del negocio, para disponer de la droga en cinco minutos”.

Tener cifras precisas del número de consumidores es casi imposible, ya que en el municipio aún no se ha hecho un estudio riguroso del tema. No obstante, algunos medios escritos y digitales presentaron datos bastante llamativos: “en este pueblo nortecaucano de 80 mil habitantes, 8 mil muchachos entre los 10 y los 25 años han probado heroína”, (*La Silla Vacía*, 24 de diciembre 2011). Del mismo modo, en el reportaje de Salud Hernández-Mora, los datos de jóvenes que consumen heroína cambian rotundamente: Quilichao “en la actualidad tienen censados a 300, pero la cifra real supera los 1.200”. Por su parte, de acuerdo al último *Estudio nacional de consumo de sustancias psicoactivas en Colombia*, realizado por el Gobierno Nacional en el 2013, solo 3.592 personas presentaron abuso o dependencia de heroína en todo el país.

Sin embargo, lo que preocupa es que la drogadicción en Santander de Quilichao se ha convertido en una forma de vida, en una realidad normalizada y olvidada, no sólo para la ciudadanía quilichagueña, que ve diariamente como los jóvenes caen adictos a la marihuana, cocaína, basuco y heroína, sino a nivel nacional, en donde la problemática de este municipio nunca pasó a un segundo plano y se quedó en lo que mostraron los medios de comunicación. Cabe resaltar que en Colombia, el problema se ataca principalmente -por no decir de forma exclusiva- en las primeras instancias, en la fabricación, distribución y comercialización del

producto. Hasta ahora no existen en el país verdaderos programas para la prevención y el tratamiento de las adicciones a las drogas. En agosto del 2012, Gustavo Petro habló de la posibilidad de crear centros de consumo controlado de drogas en Bogotá, pero nunca se hicieron realidad, el primero que criticó la medida fue el procurador Alejandro Ordóñez quien dijo que la propuesta era inconstitucional. También, a mediados del 2014, el Ministerio de Salud tuvo que desmentir una supuesta noticia que publicaron en varios medios de comunicación nacionales y decía que “como parte de sus planes (del Minsalud) para prevenir el contagio de enfermedades como Sida y Hepatitis, entregaría un kit con jeringas a adictos a la heroína, para evitar contagios en esta población”. Además, es importante recordar que gracias a la Resolución 1441 del Ministerio de Salud, de mayo del 2013, se obligará a que todos los centros de tratamiento sean dirigidos por psiquiatras, para seguir un modelo médico-farmacológico de tratamiento.

Sin embargo, en Santander de Quilichao existe desde hace seis años el ‘Programa de atención para la prevención y tratamiento del consumo de sustancias psicoactivas’ que ofrece el Hospital Francisco de Paula Santander y el Centro Día. Fue creado por la actual coordinadora Patricia Sánchez y ofrece cuatro modalidades de tratamiento a los drogadictos: Ambulatorio, Internamiento, Atención Temprana y Tratamiento con Metadona. Aunque sus éxitos son cuestionables y al final depende de las Entidades Prestadoras de Salud (EPS). Para el tratamiento pide el aporte de un millón de pesos a estas entidades y ha mostrado algunos resultados destacables y ha ayudado a superar las adicciones de más de 100 jóvenes consumidores.

Por otro lado, son muchas las hipótesis acerca del consumo tan alto de heroína en Santander de Quilichao. Sin embargo, hay algunas que parecen explicar mejor esta situación. Primero, este municipio está ubicado en una zona de alto tránsito, comunica dos departamentos conocidos por el tráfico de estupefacientes: Cauca y Valle del Cauca; además de permitir el tránsito hacia el departamento del Huila y contar con una salida al mar Pacífico por el lado del Naya, situación que convierte al municipio en un sector estratégico para el narcotráfico. Segundo, por la dificultad que se ha encontrado en los últimos años para el tráfico y distribución de la droga, los traficantes han tenido que buscar alternativas de distribución más

locales, permitiendo que las sustancias psicoactivas comiencen a encontrarse con mayor facilidad y mucho más baratas. Esto lleva a que los jóvenes conozcan este tipo de droga fácilmente. Además de lo anterior, la heroína es una de las sustancias más adictivas, según algunos estudios es de un 95% su nivel de adicción.

El consumo de SPA como objeto de la investigación

El escenario de la droga es complejo y lleno de historia. Cabe destacar que generalmente el tema de la droga ha estado muy relacionado con el comercio y el crecimiento económico de los países. Restrepo habla del alcohol que en Estados Unidos entre 1920 y 1933 se prohibió a raíz de la famosa Enmienda 18, algo que favoreció a Estados Unidos en su formación de grandes fortunas. Lo que permitió y llevó poco a poco a que se insertara este negocio en las dinámicas financieras y productivas de la sociedad legal.

Sin embargo, la historia de las SPA no se centra sólo en el mercado y el comercio. Esta es una visión occidentalizada, porque realmente es una concepción que aparece con la llegada de los blancos en su proceso de colonización de las culturas nativas de diferentes territorios como América, Asia y África. El tema de la droga es mucho más antiguo. Antonio Escohotado nos muestra en su libro *Las drogas, de los orígenes a la prohibición* (1994), cómo desde el tercer milenio a. C. mediante una palabra que significaba “gozar” se hablaba de la planta de la dormidera, cuyos cultivos parecen originarios de Europa y Asia menor. Además habla de jeroglíficos egipcios que mencionan el jugo de cabeza de adormidera (opio), que hasta en libros como *La odisea* de Homero es mencionado, <<hace olvidar cualquier pena>>. Incluyo otro tipo de ejemplos que ofrece Escohotado: las bebidas alcohólicas aparecen referidas en diferentes manuscritos antiguos, por ejemplo, la Biblia hebrea. En china aparece el cáñamo o cannabis; en el año 4000 a.C. se le da un valor importante: “el cáñamo tomado en exceso hace ver monstruos, pero si se usa largo tiempo puede comunicar con los espíritus y aligerar el cuerpo” (tratado chino del siglo I). En América no se conocen plantas de este tipo hasta la conquista, pero sí se sabe que estas drogas se encontraban ahí desde mucho tiempo antes. El

tabaco es la principal, se utilizaba al igual que la hoja de coca con fines recreativos, religiosos y terapéuticos.

Aunque no hay una claridad respecto a plantas de tipo visionario o alucinógeno, se reconoce que en América desde mucho antes de la llegada de Cristo se consumían plantas similares o idénticas a las que hoy se conocen: el Yagé es un bejuco silvestre de cuya corteza se extrae un jugo alucinógeno. Esta historia genera, según Restrepo (1994), un proceso cultural que hay que tener en cuenta respecto al tema del consumo y la adicción a las distintas sustancias. Él compara el proceso comercial del café, el tabaco y el azúcar al de la marihuana, la cocaína y la heroína que en este momento son sustancias ilícitas. Acepta que son objetos diseñados para el mercado, que tienen un gran valor comercial y que por ende serían una fuente importante para mejorar la economía de un país, lo que de alguna forma puede insertar estas sustancias en algún momento en parte importante del comercio mundial legal.

Respecto al consumo Restrepo toma dos visiones: la occidental y la indígena. Por una parte, como ya se ha hablado, occidente desde el inicio vio estas sustancias como negocio y por ende, en la actualidad la experiencia de consumo está permeada por muchos factores, especialmente una visión similar a la del capitalismo: las adicciones y la dependencia se presentan como una forma de escapar de las responsabilidades que impone la sociedad – responsabilidad colectiva-, una pérdida de personalidad que el autor denomina <<suicidio psicológico>>. Los medios ayudan a que esta visión se imponga y predomine, una confirmación de la visión de Estado. Los prejuicios aparecen y toman fuerza. El miedo, la compasión, la limpieza y la hostilidad son las principales respuestas, que sin importar el caso, la sociedad impone como normas universales.

Por otra parte Restrepo destaca el imaginario indígena, que ve, por el contrario, el consumo de SPA como una herramienta de unión respecto a la comunidad, como una herramienta para fortalecer lazos, “como una ocasión privilegiada para adentrarse en el mundo de los gestos y las pasiones, a fin de decidir sobre el camino a tomar en casos de enfermedad o crisis comunitaria”. En conclusión, propone que hay que cambiar la mirada respecto a estos temas, que hay que ver la historia, ver el consumo como proceso cultural y analizarlo a partir de todas las visiones que existen. Restrepo esboza varias relaciones entre el consumidor urbano y el

ritual y plantea diferentes problemas en el consumo urbano. Por ejemplo, dice que lo que le hace falta a este tipo de consumidor -consumidor urbano-, es un seguimiento respecto al ritmo de consumo, alguien que lo guíe y lo lleve paso a paso por el mundo embriagado que generan las SPA, algo que no pasa en los rituales, ya que el chamán cumple con esa labor.

El periodismo narrativo

Aunque la drogadicción en Santander de Quilichao fue un tema muy explotado por los medios en el 2010, en la actualidad no aparece en las agendas de los medios de comunicación, algo que me intriga, ya que a pesar de las preocupaciones que generó en algún momento en varios sectores del país y el municipio, ha sido completamente olvidado. La situación continúa, no parece cambiar y mucho menos muestra señales de un verdadero apoyo o intervención por parte de los entes de control y hasta de la misma comunidad. Por esta razón, a medida que me acerqué al desarrollo de este libro, encontré que la mejor base para enfrentarme al tipo de textos que quiero es presentarlo como parte del ‘periodismo narrativo’, que define Juan José Hoyos en su libro *La pasión de Contar* (2009). Concepto que está más centrado en un proceso de inmersión del autor, donde la voz del narrador y la estética son importantes. Tanto así que he acotado aún más el tipo de formato al ‘Reportaje’.

Cuando leí lo que Tom Wolfe aseguró en su libro *El Nuevo Periodismo*: “Dios sabe que nada nuevo abrigaba mi mente, y mucho menos en cuestiones literarias, cuando conseguí mi primer empleo en un periódico” (Wolfe, 1973, p. 4), se me vino a la cabeza lo mismo que me sucedió cuando empecé a estudiar Comunicación Social en la Universidad del Valle, o cuando conseguí mi primer trabajo como periodista practicante en un importante periódico de Cali. Diría yo: Dios sabe que jamás me planteé terminar mi carrera con un libro que se acercara -por lo menos eso espero- a la literatura.

Los grandes escritores jamás soñaron en que nada de lo que iban a escribir para diarios o revistas fuese a causar tales estragos en el mundo literario... a provocar un pánico, a destronar a la novela como número uno de los géneros literarios, a

dotar a la literatura norteamericana de su primera orientación nueva en medio siglo. (Wolf, 1973, p. 4)

No espero que mi trabajo cambie el mundo literario actual, ni mucho menos. Pero eso sí, estoy seguro que está cambiando mi mundo: el literario seguro, porque lo está creando; y el personal, porque lo está transformando.

Sin embargo, decir que Wolfe tenía toda la razón es quedarse muy corto en el desarrollo del periodismo y su cercanía con la literatura. Primero, según varios autores, “El nuevo periodismo” de Wolfe no era tan nuevo, ni propio solo de Bellow, Barth, Updike o el mejor del lote, Philip Roth, por nombrar a los primeros autores que se referencian en su libro.

Lo que debe considerarse nuevo no es la presencia de la postficción en la cultura contemporánea, sino el peso que esta presencia ha adquirido, por encima de todo, el hecho de que ha desdibujado los límites aparentes que tradicionalmente venía separando las categorías estéticas y epistemológicas de ficción y no ficción. (Chillón, 1999, p. 186)

Juan José Hoyos habla de periodismo narrativo y afirma que la expresión “Nuevo Periodismo” usada por Wolfe, es bastante vieja. De acuerdo a este autor, la primera vez que se escuchó el término fue en la década de 1870, la utilizó por primera vez el crítico inglés Arnold Mathew, después de leer los relatos del periodista estadounidense William Tomas Sted, quien nació en Embeton en 1849 y murió en 1912 en el naufragio del Titanic. Mathew dijo que los textos del mencionado autor le recordaban la gran crónica de Daniel Defoe sobre la peste ocurrida en Londres en 1665, y publicada en 1722, llamada *Diario del año de la peste*. Asimismo, es importante recordar que Sted, durante su estadía en la capital británica, introdujo en el periodismo inglés la entrevista y la descripción de ambientes.

También fue llamado “Nuevo Periodismo” el que hicieron Pulitzer, Hearst y algunos de los diarios metropolitanos de Nueva York a fines del siglo XIX. Por eso se dice que los verdaderos pioneros de esta clase de relatos no fueron Capote, Hershey, Hemingway y ni siquiera Reed. Ya a comienzos del siglo XX algunos enviados especiales de los diarios metropolitanos de Nueva York habían desplegado su propio y brillante estilo narrativo en los despachos que enviaban desde los frentes de guerra.

Estos reporteros revolucionarios eran en su mayoría escritores que en muchos casos ya habían publicado alguna novela y/o cuentos, pero buscaban en el periodismo una forma de subsistencia.

Se puede encontrar entre los creadores del reportaje a escritores como Henry Morton Stanley, de The New York Herald; al cuentista Ambrose Bierce, corresponsal de The Examiner, de San Francisco y The New York Journal, ambos de las cadenas de periódicos de Hearst; al cuentista y novelista Mark Twain, colaborador habitual de los primeros sindicatos de prensa que vendían material literario y gráfico a los periódicos; a Stephen Crane, corresponsal de guerra del Journal en el conflicto contra España, en Cuba, y en la guerra greco-turca, y también escritor de novelas (Hoyos, 2009, p. 23).

Por esta razón, no hay que hablar de algo nuevo, desde tiempo atrás se han acuñado términos para este tipo periodismo, es más bien un fenómeno -manifiesto en la literatura, las artes audiovisuales, las ciencias sociales y el periodismo- que debe ser interpretado a la luz del advenimiento y consolidación de la sociedad de la comunicación en masas, un desarrollo de las viejas formas de producción y consumo cultural, las categorías tradicionales de valoración artística y la sensibilidad que los públicos han sufrido en el siglo XX; en sí, se ha vivido una conmoción radical por el impacto de las nuevas modalidades –géneros, estilos, actitudes, tecnologías- de comunicación social (Chillón, 1999, p. 186).

En conclusión, lo que ha existido es una desaparición de las barreras tradicionales trazadas entre las categorías de ficción y no ficción, un tema que varios autores han trabajado pero que muy pocos han aclarado. Lo que ha evolucionado es el periodismo, algo en lo que casi todos los autores concuerdan. El gran impulsador no fue un autor particular sino el auge de la prensa de masas, que permitió el crecimiento y el desarrollo de los suplementos dominicales de los periódicos y magazines europeos y norteamericanos del siglo XIX.

Fue un proceso que tomó varios años, desde los *penny press* y *sunday papers* hasta el periodismo amarillo de Pulitzer y Hearst. La evolución de la prensa fue progresiva, acogió formas expresivas de la fotografía y el desarrollo de la imagen con las caricaturas y las ilustraciones, todo con la intención de penetrar en el nuevo mundo del mercado de masas. De

este modo, la prensa de fin de semana -ante todo- comenzó a explorar las historias de interés humano, acoplando en sus publicaciones la doble vertiente de news-stories y fiction-stories. Proceso que convirtió los periódicos en la gran literatura de la sociedad de masas, despertando el interés de audiencias multitudinarias. Proceso que unió aún más la literatura con el periodismo, ya que obligó a los periodistas de fin de semana a apropiarse de las convenciones de representación de la realidad acuñadas por la literatura de ficción.

Por ejemplo, aún recuerdo cuando recibí mi primer proyecto para la sección del periódico de domingo en el trabajo. Escribía un artículo de salud para el fin de semana, en esas secciones que generalmente no tienen mucho valor y que creo pocos leen. Cuando miré el tema quise hacer una crónica sobre el caso de una niña que sufrió una fatal enfermedad y que por los retrasos administrativos de los directivos que manejan la salud en Colombia había muerto. Visité su casa, entrevisté a todos los familiares que pude y padecieron con ella, al médico que luchó por salvarla y le hizo la última gran cirugía y busqué reacciones de otros profesionales de la salud sobre el tipo de enfermedad y el caso particular.

Lo primero que dijo la editora al leer mi texto fue que tenía que volver a hacerlo, que la sección no era de crónicas y que debía ser más explicativo e informativo; no se trataba de la niña, ella era la excusa para hablar de la enfermedad, fue lo que al final entendí. Así es la sección de salud, supuse. Al final hice lo que creía justo, tratar de mostrar a Natalia como el personaje principal del artículo. Me traté de llenar de herramientas de la literatura para volver un artículo explicativo-informativo en una historia significativa –triste e importante para mí- y llamativa, un relato de la vida real.

A los personajes del periodismo literario se les debe dar vida en el papel, exactamente como en las novelas, pero sus sensaciones y momentos dramáticos tienen un poder especial porque sabemos que sus historias son verdaderas. Porque las fuerzas esenciales del periodismo literario residen en la inmersión, la voz, la exactitud y el simbolismo (Sims 1996, p, 12).

Sims define cinco conceptos básicos que se debe tener para entender el periodismo literario, un conjunto de reglas propio. Al contrario del periodismo normal, el literario busca la inmersión y exige sumergirse en complejos y difíciles temas, “tratan de aprender todo lo que

hay que saber de un tema” (Sims,1996, p. 19). Por otra parte está la estructura, que la compara con la arquitectura, donde se conoce el resultado final, lo que ayuda a centrarse más en la forma y el aspecto del asunto. Definir la estructura es un trabajo que implica más que organización. La exactitud es fundamental, hay que mostrar lo que se vio, escribir lo que se dijo, cómo se dijo, porque toda la información al saber de ante mano que es verdadera le da credibilidad y afianza la voz del narrador. La autoridad se hace manifiesta. La voz del escritor sale a la superficie para mostrar a los lectores que hay un autor trabajando. Por último, la responsabilidad como proceso legal y moral, aunque uno todo lo que ve vale dentro de la narración es importante entender que el escritor es responsable de sus revelaciones.

Aunque sabía que lo que tenía que hacer en la sección donde trabajaba estaba lejos del periodismo literario, después de este primer reportaje, que al final fue publicado el 25 de agosto del 2013, intenté seguir con el mismo estilo en mi trabajo. Fue un proceso complejo y que muchas veces se alejó más de lo que yo quería, sin embargo, puedo decir que en muchos casos logré implementar herramientas como diálogos directos, que normalmente no se encuentran en los artículos informativos.

Cuento esta historia porque, por esta y muchas razones más, voy a precisar este trabajo dentro de la denominación de ‘Periodismo narrativo’ en el género ‘Reportaje’. Creo al igual que Sims, en el primer caso y de Toro, en el segundo, que estos dos conceptos y lenguajes del periodismo son los que más se acercan a lo que quiero hacer y mostrar.

Sin embargo, cabe recordar que este tipo de periodismo ha tenido otros nombres. Es posible consignar al menos diez términos que se han acuñado para caracterizarlo: ‘literatura de hechos’ (literature of fact), “faction” (neologismo formado a partir de la contracción de las voces inglesas fact y fiction), ‘factografía’, ‘literatura documental’ (Dokumentarische literatur), ‘documentalismo poético’ y, muy específicamente, ‘postficción’, un término propuesto hace unos años por el crítico George Steiner, que se está dejando sentir sobre todo en la simbiosis contemporánea entre literatura y periodismo; además existen denominaciones genéricas como: nuevo periodismo, alto periodismo, periodismo literario, periodismo narrativo, literatura periodística y paraperiodismo; o apelativos referidos a géneros híbridos

concretos: novela de no ficción, novela testimonio, novela-reportaje, reportaje novelado, roman-vérité, novela documental, romanzo inchiasta o docudrama (Chillon, 1999, p. 185).

No obstante, estos conceptos dejan ver diversos intentos de expresar las caras de este fenómeno o alguna de sus facetas particulares. La cercanía que tienen los grandes reportajes con la literatura, siempre han enmarcado este tipo de textos en un entorno ambiguo entre dos grandes vertientes de la escritura. Por tal razón, qué mejor que utilizar los dos conceptos para definir este estilo: “Periodismo Literario”. Cómo decir que *A sangre fría* no es literatura o no es periodismo.

Lo que me interesó no fue sólo el descubrimiento de que era posible escribir artículos muy fieles a la realidad empleando técnicas habitualmente propias de la novela y el cuento. Era eso... y más. Era el descubrimiento de que en un artículo, en periodismo, se podía recurrir a cualquier artificio literario, desde los tradicionales dialogismos del ensayo hasta el monólogo interior y emplear muchos géneros diferentes simultáneamente, o dentro de un espacio relativamente breve... para provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva. (Wolfe, 1973, p. 22).

Es esto y mucho más. Es lo que Hoyos define como la pasión de contar, que ha existido a lo largo de la historia y que ha permitido el desarrollo del lenguaje oral, la escritura y todos los avances tecnológicos de la comunicación. En este caso, la intención es dar a conocer y hacer sentir, por medio de reportajes, lo que realmente viven los jóvenes quilichagueños consumidores de sustancias psico-activas (SPA).

El reportaje

Es una de las formas que tiene el hombre para apropiarse del mundo. No produce un conocimiento de la misma manera que lo hace el método científico, pero los haces de las luces que arroja sobre la realidad permiten al lector comprender mejor lo que acontece consigo mismo y en la sociedad y, en

consecuencia, le provee de elementos situacionales, necesarios para clarificar su condición de ciudadano y ser humano (Toro, 2011, p. 17).

Aunque no es la única definición de reportaje que existe, la idea de herramienta para apropiarse del mundo es maravillosa, todavía más que decir que es el género de la totalidad: investigación, análisis, literatura, arte, creación... como lo definen algunos autores contemporáneos. Por ejemplo, si leemos las definiciones de varios autores podemos llegar a la conclusión de que es una narración compleja que busca hacer una representación lo más fiel de la realidad; la herramienta más evolucionada, más especializada y más eficiente para hacer sentir y casi traer de nuevo a la vida una realidad pasada; que acoge cada uno de los géneros y técnicas tanto de la literatura como del periodismo: el cuento, la novela, los textos argumentativos, la crónica, la entrevista, la noticia, entre otros; y su alcance llega aún más lejos, también utiliza herramientas de algunas ciencias sociales como la sociología y la psicología.

Son muchas las definiciones que se han presentado a lo largo de la historia. Las primeras definiciones se centraron en la sensibilidad: “la esencia del reportaje es la representación vigorosa, emotiva, llena de colorido y vivencia personal de un suceso” (Dovifat, 1959, p. 22); después se trató de unir dos tipos de narración (literaria e informativa): “una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor-periodista” (Vivaldi, 1973, p. 46); sin embargo, después de años donde aparecieron más reportajes, los teóricos acoplaron a este mundo definiciones más completas y exactas: “el reportaje es el texto periodístico fruto de una investigación profunda mediante la cual el periodista describe, explica, informa, relata, analiza, compara e interpreta” (Echevarría, 2004, p. 23).

No obstante, estoy de acuerdo con lo que expone Hoyos (2009) sobre las definiciones que se encuentran del concepto, que en muchos de los casos son tan distintas que, a veces, se tiene la impresión de que los autores están hablando de géneros diferentes.

Más de medio siglo después, la confusión sobrevive. Algunos consideran el reportaje una información ampliada. Otros dicen que es un género desligado de la actualidad diaria. Unos cuantos autores sostienen que, ante todo, es un relato

fundado en la exposición personal de los hechos, escrito con estilo literario. Otros aseguran que es un informe más o menos extenso en el que se explora un hecho noticioso desde diversos puntos de vista. Ni siquiera entre los periodistas existe un consenso establecido sobre el asunto. Para algunos, el reportaje es una gran entrevista a un personaje de actualidad. Para otros, es una narración en la que se emplean los mismos recursos y el mismo estilo que en la crónica. (Hoyos, 2009, p. 21).

Por otra parte, el origen del término viene de la palabra *reportare* que significa “traer una noticia”. Pero este concepto ha evolucionado en las distintas lenguas. Por ejemplo, se acogió para el castellano de la expresión en francés *reportage*, la cual apareció en 1865 como una derivación del verbo *rapporter*, palabra que había dado origen anteriormente -en el año de 1829- al concepto anglosajón *reporters*.

Además, no se sabe exactamente cuándo apareció el primer reportaje de la historia, aunque Juan José Hoyos (2003), quien se adentra en la historia del género y sus principales expositores, afirma que todo inició con las crónicas que escribían los enviados de guerra, aproximadamente en el año 2400 antes de Cristo. Dice que los sabios persas utilizaron este tipo de discurso para dejar tallados en tablillas de arcilla los relatos de la guerra entre las ciudades de Lagash y Umma. Sin embargo, el mismo autor también afirma que el concepto reportaje, aunque se acoge desde un par de siglos atrás, se ha ido acotando hasta definirse mejor y diferenciarse un poco de la crónica.

A pesar de esto todavía la claridad es poca. Hay autores como Hernán Toro (2011), que argumentan que las divergencias entre algunos de los géneros tanto periodísticos como literarios y el reportaje aún son muy difusas. Aclara, de igual modo, que “con el reportaje, a diferencia de los otros formatos informativos, el lector está frente a un producto que, además de contener una serie de datos que dan forma y sentido a un asunto específico (gracias a los cuales, por lo demás, se establecen las bases para que, más allá de sus particularismos, los mencionados formatos sean considerados miembros de una misma gran familia), contienen otros elementos que sin dificultad podrían ser llamados estéticos”. Afirma también que la

estética hace que este tipo de formato pueda ser acuñado dentro de los denominados productos artísticos, sin que, por lo tanto, ello baste para que sea considerado de manera plena como uno de ellos. No obstante, las divergencias no quedan completamente claras, algo que a mi entender hace aún más atractivo el género.

Hay autores como Gabriel García Márquez que dicen que toda historia sobre hechos comprobables ocurridos en la realidad es un reportaje (Hoyos, 2003). Tomando esta definición, entonces, podría decirse que el reportaje ha existido siempre, que las pinturas pictóricas son reportajes gráficos, que todos los relatos de nuestros antepasados son noticias traídas al presente, crónicas de guerra o simplemente reportajes. Narraciones, que aunque en la mayoría de los casos son muy difíciles o imposibles de comprobar, creemos reales, ya que cuentan de alguna manera la historia de la humanidad.

Este cuadro nos permite analizar la diversidad de interpretaciones y matices:

Década	Autor	Definición
1950-1960	Emili Dovifat (1959: p. 22):	"La esencia del reportaje es la representación vigorosa, emotiva, llena de colorido y vivencia personal de un suceso... Y si queremos hacer justicia a la naturaleza vivida y personal del reportaje, lo denominaremos informe de hechos vividos".
1970-1980	Martín Vivaldi (1973: p. 46)	"Relato periodístico, esencialmente informativo, libre en cuanto al tema, objetivo en cuanto al modo y redactado preferentemente en estilo directo, en el que se da cuenta de un hecho o suceso de interés actual o humano; o también: una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor-periodista".
	Tom Wolfe (1977: p. 8)	"El «reportaje» era el término periodístico que denominaba un artículo que cayese fuera de la categoría de noticia propiamente dicha. Lo incluía todo, desde los llamados «brillantes», breves y regocijantes sueltos, cuya fuente era con frecuencia la policía hasta «anécdotas de interés humano», relaciones largas y con frecuencia repugnantemente sentimentales de almas hasta entonces desconocidas acosadas por la tragedia o de aficiones fuera de lo común dentro de la esfera de circulación del periódico... En cualquier caso, los temas de reportaje proporcionaban un cierto margen para escribir."
1980-1990	Vicente Leñero y Carlos Marín	"Los reportajes se elaboran para ampliar, completar, complementar y profundizar en la noticia; para explicar un problema, plantear y argumentar una tesis o narrar un suceso. El reportaje investiga, describe, informa, entretiene, documenta".

	(1986: p. 43):	
1990-2000	Alex Grijelmo (1997: p. 58):	“El reportaje es un texto informativo que incluye elementos noticiosos, declaraciones de diversos personajes, describe el ambiente, el color y que fundamentalmente, tiene un carácter descriptivo”.
2000-2010	Begoña Echevarría (2004: p. 23):	“El reportaje es el texto periodístico fruto de una investigación profunda mediante la cual el periodista describe, explica, informa, relata, analiza, compara e interpreta... va más allá del clásico Qué ha sucedido y Quién lo ha protagonizado y se fija fundamentalmente en el Cómo y el Por Qué se ha producido un acontecimiento. Antecedentes, contextualización, análisis, reacciones e interpretaciones son esenciales en este género”
	Juan José Hoyos (2003: p. 39)	“...el reportaje es periodismo pero también puede llegar a ser literatura. Los grandes reportajes son literatura. Literatura de la realidad, llena de verdad, de precisión y de belleza. Por lo tanto, prosa narrativa de valor estético que puede llegar a convertirse en arte.”
	Julián González (2004: p. 134)	“El reportaje aparece entonces como un género de géneros, en que se integran los hallazgos expresivos y técnicas de escritura acumuladas a lo largo de la historia del periodismo moderno, las formas y recursos narrativos que provienen del cine y el mundo audiovisual, los modos de seducir e impactar mediante recursos aprendidos de las artes gráficas y la publicidad. Implica una manifiesta vocación de profundización, investigación y estudio (acopio y comparación de documentos). Integra análisis e interpretación macizas, y está orientado a satisfacer demandas crecientes de entretenimiento social.”

Tabla 1. Definiciones del género Reportaje en los últimos 60 años. Fuente: Parratt (2003), Echevarría (2011) y selección propia.

El periodismo literario y el reportaje en Colombia

Según Juan José Hoyos (2003), el reportaje aparece con los “cronistas de guerra”; para el caso de Colombia los “cronistas de la Conquista”. De acuerdo a este autor, debido a la prohibición de las novelas y las obras de ficción de la época, la base del reportaje fue la crónica. A partir de esto, en Colombia empiezan a aparecer escritores cuya obra se puede catalogar o se inclina hacia lo que se denomina hoy como reportaje. *El Carnero*, escrito por Juan Rodríguez Freyle, en 1640, *El carnero* de Medellín, de José Antonio Benítez en 1797 y los relatos de viaje de Mercado Rivas *Los Trabajadores de Tierra Caliente*, publicados en 1850 en el periódico *El Neogranadino*, son ejemplos de textos precursores del reportaje en el país.

Sin embargo, el gran auge para este tipo de textos llega en el siglo XX, donde el número de publicaciones que se pueden catalogar como reportajes aumenta; los destacados son: *Secretos del Panóptico* de Adolfo León Gómez, publicado en 1905; *El 10 de febrero*, publicado sin firma en 1906; *El liberal*, publicado entre 1910 y 1920, texto periodístico escrito por Luis Zea Uribe; en la década del 20 la revista *Cromos*, fundada años antes, fue una de las grandes precursoras del modernismo en el periodismo colombiano, escritores como Guillermo Pérez Sarmiento, Luis Carlos Sepúlveda y Luis Enrique Osorio se destacaron como autores de entrevistas y reportajes y Luis Tejada surgió como el principal representante de la crónica.

Sin embargo, la década del 30 pasó sin pena ni gloria para el reportaje colombiano. Ya en los años 40, aflora de nuevo el género con nuevas publicaciones impresas como la revista *Semana*, fundada por Alberto Lleras Camargo y la revista *Sábado*, creada por Plinio Mendoza Neira.

Después de este gran resurgimiento llega el mejor momento del reportaje y del periodismo en Colombia. Al igual que en Norteamérica y Europa el desarrollo del Nuevo Periodismo y, por supuesto, el reportaje en Latinoamérica se ve fortalecido gracias a escritores que iniciaron o complementaron su itinerario por la literatura en los periódicos locales.

Fueron muchos los extraordinarios autores que se destacaron a nivel mundial tanto en castellano como portugués: Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, José Donoso, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique, Eduardo Galeano o Joao Guimaraes Rosa, representantes de países tan diferentes a nivel cultural como Colombia, Argentina, Perú, Brasil, México, Chile o Uruguay.

En Colombia, de forma particular, en los años 50 se destacan escritores como Guillermo Cano, Germán Pinzón, Leopoldo Pinzón y Marco Tulio Rodríguez. Y en la década del 60 aparecen los grandes escritores de reportajes: Gabriel García Márquez, Germán Castro Caycedo, Álvaro Cepeda Samudio, Juan Gossaín y Gonzalo Arango.

Aunque es conocido que no todos los grandes novelistas latinoamericanos se dedicaron en algún momento al reportaje, sí aportaron en gran medida a la literatura latinoamericana y mundial. Muchos entregaron parte de su conocimiento a la no ficción, en forma de ensayo, articulismo periodístico, prosa de viajes, crónicas, semblanzas y relatos, prosa miscelánea o

periodismo literario y reportajes. Una característica muy importante de la tradición latinoamericana y por supuesto colombiana es la rica tradición oral, donde el cuentero tiene un estatus importante. Carácter marcado en obras como *Memorias del Fuego* de Eduardo Galeano, *La tía Julia y el escribidor* de Mario Vargas Llosa o *Rayuela* de Julio Cortázar.

Sin embargo, uno de los autores que más aportó al periodismo fue García Márquez, con obras como *Noticias de un secuestro* (1996), un relato que se encarga de contarnos cómo sucedieron los múltiples secuestros ocurridos a principios de la década del 90; o sus innumerables aportes en periódicos de Colombia como *Caracas sin Agua*; *Chile*, *El golpe y los gringos*; o *Asalto al palacio*.

En Latinoamérica y Colombia también se conocieron periodistas de ciudad, reporteros que al igual que Talese, se interesaron por la realidad de las urbes, la vida del mundo real. Por ejemplo, *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*, libro de Leila Guerriero se puede acuñar en la definición de periodismo literario; es una serie de reportajes que cuentan la vida de un pueblo perdido en el sur de Argentina que tuvo que aprender a vivir después de sufrir una oleada de suicidios entre 1997 y 1999.

De igual modo, un autor colombiano que exploró las urbes es Germán Castro Caycedo, en su libro *Colombia X* (1999), presenta la visión de jóvenes entre dieciocho y veinticinco años que quisieron contar historias de su forma de vida en la década del 90. Aunque los personajes de este libro son en general jóvenes de estrato y nivel socioeconómico alto, las historias no se escapan del mundo de la droga y de la calle, algo similar a lo que presenta este trabajo.

En *Ay, gorda*, Antonia Quevedo habla de un mundo de múltiples relaciones, de promiscuidad, homosexualismo y de consecuencias extremas: una de sus amigas se murió de sobredosis por el dolor de un desamor. O por ejemplo, cómo jóvenes de estratos altos que no tenían necesidad ni dificultades económicas comerciaban con droga, sobre todo con cocaína, arriesgándose sin sentido a terminar en la cárcel. Como ella misma lo dice, “para ser yupi sólo hay que meter coca y dárselo a los amigos”. Por su parte, *Noche de cebras*, es una historia de vida en donde Daniel Mondragón nos habla de su visión de la sexualidad, su pasión por la Internet y las nuevas tecnologías en cuestión de mercado sexual digital. Además, nos muestra su forma de percibir la droga en Colombia (extrema: visión mística contra el rechazo total,

aunque hay gente que va por otros lados) y la compara con Europa y Estados Unidos (cuestión de rumba).

Otro autor colombiano que presenta un buen ejemplo de periodismo literario es Alberto Salcedo Ramos, se sumerge en el mundo de un adicto al basuco, preguntándose si éste con su fama de enamorado tiene realmente un amor verdadero. En esta crónica llamada *Amores de última página*, del libro *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas* (2005), se pretende mostrar cómo el protagonista no puede controlar el amor que siente por una chica que no le corresponde pero se aprovecha de él: se queda en la casa, pasa los peores momentos de su adicción con él para que la cuide y la alimente; sin embargo, lo ve sólo como una buena persona, un buen amigo, que según ella, “si supiera lo ridículo que se ve cuando se desnuda nunca lo haría delante de otra persona”.

Por ultimo, se presentan casos de periodismo que es muy difícil separar de la literatura; por su estilo particular de escritura y la forma de mostrar la realidad de Medellín, Carlos Sánchez Ocampo en su libro *El Contrasueño: historias de la vida desechable* (1993), presenta un claro ejemplo de la libertad que permite el periodismo narrativo. Hasta en el prologo del libro se hace referencia al estilo diferente de esta obra:

Es una colección de crónicas y reportajes como los que no vemos en los periódicos colombianos desde hace una década. Hablo de estos géneros – los géneros mayores del periodismo moderno-, y de la prosa de muchos lectores frente a este libro, porque el “nuevo” estilo implantado en nuestra prensa ha mandado a la trastienda lo mejor del periodismo escrito, lo que le da su estilo peculiar” (Sánchez, 1993, p. 4).

Por esta razón, pensando en la ciudad como escenario especial de la actualidad, lugar donde confluyen infinidad de culturas, gentes e historias, decidí, así como Pulitzer cuando compró el periódico *The World* y “mandó a todos a la calle a recorrer las esquinas de New York en busca de historias” (Sánchez, 1993, p. 5), salir a recorrer Santander de Quilichao en busca de esos jóvenes que viven en medio de la droga, para compartir y sentir con ellos su mundo. Para mí, es la forma más sincera de enfrentarme a este proyecto.

El proceso de investigación

La escogencia de este objeto de estudio se debió a la cercanía y al conocimiento que tengo de la región y de las personas que participan activamente en la problemática del consumo de droga. Sin embargo, la investigación fue un proceso complejo de relaciones de amistad y diferentes formas de observación e interacción. Por ende, para explicar paso a paso este proceso voy acuñar, en la medida de lo posible, lo que define Henri Peretz como ‘Las distintas etapas de la observación’ en el Capítulo III de su libro *Los métodos en sociología* (2000).

Peretz define como primer punto a tener en cuenta ‘Las relaciones del investigador con el ambiente que ha de observar’. Como dije al comienzo de ésta sección, la cercanía con la región y las personas estaba dada desde antes de iniciar la investigación. Me despertaba todos los días y encontraba en la calle a amigos y vecinos, con los cuales crecí, estudié y jugué, inmersos en un mundo poco conocido y desconcertante. Unas escenas tristes que pasan desapercibidas para la mayoría. De estas observaciones y vivencias surge la idea del proyecto.

Por ser quilichagueño y estar en el rango de edad de la mayoría de los consumidores, se me facilitó el segundo punto que define este autor como la ‘Entrada al ambiente’. Desde el inicio tuve un contacto más íntimo con algunos de los personajes de los reportajes; así que la pregunta: ¿con quién negociar?, estaba de antemano resuelta. Desde el comienzo hubo un par de amigos consumidores que colaboraron con información, relatos y contactos para definir pautas que me ayudaron a saber qué preguntar, de qué lado estar, a qué me enfrentaba y facilitaron la creación de ciertas alianzas iniciales. A partir de estos primeros acercamientos no fue sino cuestión de tiempo poder establecerme en el ambiente (punto tres en la teoría de Peretz).

Respecto a la forma de observación, esta vivió una evolución a medida que yo como investigador me adentraba más en lo que Peretz define como la organización. En primer medida, realicé una observación clandestina en ambiente cerrado, cuya gran ventaja se da porque permite observar una organización en su funcionamiento normal, de desenvolverse en un lugar que no aprueba la participación externa. Esto facilitó que tomara el rol de amigo, ya que por años he construido fuertes relaciones con los primeros consumidores a los que me

acerqué. La entrada clandestina me dio la posibilidad de no ceñirme a ninguna acuerdo, por ende, pude ser testigo de actividades ilícitas y reprochables en varios de los casos, algo que me obligó a no revelar la identidad de las personas observadas. Además, conseguí acercarme lo suficiente para mirar cómo es la vida de varios de estos jóvenes que comparten a diario la calle con la basura que deja la galería y los perros callejeros que en ella escarban.

A medida que me adentré más al mundo de los consumidores y conocí otros jóvenes, el tipo de observación mutó en una observación en parte clandestina y en parte al descubierto. Para explicar un poco más el concepto voy a poner un ejemplo: en varios de los acercamientos fui acompañado por alguno de los consumidores, alguien que ya sabía del proyecto y conocía con anterioridad el rol que iba a desempeñar en el grupo; no obstante, no todos los drogadictos podía saber cuál era mi intención, ya que para muchos el proyecto era una molestia y no querían, de ninguna manera, aparecer representados en este libro. La ventaja fue que pude ingresar al grupo y compartir con ellos algunas de sus vivencias. La desventaja fue que me alejó de algún personaje que hubiese querido entrevistar.

Por esta razón, no fue solo de palabras que se llenó cada historia, sino de imágenes, sonidos, olores y demás sentimientos que fueron recopilados por la inmersión que me permitió la cercanía a los protagonistas. Fue más de un año de interacción encaminada a la investigación y toda una vida de compartir con varios de estos chicos quilichagueños.

Respecto a la recolección de datos, el punto cinco que define Peretz, fue un trabajo casi en su totalidad de memoria y recordación. En la mayoría de los casos la toma de apuntes no se pudo hacer de forma simultánea con la observación y generalmente se hizo de forma secreta; el uso de recursos, por ejemplo grabadoras, fue restringido u oculto. La recolección de información comenzó desde el mismo momento en que inició la observación, traté que fuera lo más detallada posible. Otro fue el tipo de registro que se hizo en las entrevistas que organizaba fuera de los lugares que los consumidores normalmente concurrían. En esos casos se pudo hacer algún tipo de registro sonoro, aunque algunas veces se hizo de forma clandestina, porque los entrevistados no se sentían cómodos con los dispositivos.

El final de la etapa de recolección de datos llegó cuando sentí que el mundo de la droga en Quilichao se había abarcado casi en su totalidad. Aunque fue difícil llegar a ese punto creo que

con los nueve reportajes se logra crear una imagen del universo incierto que siempre ha sido la drogadicción en el municipio.

Para que la codificación de toda la información se hiciera más sencilla, en cada reportaje se dividió la información. Al trabajar con menos volumen, la selección y la búsqueda de significado de cada pedazo de realidad se hizo menos tediosa.

A cada una – nota o apunte- se le hará unas preguntas: ¿cuál es el lugar en la acción? ¿Quién participa en ella? ¿Qué hacen las personas para llevarla a cabo? ¿Qué dicen? ¿Cuál es el lazo entre esa secuencia y las otras? Se pondrán juntos los episodios que se han repetido en forma idéntica, se cerrará con un guión cuando una secuencia se diferencia de las otras. Se harán cálculos. Cada tipo de secuencia manifestada será objeto de un corto texto que aclare su significado. Algunas categorías surgidas de los testimonios de los observados o del pensamiento del propio redactor serán resaltadas a propósito de cada clase de acontecimientos. (Peretz, 2000, p. 116)

Después del proceso de codificación, la escritura de cada reportaje se hizo más sencilla. La imaginación ocupó un espacio pequeño en medio de la información recopilada. Cada relato se fue construyendo a medida que revisaba los apuntes, las grabaciones y algunos recuerdos que sin motivo no escribí. Al final cada narración tomaba forma y le daba orden a la estructura del libro que fue lo último en definir. Primero ubicar a ‘Pocholón’ y por último ‘La rehabilitación’ no fue gratuito. Así sentí ese mundo de extremos: un escenario en donde hay muchos pocholones y pocas posibilidades para rehabilitarse.

Pocholón

La silueta de Pocholón o Pocho, como lo llaman sus amigos, es fácil de distinguir, a pesar de la distancia su figura es clara y su tumbao único. Cuando camina parece pesarle más el lado derecho y que sus brazos escuálidos se llevaran la contraria con cada paso: mientras el izquierdo cuelga como rama seca, el derecho se contonea con la vida de una guadua en ventarrón. Mide 1,72 metros y pesa apenas 45 kilogramos, es tan delgado que al verlo de espaldas sobresalen como puñales los huesos de las escápulas. Se ve acabado y con la piel manchada, como casi todos los que andan en lo mismo que él. Depauperado como si padeciera anorexia y casi nunca comiera, y muchas veces es así, por lo menos cuando permanece largas jornadas con la mirada y la mente perdida divagando por cualquier lugar que le genere placer. En esos días no come y no duerme solo inhala basuco y recientemente heroína.

Cada vez que camina por la calle y mira a uno de sus amigos sonrío, lo saluda de la misma manera que lo hizo hace tres meses y hasta mucho tiempo atrás. Recuerda esa época en que andaba bien vestido, trabajaba en la semana y dormía en su casa la mayoría de las noches. Ahora lo único que cambia es su petición de despedida, lo que dice mientras mira con vergüenza el rostro de alguno de sus vecinos de toda la vida: “Parce, todo bien, regáleme 500 pesos”.

Pasa sus días en el rebusque y en la traba. Normalmente pide dinero a sus amigos, otras veces cuida motos en un supermercado y en las noches ayuda en el desarme y en el traslado de los puestos de la galería. Con este dinero le alcanza para encerrarse en la casa de su mamá o para perderse en las calles en medio de sus compañeros de vida. La traba se le lleva días y noches enteras. Se aísla del mundo, nadie sabe de él, ni el mismo.

Creció en una calle del barrio Morales Duque, el más grande y uno de los más populares de Santander de Quilichao. Pertenece a una familia que no vive sino que sobrevive, todos en la casa se dedican a vender frutas en pequeños puestos distribuidos por las calles del centro de la ciudad. Cada grupo familiar cuenta con una carreta de madera llena de frutas que arrastran todos los días, solo la abuela maneja un puesto fijo y vende comida en medio de la galería.

Es martes y muchas personas se alistan para el día de galería, preparan los puestos desde hoy a pesar que abre solo hasta el día siguiente. Los miércoles el comercio ocupa hasta ocho manzanas del centro de la ciudad. Son las tres de la tarde y el sol comienza a caer, los puestos de galería se levantan inundando la plaza donde queda ‘El Agáchese’. Al frente, el sol parece esconderse tras el Centro Comercial del Terminal, una construcción roja y gris que se levantó hace cuatro años, supuestamente, para acabar con la miseria y la perdición que dominaban el sector.

En el centro de la pequeña plaza el polvo se eleva con cada paso que da algún joven de los que hoy se reunieron a inhalar basuco y heroína. No todos comparten su dosis, algunos solo están ahí por costumbre, han encontrado en medio del bullicio de la música y la compañía de tantos muchachos como ellos, un espacio donde nadie les dice nada.

El amarillo y el naranja colorean el único puente elevado del pueblo. La valla blanca que cuelga en lo alto de la construcción y que ven todos los viajeros que atraviesan la ciudad, dice: “Santander de Quilichao, tierra de paz y prosperidad”. El paso peatonal por este puente ha sido clausurado, filas de tablas de madera evitan que los drogadictos se sigan apoderando de la parte alta de esta construcción como lo han hecho durante varios años. De igual manera, los quilichagueños jamás lo han usado, un semáforo ha convertido el puente en una inversión innecesaria e inservible.

Las casetas que han invadido esta pequeña plaza compiten por la clientela en medio de un escándalo ensordecedor. Vallenatos, merengues, cumbias, canciones tropicales y por su puesto la llamada música popular se mezclan en un mundo sonoro que pocos entienden al pasar. Igual se espera que estos puestos de venta de licor sean momentáneos. Supuestamente para finales del 2015 cuando acabe el periodo de Eduardo Grijalba como alcalde, la plaza debe estar terminada por completo, dando orden a un sector que nunca lo ha tenido.

Los consumidores de basuco y heroína ni se enteran de la cantidad de personas que circulan por el lugar y mucho menos de los vehículos que atraviesan la ciudad. Todos los quilichagueños saben que ellos están ahí pero después de más de siete años de verlos, olerlos y sentirlos ya parecen invisibles. Ha pasado igual con la delincuencia común y las extorsiones,

diez años atrás sucedió con el paramilitarismo y ahora parece que va a ocurrir lo mismo con la contaminación y el daño que genera la explotación ilegal de oro.

A esta hora hay más de 16 jóvenes que comienzan con su rutina, unos ya inhalan humo turbio mientras otros apenas arman la pipa; algunos miran con escama el caserío que los rodea, otros tirados en el piso ya se han ido, han abandonado esta triste escena y se han llenado de placeres, sueños y drogas. El tiempo sigue fluyendo y el aire roza cada rostro adormilado. Cada joven saborea los placeres de una vida que diariamente busca transformar, alejarse de esa realidad que parece olvidada.

- Llevo tres días sin dormir, por eso no he ido a la casa. He estado trabajado en la noche – dice Pocho después de saludar.

- ¿Y eso por qué? – le pregunté, aunque sabía que andaba en la calle buscando plata para comprar basuco y seguir con su rutina.

- Parce, eso siempre es así, uno consigue plata y suerte es que le digo: día y noche pegándole a lo mismo. Pero como mañana hay galería pues toca conseguir plata camellando, ¿si pillas?

Sus manos son ásperas y esqueléticas, están sucias y manchadas con el negro de las cenizas; los dedos parecen más largos de lo que son y las uñas se ven de un color indescifrable, una mezcla aún más compleja que la música, un tono verde negruzco que solo puede resultar de la combinación de muchas suciedades recogidas del piso. Se sienta al lado de una construcción de tablas y guadua que siempre ha servido como negocio de venta y consumo de licor. La caseta hoy está cerrada, al igual que varias de los alrededores, algunos dueños de los negocios prefieren abrir solo los días de mercado: miércoles, viernes y sábado. Pocho se acomoda y empieza a hablar mientras prepara su pipa:

- Ve esos de allá, desde que se juntaron ya no se parchan con nosotros – señala tímidamente a una pareja que se encuentra un poco alejada del resto del grupo. Sus manos trabajan en su nueva dosis, limpia la cabeza de la pipa con la uña del dedo meñique, despega por completo el aluminio que ya no sirve, y por último, sopla con fuerza y golpea con cuidado la boquilla contra el asfalto.

- ¿Y ellos de dónde son? –, pregunté.

- Hasta donde sé, los dos son de acá. La nena como que vivía en la costa pero desde hace rato que llegó al pueblo. El pelao si es de la 20 (la carrera 20 entre las calles 3ra y 5ta), yo comencé en esto con un primo de él.

La mujer lleva un saco de lana color gris y azul turquí. De lo grande que es no se le ven las manos y apenas se logra distinguir que lleva un pantalón mocho de jeans. Sus piernas esqueléticas están llenas de marcas y manchas. Las cicatrices de picaduras de mosquitos ocupan cada espacio de piel hasta esconderse en los tenis rotos que cubren hasta los tobillos. Su cabello lacio alcanza los hombros y se ve tan escaso que ni siquiera logra esconder su nuca amarillenta.

El chico de cabello ondulado mira a la joven y le dice algo mientras pone el aluminio a su improvisada pipa. Una pequeña sonrisa se vislumbra en su rostro agotado, pero sus ojos hundidos y las ojeras opacan la alegría del pequeño brillo en sus pupilas.

Ninguno de los dos debe superar los 20 años. Las manos del chico son hábiles, se mueven con inercia, en ningún momento mira lo que hacen sus dedos, solo habla y mira a la joven. Según Pocho ella se llama Martha y él, Pablo. Él es un poco más alto que ella, supera el metro setenta pero parece más bajo, la curvatura de la espalda es sobresaliente y su delgadez lo hace ver frágil. Su pantalón de jeans es largo y ancho, le tapa casi por completo los zapatos negros y su caída totalmente vertical esconde la forma de sus piernas.

- Así es uno – continúa Pocho-, cuando se mete con una nena se aleja de todo. Yo me encerraba día y noche cuando andaba con Luisa, al comienzo era poca traba y mucho tales – con dos movimientos de manos explica lo que dice, se refiere al sexo. Voltea y mira a la pareja que está al fondo, hace la misma seña, sonrío y sigue -, al final los encierros se nos hicieron más largos. Puro basuco y nada más.

Luisa es una mujer que conoció hace tres años, llevaba un año alejado de las drogas y se la pasaba con los amigos de la cuadra donde creció. Apenas había empezado a trabajar en la vidriería del padastro de uno de sus vecinos. En medio de una “farra” la empezó a enamorar, se vieron ese fin de semana y el próximo. Terminaron en la calle juntos.

El trabajo le duró apenas un mes, dejó de ayudar en el negocio y volvió a caer en el basuco. Nadie sabía pero a Luisa también le encantaban las drogas. Después de dos meses la calle de

Quilichao los atrapó, las puertas de la casa de la abuela de Pocho se le cerraron y su tranquilidad se acabó. En la noche, los puestos de comida y fritanga fuera de funcionamiento se volvieron su hogar. Aunque tenía un amigo que le permitía dormir en su habitación, y pasado un tiempo, su madre le dijo que podía volver a la casa, Luisa nunca fue bienvenida. Los amigos, la familia y los conocidos decían que ella había sido la culpable de que él cayera de nuevo en el basuco después de casi dos años.

- Yo conocí a Luisa por Micki, un amigo de toda la vida, la embarré con él pero igual es como mi hermano. Ella lo había conocido en la barra del América de Cali. A mí la nena me gustó, pero yo no la había visto porque era de un barrio diferente al mío. No sabía que le pegaba a la bareta, a mí eso casi no me gusta porque no me hace nada...

Un joven de unos 16 años que acababa de llegar al lugar interrumpió a Pocho y sin saludar le preguntó:

- ¿Has visto a Pacho? - no miraba a la cara, con sus ojos solo recorrían el tierrero y la basura que se encontraba en el piso.

- Nada - dijo Pocho.

- Todo bien – fue la frase de despedida,

Según Pocho, así había muchos: buscando aluminio, colillas de cigarrillo o cualquier cosa de valor que algún distraído pudo haber dejado caer. Comentó que Pacho era un amigo del barrio, que el joven era familia suya y prosiguió con su relato:

- Al comienzo yo le recibía bareta a Luisa y pues no me importaba, pero al tiempo me dieron ganas de lo de antes, de lo de ahora, de esto- sacó de su bolsillo una bolsa plástica donde guardaba un polvo amarillento: basuco.

El tono y la contextura eran confusas, según dicen los que compran a diario, el basuco depende de dónde se compre porque es un revuelto. Para la fabricación de un kilo sólo es necesario un gramo de cocaína, más solventes, queroseno, ácido sulfúrico, cemento, cal, ladrillo molido, gasolina y ocasionalmente se utiliza cloroformo, éter o carbonato de potasio.

Después sacó un recipiente metálico donde coleccionaba la ceniza reciclada de colillas de cigarrillo desechadas y una pipa casera. Los residuos de tabaco quemado se necesitan para mezclar con el basuco, permitiendo que se puedan quemar, diluir, combinar e inhalar. La

pequeña pipa está elaborada con la caña y la tapa de un lapicero, papel aluminio y cinta para sujetar. La tapa cortada a la mitad está forrada de aluminio, el cual en la parte superior está agujereado permitiendo “respirar la pipa”. La caña que funciona de conducto de humo está forrada con una bolsa plástica, la cual se ha derretido por el calor manchando y adornando con rojo y blanco el tubo dosificador.

- Terminamos los dos metidos en esto, pero solo aguantó conmigo tres meses- siguió hablando Pocho-, el problema es que yo después de varios días de calle la dejaba sola, me iba a mi casa y pues ella tenía que buscar a alguien con quien estar y levantarse el plante para la vaina.

- ¿Cuánto le costó eso? –, señalé la bolsa donde tenía el basuco.

- Pues esto es barato, cuando la compré me costó 5 lucas pero venden desde dos lucas que vale la vicha - muestra la falange del dedo índice indicando el tamaño, normalmente la venden envuelta en papel y no pesa más de 0,3 gramos-, pero eso no dura para nada y como se sabe que uno se va a dar es duro pues prefiere invertir. Aunque cuando uno se coliquea y no hay billete toca la vichita – sonrío y termina de adherir el aluminio al plástico de la pipa.

En Quilichao es relativamente fácil conseguir basuco, los proveedores ya tienen sus clientes y pelean por ellos. Hay tres parches que manejan el negocio: ‘Los del hueco’, que están entre el barrio El Porvenir y la conocida invasión, un nuevo suburbio que recientemente fue nombrado como Villa Nueva; ‘Los de Villa del Sur’, un barrio que está más al sur de la ciudad, en la parte más alta de la montaña; y ‘Los de Santa Inés’, los cuales ocupan el sector del mismo nombre que se encuentra al sur-oriental del municipio, al otro lado de la carretera Panamericana.

Pocho duró un tiempo como dealer, vendía heroína y basuco, pero duró solo tres meses en el negocio. Todo se acabó la noche en que unos motorizados los acecharon a él y a su compinche mientras contaban la plata ganada en el día. Eso fue hace más de un año, con su amigo se voló con el dinero y la droga. Los del Combo del Hueco los buscaron por días y después de recibir muchas razones los encontraron en el barrio El Porvenir. En medio de una balacera murió su compinche. El miedo lo inundó y decidió no volver a meterse en esos negocios. Esa fue la

última vez que anduvo de lleno en la calle, se encerró durante semanas y por tres meses se olvidó del basuco.

- ¡Eso es un gallo! Uno se termina metiendo todo lo que tiene que vender y queda más endeudado que nunca con gente que sin mente lo manda a *pelar*. Además, es una calentura, donde lo pillen a uno vendiendo por su parte lo matan sin mente – comentó Pocho, recogió la bolsa del suelo, la desenvolvió por completo y con los dedos, como quien echa sal a la comida, puso una nueva cantidad de basuco en la pipa.

<< Esa vez que mataron a Carlos me salvé de milagro. Nosotros nos fuimos para otro lado a vender lo que teníamos, estábamos parchados en una esquina cerca del Puente de los Soldados pero alguien nos sapió y nos cayeron.

<< -¿Quién les dio permiso para estar vendiendo? – nos dijo el man que iba manejando la moto.

<< - Nada parece, todo bien, nosotros ya nos abrimos y no volvemos por acá – le comenté con culo de miedo, ya me había dado cuenta que el de atrás llevaba el tote agarrado bajo el saco.

<< -Nos paramos y nos fuimos, cuando íbamos media cuadra abajo lo último que escuché fue la moto y la balacera. Salimos corriendo pero a Carlos le dieron. Cuando llegó la Policía yo no estaba, ya me había ido a mi casa. Me salvé de puro de buenas. Me siguieron buscando pero suerte, yo me les encerré en la casa de mi mamá como un mes y no volví a pegarle al basuco por resto de tiempo.>>

Cuando terminó de hablar ya había preparado la dosis y sin espera el humo empezó a hacerse sentir. Los olores empezaron a cambiar, el hedor a hombre de calle se comenzó a disipar y floreció el denso efluvio a plátano podrido. Aunque siempre viajaba por el aire un poco de este mal olor, el espacio abierto y los humos de los puestos de ventas de chorizos y chuzos asados lo disimulaban.

Sus ojos dilatados demuestran que cada vez está más lejos, parece intranquilo y por momentos su rostro se desfigura como el final de la tarde: la luz se acaba y todo se vuelve opaco. Son las 5:00 p.m., comienza a bajar el sol pero el calor continúa. La mente de Pocho parece ocuparse en otro recuerdo porque deja ver una tímida sonrisa llena de ansiedad. Mira

para todos lados y vuelve a inhalar basuco, apoya la cabeza en una de las tablas de la caseta y sigue con su rutina. Le pregunto si sabe algo más de Luisa.

- Esa nena era bien, varias veces me solucionó la traba y me salvó de la coliqueada –, contesta de forma mecánica sin dejar salir el humo. Parece ahogado y sus palabras se hacen cada vez menos claras -. Ahora anda con otro man, para las nenas a veces es más duro, siempre buscan quién les *pare el brinco*. Aunque hay algunas que son muy tesas y nadie se mete con ellas.

- ¿A lo bien?

- Sisas, hay algunas que son nuevas o llevan poco tiempo y los manes se la montan y hasta le quitan las cosas, pero hay unas hembras que son muy viejas en esto y son carácter, nadie les dice nada por puro respeto – sus ojos ya se ven perdidos, sus gestos se hacen más periódicos y llenos de angustia.

La verdad es que Luisa lo cambió por otro drogadicto, uno de los que lleva más años en este mundo desechable. Ella ya no frecuenta este espacio y se la pasa con Jhon, su nuevo compañero. Sin embargo, Pocho dice que prefiere estar solo, ha recaído más de cinco veces y parece que van a ser muchas más.

- Ya se hizo de noche, me voy. ¿Al fin qué vas hacer Pocho?

- Uy no, no sé - es lo único que dice por el momento. Parece decir no pero la verdad es que no escucha. Se mueve con angustia, se para un par de veces y vuelve a sentarse. Los ojos dilatados miran para todo lado, no creo que vean nada pero deben imaginar mucho, buscan preocupaciones que no existen, se llenan de tormentos imaginados. Lo veo inquieto, lo cual me preocupa porque la noche se acerca. Sigue con su rutina por casi hora y media, tiempo que dura en consumir todo el polvo de la bolsa. Se aleja un poco, mira la calle de arriba abajo por unos cinco minutos y regresa.

El lugar se ha ido quedando solo, la mayoría se ha trasladado al parque de los taxis que queda atravesando la calle. Al igual que Pocho hay una mujer que se encuentra todavía en el lugar. La diferencia es que está adormilada, sentada al otro lado de la plaza, su cabello negro le cubre la cara y no deja ver sus manos que apoyadas en la rodilla sostienen el aluminio y el encendedor. Lleva mucho tiempo y parece que no respira, ha estado consumiendo heroína.

Está sentada y recostada contra la pared, nadie se le acerca y mucho menos le habla. Los otros dos jóvenes que no han dejado el lugar hablan entre sí, se dicen cosas al oído y miran para todo lado, están concientes y desde hace un rato no inhalan nada.

- Uy parece, ¿no se ha ido? – escucho de pronto que me dice Pocho. Estaba a punto de irme. Con la preocupación en su rostro se sienta y recoge lo que había dejado en el piso, sacude la pipa, guarda todo en sus bolsillos y comienza a caminar hacia la galería.

- ¿Qué va a hacer ahora? – le repito la pregunta. Camino tras de él pero su paso es intenso.

- Parcero, me voy a levantar lo de mañana, cualquier cosa ya sabe cómo encontrarme -se despide y pone el puño para que lo choque-. Todo bien, regáleme \$500 - es lo último que dice-.

Después de ese día Pocho cambiaría el basuco por la heroína. Cansado de tantos años de angustias y efímeros estímulos, y más aún, de ya no sentir nada con cada pipazo decidió pasar al mundo alucinado, a la traba inmóvil y duradera de la heroína. Cuando lo volví a ver llevaba limpio un fin de semana. Me dijo que pensaba dejarlo. Ojalá esta vez te dure, le respondí.

Hubiera sido una gran noticia para su madre que ha trabajado toda su vida para sacarlo adelante. Una mujer que a pesar de los desplantes y sufrimientos que le ha causado su hijo no lo deja. Cada vez que Pocho abandona la droga ella lo acompaña a todo lado, lo cuida como a un niño pequeño que todavía devora las cosas que la calle deja en el piso. Pero al final, él siempre le demuestra que es un adulto más, que decide lo que quiere y en qué se pierde.

Su necesidad de droga no duró más que una semana. Apenas comenzó a trabajar con su papá haciendo una terraza y consiguió plata, compró heroína y no la dejó más. Aún carga su pipa pero no la usa, por ahora busca un pedazo de aluminio, uno lo suficientemente grueso como las tapas de los yogures de vaso. Como apenas experimenta con la heroína gasta a diario solo cinco mil pesos en un medio. Así empieza de nuevo su viaje, uno diferente pero igual de compulsivo y aún más adictivo.

El Jíbaro

Día 1

A las 10 de la mañana el sol golpeaba el asfalto sin misericordia. La madrugada había sido fría y en la plaza cientos de personas se apresuraron a colgar sus puestos para dar vida a la galería. Aunque siempre se deja ver mucha gente, sorprendía la aglomeración que aguardaba frente al Hotel Panamericano. Jóvenes desgarrados y ansiosos esperaban; se veían acabados y desilusionados, como si caminaran hacia un entierro. Todos y cada uno de ellos parecía hacerse compañía. Como si no existiera nada más, la tristeza se reflejaba en sus rostros olvidados, en sus ropas sucias y el cuero percutido.

Aunque la aglomeración aún no se daba cuenta, a lo lejos se acercaba el jíbaro, caminaba por la calle 3ra con tranquilidad. No se dejaba perturbar por el desorden del sector: cientos de personas caminando de arriba a bajo, pregoneros vendiendo sus productos, los coterros cargando alimentos en las chivas y las carretillas y motos de domicilios que acaparaban el poco espacios de calle que quedaba después de montar los puestos de la galería.

El jíbaro, un joven de 24 años, al igual que todos los chirretes (así llamaban a los que estaban en ese momento en la esquina del Hotel Panamericano), era apasionado por el basuco. Comenzó a consumir desde los 14 años y por un amigo de la niñez terminó vendiendo droga en la plaza. En su andar se veía todo lo que era: un drogadicto con ínfulas de capo, un joven asustado por la policía. Nunca andaba solo, siempre lo acompañaba su primo y ayudante.

No le gustaba que la multitud lo persiguiera porque se “boleteaba con la ley”. Pero esa mañana uno de los drogadictos avivó a la multitud que esperaba ansiosa: llegó con la noticia que el jíbaro estaba a solo dos cuadras. Como zombies la manada de chirretes comenzó a moverse hacia donde creía que venía su salvación, caminaban de forma coordinada con un vaivén perezoso pero anhelante. Buscaban acabar con los cólicos y la abstinencia que se reflejaba en su desgano y dolor, ese que a pesar de los años no se ha podido disimular ni acabar.

- No voy a vender nada, no tengo, apenas voy a llamar –, dijo el jíbaro cuando vio la muchedumbre. Era una historia repetida: cuando los consumidores veían que él caminaba por la acera frente al supermercado La Feria, todos hacían fila a la altura de la Casa Agrícola o frente a la edificación de la galería; como fichas de dominó se acomodaban y esperaban las palabras del jíbaro.

Siguió caminando por la calle 3ra, los drogadictos no dejaron de perseguirlo; bajó hasta el hotel Panamericano y en la esquina se sentó con su primo. En ese lugar siempre se organizaba una venta de pulguero. Como tenía una tolda improvisada hecha con retazos de costales, aprovecharon y se cubrieron del sol. Las personas que organizaban la venta nunca tenían problema con ellos y permitían que muchos de los chirretes pasaran tiempo a su lado.

Se quedaron un rato sentados, expectantes de la multitud y la calle, pero ese día decidieron no vender. Aunque tenían basuco no quisieron calmar la única sed que desesperaba a los chirretes. El jíbaro y su ayudante prefirieron ir a *soplar* y esperar mejor al día siguiente. Se fueron a la plazoleta de la entrada de la Corporación Universitaria Comfacauca, un espacio amplio donde siempre iban a buscar un rato de soledad; según el jíbaro: “en otro lado mantenía con el estrés al tope, primero porque algún chirri podía llegar a molestar y segundo porque la Policía podría caerle”.

Día 2

La plaza estaba seca, nadie había vendido en las últimas 24 horas. Era el mejor momento para que el jíbaro arrimara. Se vendía en un dos por tres, la demora era que mostrara el basuco para que los clientes se pelearan por comprar, algunos pedían hasta seis papeletas. El jíbaro llegó a la plaza de mercado y en tan solo 5 minutos vendió 19 cachos. Recibió el dinero de parte de su primo y lo metió en su pantalón.

- ¿Tienes hambre? -, le preguntó el jíbaro a su primo.
- Sisas -, contestó este, aunque lo que realmente quería era soplar basuco.
- Yo no voy a vender más -, dijo el jíbaro, se acomodó el pantalón y apretó entre su mano derecha la única papeleta que le había quedado.

- Breve, no vendamos más –, dijo el primo. El jíbaro le había pasado la bola de 10 cachos, siempre lo hacía, se quedaba con la grande porque era él, quien se encargaba de repartir las papeletas. El primo le ayudaba a recibir la plata. Lo único que preguntaba era si el dinero estaba completo.

De repente, llegó un señor de estatura baja, piel blanca y cojo. “A ese cucho nunca lo voy a olvidar”, dice el jíbaro. El Paisita, como lo llaman, arrimó donde uno de los chirretes que ya había comprado y le preguntó:

- Ese marica es el que vende ¿no?
- ¿Qué? Yo no vendo un culo –, dijo el jíbaro apenas escuchó, estaba a solo dos metro de distancia.
- No, relájate –, le habló el Paisita.

El jíbaro en medio de su desesperación entró y salió de la galería un par de veces, se acercó al primo y le habló:

- Adelántate, que yo presiento algo raro aquí –, el primo hizo caso y se fue caminado. Se veía tranquilo parecía que era algo que ya había pasado antes. Llevaba la bolsa de 10. El jíbaro cargaba solo una papeleta y la plata de la venta: 38 mil pesos, entre billetes de mil, dos mil y una gran cantidad de monedas.

En la esquina volteó una moto con dos agentes de policía, se acercó al jíbaro y se parqueó. “El de la camisa azul, el de la camisa azul”, se escuchó que amplificaba el radio. El jíbaro traía una chaqueta café abierta y la camisa azul debajo. Miró los policías de reojo y se subió el cierre. Ese día no fue, se salvó.

El día que me contó todo

Decidí encontrarme con el jíbaro en una esquina cerca de la casa de su abuela, quedaba en la calle 3c con 18. Lo conocía desde tiempo atrás y me dijo que le gastara unas cervezas y sin problema me contaba lo que sabía. Aclaró que no quería que escribiera su nombre porque lo *guasqueaban*, -usaba esa palabra para referirse a que lo mataban-. Cuando llegué al lugar estaba con otros amigos, apenas me senté algunos se fueron.

- ¿Ser jíbaro si da plata? -, le pregunté después de un rato. Las cervezas ya habían llegado.

- Claro -, me dijo como si preguntara bobadas -, vender eso da plata al piso. Yo le contaba a estos maricas, ¿no? - se dirigió a uno de sus amigos que creció en el barrio con él – Pero eso sirve cuando uno trabaja con el *flecho*, con la gente que si uno la comete y se gasta esa plata lo *guasquean*. A más de uno lo *guasquearon*. Conocí a dos parceritos que se fumaron las 36 lucas que es lo que toca entregar y los *guasquearon*. Usted en total se gana 60 mil, 24 mil pesos libres y entrega 36 lucas.

- ¿Eso se vende rápido?

- Obvio -, dijo de nuevo con el mismo tono -; digamos que toda esta cuadra está aguantando hambre guevo, vos tenés plata pero no hay dónde comprar comida, y sin mente llegas a vender arroz con frijoles, acabas lo tuyo en un momentito.

- ¿En un día cuánto vendías? -, le pregunté mientras él tomaba un sorbo de cerveza. Tenía una estrella verdosa tatuada en la pantorrilla. Usaba un pescador de tela café lleno de bolsillos, un polo azul y rojo, unos tenis verdes, gorra azul y un canguro rojo descolorido.

- Resto, a veces una bola o a veces dos. A mí me iban a llamar a mi casa guevo, yo le estaba enseñando era a mi primo. Le ayudé con la palanca porque hubo un tiempo donde el firme era yo. Pero la primera vez que me hicieron el intento de cogerme y pillé que me salvé, dije que ya no más. Entonces mi primo me dijo: “ayúdame con el duro para vender”, entonces yo hablé y lo palanqueé.

- ¿Cómo así? -, le pregunté. De las manos le escurría agua-mugre, el sudor de la botella fría había humedecido sus manos sucias.

Así me contó la historia:

<< “Hágale que él es hermano mío y que tales”, le dije al duro.

<< “No es lo mismo un gato que un perro, o los dos son gatos o los dos son perros”, me dijo el cucho y me habló claro: “Si la comete él, la paga usted o la pagan los dos”.

<< Entonces yo le dije a mi primo: “Hábleme claro usted si quiere camellar porque escuche lo que está diciendo el cucho”. Mi primo me dijo que sí y pues yo me comprometí con el cucho. Entonces el chino comenzó con el negocio. Allá no faltaba el basuco guevo, en cambio ahorita, cogieron a los que tales y eso se la pasa seco.>>

- ¿Por qué lo dejaste, te iban matar? –, le pregunté.

- No, yo le camellé un tiempo firme. Pero venga le explico como es el negocio-, dijo y se acomodó en el andén -: en una venta le entregan a usted 30 cachos, dos bolas, haga de cuenta un ocho, en una sola bolsita le entregan una bola de 20 y otra de 10. Cuando se la entregan usted siente las dos peloticas, una grande y la otra más pequeñita. Eso vale 60 lucas cerradas. Pero, ¿qué hacíamos nosotros con mi primo? Vendíamos las 20 que eran 40 lucas y nos quedaba la pelota de 10 a nosotros libre. No sacábamos plata sino que nos agarrábamos a *soplarnos* eso. En cada venta nos quedaban 10 papeletas, imagínate, eso era tener el poder guevón. Tipo dos, tres de la mañana, usted con eso manejaba la galería así, vea – con las dos manos hizo un gesto como si acariciara una esfera –, pa donde usted pegaba, allá iba todo mundo. Por eso uno se boletea, todo el mundo atrás suyo, la policía se da cuenta de eso.

- Entonces, ¿por qué dejaste de vender? –, le pregunté de nuevo.

- Porque casi me cogen -, dijo y acabó la primera cerveza.

Mandé por la otra ronda y el prendió un cigarro, se paró por un momento y luego volvió a sentarse a mi lado. Era de estatura media y bastante delgado; piel trigueña y ojos apagados; se movía lentamente pero con fluidez, parecía bailar en cada movimiento.

- ¿Ahora quién les vende a ustedes? –, le pregunté al jíbaro. Destapó la segunda cerveza, la puso en el andén al lado donde estaba sentado y se secó las manos en el pantalón.

- Pues qué te digo –, dijo. Me miró con esos ojos apagados y pensativos y continuó: - Ya no hay gente firme como en los tiempos de antes, ahorita cualquier pendejo quiere ser jíbaro. Alguien llega nuevo y quiere ser jíbaro. Ya no hay personas como antes, firmes, que decían: “bueno, vamos a vender hasta tal hora y no se varaba uno por el tales, uno llegaba fijo. Ahora último estaba pasando que vos llegabas y no había.

- ¿Se calentó? – indagué.

- Obvio, los fueron cogiendo – explicó -. Antes ahí en el andén de la Casa Agrícola era un expendedero firme. No más era que llegaran las tres y media de la mañana que se ponchaba el indio José, ese marica está abajo – se refiere a la cárcel -. Primero llegaba ese man, después llegaban los hermanos y Regalo, de ahí llegaba Miguel, mejor dicho, llegaba un reguero de gente a vender. El último firme fue mi primo; el chino mandaba la parada porque tenía el

patrocinio. Pero a él también lo cogieron y ahorita no sé quién maneja el negocio porque no he ido.

El primo al igual que el jíbaro se había apoderado del sector, vendía basuco todos los días y los chirretes ya lo conocían. La Policía lo investigó por un tiempo hasta que un día lo cogieron con las 30 papeletas. Como ya tenía antecedentes por robo y porte de estupefacientes no lo perdonaron. Antes se había salvado de la cárcel por ser menor de edad, lo máximo que había pagado habían sido los tres meses en el ‘Centro correccional transitorio del barrio Bello Horizonte’, en Popayán. Pero gracias a las 30 papeletas, a cinco meses de haber cumplido la mayoría de edad, fue judicializado. Tiene que pagar 55 meses de cárcel.

“El último día” según el jíbaro

Al otro día yo estaba en la casa, arriba en el barrio El Arroyo. Mi primo que vivía al otro lado del pueblo llegó en un domicilio (moto taxi). "Estaba tan motivado que me pagó el domicilio de vuelta el hijueputa" - recuerda entre risas y rabia.

- Termina pa que llames. Eso está pero seco allá abajo –, me contó. Apenas estaba desayunando cuando él llegó.

Cuando decían seco a uno se le abría, porque usted sabe que llega a la fija y acaba porque acaba. Antes, si usted se duerme se queda sin su consumo, por eso es que yo le pasaba las 10 libras a mi primo. Yo había llamado desde mi casa al finaito Huevo, él mantenía con un capulsito que le tapaba la frente. A él lo pelaron acá subiendo por el puente de los soldados hacia el barrio El Porvenir. Ese era el patrón mío, un pelaito de 15 años. Yo a ese marica lo llamaba y le decía: “firma, necesito una camisa negra”, y de una me caía.

El andaba siempre en una moto V8. Ese día me recogió en la Panamericana y me trajo hasta la esquina de Telecom; me pasó el visaje, yo le entregué la plata del día anterior y me abrí. Le pasé a mi primo la de 10 y le dije:

- Te vas pa la casa porque te andan buscando - él me hizo caso.

A las diez de la mañana bajé a la plaza de mercado, como vi que estaba seca, llamé de nuevo al finado Huevo por otra camiseta negra. La recibí y le dije:

- Parece le doy la plata después, es que no tengo nada, apenas voy a vender.

Como no me gustaba vender solo, bajé y llamé a mi primo. Usted le viera la cara a ese man, ese marica se levantaba y no se bañaba. Salía enchimbado – soltó una carcajada y miró a los que escuchábamos esperando que compartiéramos sus burlas.

Siempre subíamos por la Iglesia Guadalupe. Cuando vimos a todo el mundo ahí en el Hotel Panamericano. Ese gentío parece. La demora era que me vieran llegar y la cosa se alborotaba. Parecía que vinieran de un entierro. Yo comenzaba a destapar y mi primo recibía plata *al piso*. Entregue, pase, pase, ¿cuántas?, que dos, tres, cuatro, cinco, seis...

- Ya se acabó, papi no hay más -, les decía de una.
- Uy no, unita -, siempre me rogaba algún lento
- Papi no tengo más -, les decía y me hacía el loco.

Después le preguntaba a mi primo:

- ¿Vos tenés?
- No, no tengo -, me decía pero tenía la de 10 entera.
- No hay, voy a ir a llamar, no me demoro nada -, les decía y me abría.

Nosotros en ese tiempo no fumábamos ahí en la plaza. El *ponche* de nosotros era por mi casa, donde mataron al finaito Chiqui, el que trabajaba en Olímpica. Cogíamos domicilio en Telecom y nos relajábamos por el río Quilichao, pero arriba. Por Piedra Ancha, pero más arriba. Allá se iba a *ponchar* el Indio José, los jíbaros, los duros. A ese marica le gustaba *ponchar* con nosotros porque no éramos *caspas*.

Recuerdo que el finaito Eduardín nos veía y nos decía: “ahí anda la uña y el mugre”. Ese día, en un ratito nos fumamos los 10 cachos allá. Bajábamos con los 36 exactos, ni cincuenta pesos menos, ni cincuenta pesos más, exactos. Igual tenía que tener los cien del minuto, porque tenía que ser exacto.

- Llamá, que eso debe estar seco, la gente está muy amontonada en la Casa Agrícola - , me dijo mi primo.

La gente que vendía basuco y heroína en el sector, siempre se iba a trabar y no era como nosotros, se demoraba. Se iban como a las doce y volvían a las cuatro. Ellos fumaban heroína

y después basuco. En cambio nosotros íbamos a fumar mero basuco. Al final le hice caso a mi primo.

- Tráigame una camisa negra –, le dije a Huevito apenas contestó.

Nos vimos de nuevo en Telecom. Le pasé la plata completa, si faltaba algo a uno lo llamaban y tocaba reponerlo en la otra entrega. La demora fue *poncharme* en la Casa Agrícola que vendí todo en un momentito. Después seguí bajando hasta la esquina de la galería donde antes era el Banco de Colombia. Entré a la Panadería Super Pan, siempre he tenido el vicio de cambiar esas monedas ahí. Cuando veo que se me mete el paisita, ¡se me metió allá!

- Usted es el que vende, véndame – me dijo.
- Ya le dije que yo no vendo un culo.
- Véndame, relájese, que todo bien – me volvió a decir.
- Que yo no vendo un sapo culo – le dije.

En ese momento, se metió un chirrete que a veces nos ayudaba. Cuando nosotros nos íbamos, le dejábamos cinco cachos y nos respondía por diez mil, él vería a cómo los vendía: a tres o a cuatro mil. Porque la mercancía que yo vendía, hasta donde tengo uso de razón, era la mejor merca que había aquí en Santander. Esa merca todavía la venden, aunque hubo un tiempo que la cucha, la dura, se volvió evangélica. Por eso, esa zona se secó como dos meses: en diciembre y enero no se encontraba nada, el primero de febrero (2015) fue que volvió.

Cuando el paisita se me metió a la panadería yo estaba contando la plata para llamar. Saqué las 36 lucas, le pasé la bola de 10 a mi primo y le dije:

- Llamemos y nos abrimos - eran como las 11 de la mañana.

El dueño de la panadería me vio y de una se me calentó.

- ¿Qué pasa? Salgan de acá –, me dijo.

Me quedaban dos cachos de la de 20, salgo y cruzo la esquina para el banco de Colombia, cuando llegó la *motorizada*:

- Joven una requisa –, me dijo uno de los policías.
- Ándate, ándate –, le dije de una a mi primo; de una se abrió.
- Una requisa- , me repitió el *tombo*. Me cogió del brazo y me llevó para el otro lado de la calle.

Yo solté de una los visajes antes de que me cogiera el *tombo*. Esos manes comenzaron a requisarme. Al lado de Juan Jugos me hicieron bajar los pantalones. Imagínate yo ahí en boxer. Esos maricas me cogieron la ropa y busque, cada uno con una cosa: uno con el pantalón y el otro con la camisa, y yo parado en boxer. Me empelotaron en plena galería. Entonces les dije:

- Parce, pásame por lo menos la camisa, todo el mundo viéndolo ahí, noo.

Entonces una cucha se acercó a uno de los policías y le hizo una seña – Pocho hizo una mueca y señaló al vacío de forma tímida como imitando a la señora -. De una, ese marica – el policía- alzó los tres cachos y me dijo:

- Venga.
- ¿Yo por qué? -, le pregunté.
- Esto es suyo, la señora nos dijo.

Con la mirada le dije todo a esa señora, la miré de pies a cabeza. Ese día lo prometí y lo cumplí, le hice un culo de robo. ¿Cómo me va a *sapear*? Estaba a punto de coronar, me estaba vistiendo para irme y esa cucha me avienta. Me incautaron 42 mil pesos. Y ahora, ¿qué hacía? Solo pensaba en cómo iba a hacer para responder por esa plata.

- No primo -, le dije -. ¿Ahora qué hacemos?
- Yo acá tengo dos de 10 -, me contestó de una. A mí me volvió el alma al cuerpo.

Pensé: “ahí repongo, no me gano nada, me quedan como cuatro mil libres, pero ya es mucha la ayuda”. Cuando mi primo me dice:

- Sabes qué, pensala guevón, soplémonos esto y usted llama a la cucha y le cuenta lo que le pasó.

¿Qué he hecho yo? De una busqué un teléfono. Primero llamé al socio Huevito y le dije:

- Parcerito, me cogieron. Creo que usted ya se dio cuenta – Allá siempre se dan cuenta porque hay un *tombo* que es palanca de ellos.

- No, llame a la cucha -, me contestó Huevito. A mí me hacía así, como puro culito de gallina.

- Todo bien –, le dije y colgué. La dura es una cucha, la negra le dicen. El marido es el más, el que lo mata a usted si la caga.

- Me dijeron que llamara a la cucha guevón -, le dije a mi primo.

- Pues llámela y le cuenta la verdad, para que nos soplemos esto- , me habló de una.

Entonces llamé:

- Yo ya sé, espere mi llamada -, fue lo único que me dijo la cucha. Quedé neutro gonorrea. Ni modos de volverla a llamar porque me dijo “espere la llamada” y “yo ya sé”. ¿Qué más podía hacer?.

- Aquí no nos podemos fumar esto porque se dan cuenta los chirretes y de una van a contarle a los duros -, me dijo mi primo.

Sin mente nos fuimos para el río a *soplar*. Al otro día la cucha, a las seis de la mañana me llamó:

- Ya sé que es verdad - se quedo muda un rato.

- Alo...

- Llame a Huevo y le dice que le pase una camisa negra, ahí me va respondiendo -, me dijo. Apenas colgó llamé al paciente:

- *Firma*, me dijeron que lo llamara para que me entregara -, le dije a Huevito apenas contestó.

- No pues, espere yo llamo a la cucha porque a mí no me han llamado -, me respondió.

Pasó ese día y nada. Para no azarar llamé solo dos veces. El chino me dijo: “la cucha todavía no me ha llamado”. Era ella la que daba luz verde. Pasaron tres días hasta el miércoles. Estaba en la galería cuando llegó el chino y me llamo:

- Vení, móntate -, me monté en la moto y me pasó la merca.

Yo estaba contento. De ahí tenía que responder. Ya no me ganaba los 10 cachos, me tocaba dejar cinco no más y vender el resto. Tocaba entregar 46 lucas para ir abonando. Era fijo que si no veían que uno abonaba la vaina se iba a calentar. Me puse juicioso con esa plata hasta que un día la cucha me llamó:

- Usted ya está a paz acá en el libro.

Ese día me relajé, fui a la casa de mi primo a recogerlo. Como siempre íbamos subiendo por la iglesia Guadalupe cuando vi que venía una camioneta de la Policía. Atrás venían tres *tombos* y adelante dos. Entonces, el que iba manejando me dice:

- Venga, una requisa, joven.

Que susto tan doble hijueputa. Traía un vaso desechable donde guardaba la de 10 y la de 20 la manejaba en la mano. Nunca me guardaba algo de eso en la ropa, siempre en la mano.

- Contra la camioneta – me dijo uno de los policías que iba atrás y se bajó para requisarme. Se me bajaron las huevas al suelo, casi me meo.

Cuando arranqué pisé duro y dejé caer el vaso, entonces no se escuchó. Ahí descansé un poquito. Cuando me acerqué a la camioneta, con la mano izquierda tiré el resto por en medio de la llanta de la camioneta. Ese día mi primo vio todo. Por Jesucristo que está en los cielos, que ese día tiré esa mierda por debajo de la camioneta de los *tombos*. Descansé un poco. Igual la sicosis mía era que los otros que estaban montados en la camioneta vieran el reguero cuando arrancaran. Pero ya estaba más tranquilo, porque ahí ya tenía posibilidades de salir a correr.

- Si, ese era el vendedor de la galería -, se escuchaba el radio de la patrulla.

- ¿Cuál? –, les dije – Yo no soy, apenas vengo de mi casa. No tengo nada, estoy pelado, antes vengo a camellar. Señor agente, ¿qué pasa?

No tenía ni plata, eso fue lo que me salvó porque donde me cojan a mí con sencilla me la incautan.

- Hágale pues -, me dijo el agente - ¿pero usted no iba para allá?
- Sí, pero ustedes ya me desviaron y pues paila - de una me devolví.

Los *tombos* se montaron, el de adelante los llamó, entonces todos se asomaron cuando arrancaron. Ahí estaba todo ese reguero pero los *tombos* iban engomados y no vieron nada. Mi primo que venía detrás de mí, se me pegó al corte.

- Andá y recogés –, le dije -, todo está regado allá en el piso. Recogé lo que más podás, no te vas a poner a visajear. Recoge al menos la de 20 y si quieres dejás lo del vaso allá botado.

Ese marica trajo todo. ¡Qué felicidad! Al ratico llegaron las pirañas, parecían aspiradoras, todos los chirris comenzaron a caminar por ahí pa ver si encontraban algo.

- Parece, yo no voy más con esto -, le dije ese día a mi primo.

No volví a vender basuco. Es buen negocio pero ya no aguanto tanto visaje, ¿si pillá? Casi todos los que vendían en mi época están en la cárcel o los han *guasqueado*.

Parce, yo he fumado mucho basuco en esta vida, tanto que a mí eso ya no me hace nada. Ahora último me puse a fumar heroína. Gonorrea esa mierda. Me puse hasta a camellarle a un man con esa vuelta. Pero sabe qué parcerito, esa mierda de vender ya no es. Prefiero mejor fumar, encerrarme en mi casa y pasar la traba tranquilo. Así mi cucha está más relajada y yo sigo con lo mío.

Hitler y el trompetista

- La gente cree que uno la maneja pero la verdad es que uno anda con los bolsillos pelados -, dijo Hitler. Como era su costumbre, estaba de visita en el billar de Andrés, esperaba poder ganarse una plata apostando en el dominó.

- Salgo a fumar, ya vengo - habló Jota, su compinche en los negocios y que normalmente lo acompañaba a todo lugar.

- Pero eso era antes, ahora ya todo está caliente. En el pueblo ya paila, eso no se puede estar tranquilo con el negocio. Lo único que usted puede vender relajado es la bareta, por lo demás le cobran impuesto -, explicó Hitler, quien conocía de primera mano el negocio del microtráfico.

La verdad es que ahora está dejando el negocio. En compañía de Jota repartió papeletas en el parque, las discotecas y las calles de Santander de Quilichao sin problema. En los cinco años que vendieron cocaína, siempre lo hicieron en compañía y nunca debieron pagar impuestos a los grandes traficantes. Aunque vivían en lugares diferentes, su centro de reunión siempre fue este billar del Morales Duque. Conocían al dueño y sus amigos se la pasaban ahí.

La mayoría de los visitantes del billar no juegan, no toman, no comen, no gastan ni un solo peso. Sin embargo, llegan en horas de la mañana y no dejan el lugar hasta la noche cuando se guindan los tacos, guardan las bolas y las sillas se cuelgan sobre las mesas. La costumbre los mantiene siempre en el mismo sitio y su vida gira en torno del 'Billar del segundo piso'.

La entrada está atiborrada de motos y desde que se sube el primer escalón se empieza a sentir la música y el ruido de los hombres; la única mujer que frecuenta el lugar es la pareja de Andrés, el administrador, un joven que tiene 22 años pero parece un adolescente de 15. El billar funciona en el segundo piso de una casa de familia, cuenta con una hilera de barriles de madera. Aunque son de adorno le dan al lugar la impresión de búnker. Las escaleras angostas solo permiten la entrada o salida de una persona a la vez; los barandales de metal despintado acompañan hasta la sexta grada, de ahí hasta la puerta de ingreso solamente se logra ver paredes de ladrillo sin repellar.

Ya en el interior se ilumina el lugar. Tres mesas de billar ochenteras, de bordes de madera desgastada y paño verde ocupan la parte central del pequeño salón, dos para jugar pool, cuyas buchacas están por despedazarse y la otra para billar francés que casi nunca está ocupada son los principales entretenimientos después del alcohol; en el balcón los barriles sirven como barra para las personas que prefieren aire; dos mesas blancas de plástico son los únicos sitios para los clientes que no juegan billar, cada una cuenta con tres o cuatro sillas y varias butacas plásticas. La cerveza es la bebida preferida, pero algunas veces, sobre todo los fines de semana cuando se reúnen todos los clientes y amigos de Andrés. Los viernes y sábados son los días donde más personas visitan el lugar, se puede ver una que otra botella de Aguardiente Caucano y hasta Andrés se queda hasta tarde tomando con los más allegados. Los clientes, en su mayoría jóvenes menores de 30 años, casi siempre son los mismos, todos tienen apodos y molestan entre si.

- ¿Bien o qué Andrés? -, dice Reider al subir al billar, es un negro alto y fornido, tiene 24 años y casi todos los días visita el lugar.

- ¡Maduro! -, responde Andrés y sonríe.

- Gente -, continúa con el saludo Reider. Alrededor los amigos contestan al saludo, levantan la cabeza o simplemente miran y muestran el dedo pulgar de la mano.

- Andrés, necesito que me fíe una botella –dice Reider antes de sentarse en el butaco más cercano al enfriador de cervezas -, yo se la pago mañana.

- Listo, parceró, pero cuente: ¿dónde es que está tomando? – Andrés le entregó la botella de Caucano tradicional a Reider y cerró el enfriador.

- En la casa con unos amigos –respondió Reider antes de irse-. Gracias parce, mañana le pago los 20 pesos -. Andrés es así con todos los amigos, les fía y siempre confía en ellos.

Hitler por su parte viene siempre a lo mismo, su costumbre es sentarse en la mesa del rincón donde se juega dominó, es el lugar más alejado de la puerta de ingreso y está al lado de una ventana sin vidrios y del baño. No importa el olor a orines o la emanación nauseabunda que libera el río Agua Sucia, no parece sentir el hedor a berrinche o la peste que diariamente atrae a cientos de gallinazos que adornan con su negro mate el verde de los árboles que crecen a la orilla del río.

El juego comenzó sin dar espera a nadie, la multitud que ahora rodea la mesa es tanta que no deja ver a los jugadores, pero la voz de Hitler es tan estridente y llamativa que lo delata. Lo único que hay sobre la mesa son fichas rojas de domino y un reguero de tapas de cerveza al lado de cada mano. Sus contrincantes son dos negros del pueblo y el papá de Andrés; el que juega a su lado derecho es delgado, tiene 30 años y vive a unas dos cuadras del billar, usa gorra, camiseta de la selección Colombia, jean y havaianas; el otro tiene 23 años y vive en el barrio El Porvenir aledaño al del billar, usa jean, tenis blancos y la camiseta la tiene colgada en el hombro; el padre de Andrés tiene unos cuarenta años, es bajo y se viste como el resto de jóvenes del lugar: camiseta, jean y tenis.

Las fichas pepeadas chocan fuertemente cada vez que uno de sus jugadores hace su movimiento. Los espectadores son como fanáticos de un partido de tenis: comentan las jugadas entre dientes y celebran al final de cada mano como si los triunfos fueran suyos. La importancia es tal, que la mitad de los visitantes del lugar están concentrados en el próximo movimiento de los apostadores del dominó. El dinero no se ve pero las apuestas son muchas, las tapas de cerveza tienen valor y se pasan de mano en mano con cada pase o fin de la partida.

Hitler es un negro bajo pero fuerte, aunque su barriga se hace notar, sus brazos son musculosos y la espalda ancha; tiene una mirada fría y amenazante; su risa es incesante y cínica. Sus manos grandes y anchas esconden cada una de las siete fichas que recibe al inicio de cada juego. Desde que se sentó frente a la mesa se quitó la camiseta negra, exhibiendo un tatuaje que se hizo cuando tenía apenas 17 años. Una mancha en el hombro que alguna vez fue una virgen es lo único que queda.

- Espera y verás lo mazo que es este negro - señaló Hitler después de hacer su nueva movida. Apoyó las fichas sobrantes sobre la mesa y con la camiseta se secó el sudor del rostro.

Se escuchan risas y murmullos.

- ¿No te dije? Mucho mazo - continuó Hitler con su reproche-, por esa ficha perdió, se tenía que tragar ese doble y hubiera ganado.

Jota que estaba a su lado, llamó a Andrés para pedirle otra cerveza y se quejó del calor mientras se asomaba por la ventana.

- ¿Cuál? Si me trago esa ficha después no me baja. Daba igual, así por lo menos te cobré un pase -, dijo el negro de El Porvenir.

- Si yo mismo te la bajaba, por eso te dije. Pero mucho guevón, así nos cobraron a los dos – le increpó Hitler

- ¡Sí ganabas! – increpó uno de los espectadores-, este man tenía las dos que faltaban así que obligado te llegaba.

El negro de la gorra y el papá de Andrés solo sonreían y se burlaban del que perdió la oportunidad de ganar, un hombre bajito y delgado que vivía subiendo la loma del puente de los soldados, tenía el cabello al ras y usaba sandalias de cuero. El primero y quien cobró en esta mano, es un negro de unos 20 años que trabaja de playero recogiendo pasajeros para Cali en el terminal. Es de una vereda llamada Quinamayó y siempre busca dónde jugar dominó. El otro jugador es un señor de unos 45 años que siempre visita a su hijo para ver cómo va el negocio.

Las partidas continuaron por un par de horas, ninguno de los jugadores se levantó de la mesa. Jota, quien se había ausentado por un rato, se acercó a Hitler y le dijo algunas palabras al oído, parecen importantes porque la mano terminó y se acabó el juego. Hitler se puso de pie, hizo cuentas con las tapas, cobró lo que le debían y pagó sus deudas. Cada tapa representaba mil pesos.

- Papi, ¿cuánto le debo? - preguntó Hitler a Andrés, quien hablaba con su novia.

- Cuatro cervezas... Seis mil cuatrocientos –, contestó Andrés revisando los papeles donde anotaba todo lo que sacaba de la nevera y el tiempo del juego de billar. El lugar se quedaba vacío de a poco, Jota ya esperaba a Hitler sobre la moto.

- Apúntemelas que después se las pago. Hoy es día de feria y canta el Cano, ya es de noche y toca ir a verlo –, Hitler se despidió de la mano.

- Todo bien -, dijo Andrés y siguió hablando con su novia mientras Hitler salía del lugar.

Frank se prepara para su noche de concierto, limpia la boquilla y acicala a su consentida. “La única mujer de mi vida”, dice cada vez que habla de su trompeta. La guarda en su estuche

y se la cuelga en la espalda, sale de su casa en el barrio La Corona y camina hacia la escuela de música donde se reúnen los músicos de la Orquesta La Tremenda, uno de los grupos locales que va tocar en la XLIV Feria de Santander de Quilichao.

Vive con su padre, con su madre y el hermano menor. Desde los 13 años comenzó con la trompeta, aunque estuvo en bandas de rock como baterista, su pasión y su amor siempre fue sentir la boquilla y las vibraciones metálicas de sus notas. Ha tocado con artistas de salsa mundialmente famosos y por su talento siempre tiene alguna chisga los fines de semana. Gana entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil por una hora en la tarima, lo que normalmente dura una salida.

El toque de hoy es especial, va alternar con uno de sus ídolos: el Cano Estremera es el artista central del día tres de la Feria de Santander de Quilichao. El ensayo transcurre sin contratiempos: se prepara la lista y el orden de las canciones; ensayan los cortes y las partes complejas de los temas; y al final, se entregan las partituras.

Como falta aún tiempo para el toque, Frank sale del lugar en dirección al parque principal. Va en busca de una cerveza, cigarrillos, y si se encuentra a algún conocido, una media de ron o brandy. El licor es siempre indispensable para él, no importa que tenga presentación. A pesar de sus 22 años cuenta con más de cinco años de experiencia en tarima, está acostumbrado a tocar y a leer cada pentagrama de forma natural. Hoy debió caminar solo porque el trombonista, quien siempre lo acompaña, es familiar del director y tuvo que quedarse en la escuela de música ayudando a preparar los últimos detalles para la presentación.

Son las siete de la noche y el parque Santander empieza a llenarse, varios automóviles están estacionados y con sus equipos de sonido amenizan el momento de los que hoy se preparan para la fiesta más importante para los quilichagueños. Frank decide arrimar a Coolbeer, un estanco ubicado enseguida de la antigua alcaldía municipal, pide una cajetilla de Malboro, una Poker y dos cajas de chicles. Atraviesa la calle y busca en el parque una banca vacía. Le toca esperar que sean las diez de la noche, hora de la última reunión para cuadrar todos los detalles antes del toque.

Después de dos cervezas ya tiene compañía: Mogolla y Arley, dos amigos que pasaban por el parque principal. Al cabo de media hora ya se reparten los primeros tragos de ron. El

trombonista, que apareció de repente, no se hizo esperar más y en medio de la charla manda a traer más licor. A las nueve y cuarenta todos parecen alcoholizados. Frank ya compró la primera papeleta de cocaína y va por otras dos para no quedarse vacío en el concierto.

En el parque es fácil encontrar vendedores. Camina hasta la acera de enfrente y saluda a Jota, no es el *dealer* preferido pero es el único que está cerca del lugar. Jota siempre se para a la espera de clientes entre el Bar de Camila, Los Balcones y Coolbear. Cumbamba el que siempre lo surte no se ha dejado ver los últimos días y quizá no ande en el lugar. Frank saca un billete de 10 mil y paga por las dos papeletas, son cerca de 0,8 gramos entre las dos.

- ¿Vas a bajar al coliseo de ferias? -, dijo Frank a Jota.
- Yo creo que sí.
- Caiga parcero que eso va a estar sabroso.
- Todo bien - comentó Jota, se acomodó la gorra y guardó el dinero en el bolsillo.
- Igual se deja ver que yo toco hoy con La Tremenda y voy a estar por los lados de la tarima.

Todos lo que conocemos a Frank sabemos que le encanta el perico y que siempre que se enfiesta no le puede faltar. Le fascina andar embalado, buscando cocaína de forma desesperada a cualquier hora. A todos los músicos o amigos que tomamos alguna vez con él nos tocó en algún momento acompañarlo, buscar un jíbaro, aguantar su desesperación, y por supuesto, tener que salir corriendo y dejarlo tirado porque se hacía insoportable la paranoia que se le metía a la cabeza.

“Se vuelve muy mamón”, dijo alguna vez uno de sus compañeros de farra; “mucho voltaje andar con ese man”, comentó otro; “la verdad uno se cansa y Frank no deja que uno se vaya a dormir”, recordó uno de los músicos que toca con él; “es muy bueno tocando pero a veces se pasa en las rumbas y uno no sabe qué pensar”, opinó uno de los directores que lo ha contratado.

- Este perico está bueno -, dijo Frank al reunirse con sus amigos-, creo que le voy a seguir comprando.
- ¿Y vos cómo sabías que ese pelado vendía?-, preguntó el trombonista.

- Alguna vez un amigo me dijo. Cuando uno le pega a esto hay que conocerlos a todos. Igual ese man andaba antes con otro niche bajito que le dicen Hitler.
- ¡Uy parce! Ya son las diez, toca bajar –, recordó el trombonista.
- Vamos entonces, cojamos taxi porque eso está lejos. ¿Ustedes van a bajar? - preguntó Frank al resto de los acompañantes.
- Vamos, qué hijueputa -, dijo uno. Todos se levantaron y se trasladaron a la esquina más cercana, frente a Licores JJ, donde es más fácil abordar un taxi o alguno de los colectivos que por estos días transporta a las personas al coliseo de ferias.

Jota se sentó en el parque Francisco de Paula Santander frente a todos los negocios de la calle 4ta. En compañía de Hitler y otros amigos se acomodaron para vaciar una botella de Caucano. A calentar la garganta y el cuerpo, porque pasada la media noche tenían decidido ir a escuchar al Cano Estremera. No buscaron banca, se acomodaron en el andén que sirve de paso peatonal en el parque y mandaron a comprar el guaro a Licores Yule que queda al frente. El lugar siempre está lleno, de día los niños y padres que visitan el parque pueden ver el deterioro: las bancas partidas, las lozas destrozadas y la aparente muerte del árbol Orejero, uno de los íconos más importantes de Quilichao y que durante años ha sido el hogar de las palomas. De noche el ruido es ensordecedor, al lado de la antigua alcaldía los quilichagueños escuchan música a todo volumen y consumen licor hasta altas horas de la madrugada; en el centro del parque, a los lados de la estatua de Francisco de Paula Santander se pueden ver jóvenes escondidos bajo los pequeños árboles fumando marihuana; sobre la calle 3ra la soledad y la oscuridad se hacen compañía.

- Pero esto todavía está bueno por acá. Yo pensé que iba a estar vacío porque hoy es el día bueno de la feria -, dijo Hitler. Destapó la botella, regó de forma intencional un poco de aguardiente en el piso y sirvió el primer trago -. Para las animas – explicó.
- Hace rato le vendí algo de lo que tenía al gordo de la trompeta - contó Jota.
- ¿Cuánto?

- 15 lucas, tres papeleticas.
- Entonces todavía te quedan. Si algo más tarde vende eso.

Desde hace un tiempo que Jota tenía guardada la cocaína y no había querido salir a vender. Estaba esperando que pasara la calentura y buscando un buen momento. Había ido hasta El Naya, un viaje de más de diez horas por trochas, en varios tramos a caballo y en otros momentos a pie. No podía dejar que la droga y la plata se perdieran en la casa. Por eso decidió arriesgarse, salir al parque y ver cómo le iba con la venta.

- ¿Por qué Fuiste hasta el Naya si en Timba también venden y queda más cerca?-, le preguntó Hitler.

- Lo que pasa es que a veces uno iba y el man no estaba allá, entonces no había más que pegarse el viaje hasta donde los indios. Tocaba coger el teléfono satelital, llamar al paciente y decirle que uno iba a arrimar.

Jota tiene 22 años y vive con su madre, estudia arquitectura en una universidad privada que recientemente abrió sede en Santander de Quilichao. Está en primer semestre y comparte carrera con su novia. Siempre fue malo para el estudio, se graduó de un colegio acelerado porque al final no lo querían recibir en ningún otro lado. Vive con sus padres a dos cuadras del billar pero nunca va caminando. Se cree un verdadero gangster cuando anda con Hitler o sus amigos del barrio quienes además de vender droga también extorsionan y roban. Es una pequeña pandilla de jóvenes que ya tiene algunos de sus integrantes pagando cárcel.

- Lo bueno de pegarse ese viaje es que allá sale a dos quinientos o a dos el gramo – continuó Jota con la explicación.

- ¿Y en cuánto lo vendías acá? - preguntó Andrés, un amigo de Hitler que estaba sentado a su lado.

- Eso depende del marrano. Para los que la distribuyen acá, se los daba a tres-ocho o a cuatro, pero había veces que lo vendía hasta en seis.

- ¿Entonces lo que venden en cinco mil qué es?
- 0,4 gramos, ¡y eso!, porque de un gramo sacan hasta tres papeletas.
- Venden lo que les da la gana entonces.
- Claro, ese es el negocio.

- ¿Y a eso le revuelven algo?
- Pues algunos, pero la vuelta es hacer como hacía yo: ir a comprarlo por allá, donde están las cocinas y te lo venden puro. Lo que pasa es que si vos querés conseguirlo a buen precio tenés que comprar mínimo 50 gramos.
- Cuando yo vendía en forma - dijo Hitler -, lo importante era tener los clientes. Negociaba el gramo a tres-cinco y me ganaba mil o mil quinientos por gramo.
- ¿Si era fiable ir hasta tan lejos? -, volvió a preguntar Andrés.
- Claro, porque era de buena calidad - contestó Jota -. Allá vos lo conseguís puro mientras que acá te lo venden cortado. Además, si vos querés lo rebajas y a así te ganás más.
- Lo que venden acá en el pueblo es muy malo – interrumpió Hitler.
- ¡Cómo! Yo conozco un paciente que vende mero corte. Pura tiza - dijo Jota.
- ¿Con qué lo rebajan? –, indagó de nuevo Andrés.
- Con un químico blanco parecido a la tiza que se llama tiztiz.
- ¿Y eso se consigue fácil?
- Sí, en cualquier lugar donde vendan químicos -, contestó Jota, quien se veía un poco intranquilo, quería ir rápido al concierto porque le preocupaba llegar tarde y que hubiera mucha gente.

Son las once de la noche y el parque empieza a quedar vacío, la Policía llegó a despejar las zonas de estacionamiento. A todos les toca mover los vehículos. Los equipos de sonido de los automóviles comienzan a callarse dejando en el aire solo el murmullo de la música que normalmente disfrutaban los clientes de los estancos aledaños. Pasa uno que otro drogadicto recogiendo las botellas de cervezas dejando su hedor por un momento.

- Acá por veinte mil pesos te dan cuatro papeleticas –, continuó con la charla Jota -, pero si vos lo compras como yo te digo, te alcanza para... - hay un pequeño silencio mientras calcula - seis o siete gramos – es la respuesta.
- El problema ahora es la calentura que se volvió vender acá -, dijo Hitler.
- Obvio, eso es culo de calentura. Por eso han matado un poco de gente – explicó Jota -. Antes era más tranquilo, ahora ya todo está caliente, en el pueblo ya paila con el negocio. Si te pillan te cobran impuesto.

- ¿Cuánto cobran?

- Ahora no sé, igual yo nunca he pagado porque esos manes me conocen y me llevan en la buena. Normalmente cobran el 10 % de lo que supuestamente vendes.

La botella se acaba y Jota va por la moto, a pesar de los tragos siempre maneja. Hitler confía en él, lo hacen cada fin de semana y hasta ahora no les ha pasado nada.

- ¿Por qué tanta preguntadera? - preguntó Hitler a su amigo - ¿Es que te vas a meter en el negocio?

- Nada, es solo curiosidad.

- Ya decía yo, porque ahora eso está jodido. Igual si te interesa me decís.

No importan las vallas que puso la Policía, Jota sube la moto por el andén y recoge a Hitler. Arranca la moto de nuevo, ninguno de los dos se despide. Pasa de largo el semáforo sin importar que esté en rojo, sigue derecho y se pierde al cruzar la esquina de la carrera 11.

El concierto acabó a las cuatro de la mañana y las casetas cerraron cuando el sol asomaba. Mucha gente se quedó hasta el final de la fiesta en el coliseo de feria, sin embargo, para algunos borrachos la tomata no terminó ahí. La mayoría se transportó al parque, donde los automóviles inundaron las zonas de parqueo. La música saturó de nuevo los oídos de los fanáticos amanecidos y las canciones amenizaron cada copa.

Mogolla, Arley y Germán llegaron al parque con la algarabía, pero después de una botella, el primero invitó a sus amigos a la casa. “Más tranquilidad”, afirmó. A llegar todos se acomodaron en el antejardín. Aunque ya transcurrían las nueve de la mañana, Mogolla fue a la tienda a fiar una nueva media botella de guaro. El único desayuno de todos fue un vaso de café, un pandebono y dos energizantes compartidos.

Después de una hora el licor escasea, no hay plata para comprar más y todo parece que va a terminar. Sin embargo, el salvador llegó en una moto que frenó en seco frente a la acera. Es Frank, anda embalado, sus ojos parecen querer salir de órbita y sus movimientos irradian agitación. Se bajó de un solo salto y en medio del movimiento dijo:

- ¿Por qué se me perdieron? Hace rato los estaba buscando.
 - Como usted se desapareció después del concierto, nosotros nos abrimos para el parque - respondió Arley - y después de tomarnos un chorrito decidimos venirnos para acá.
 - La próxima vez me llaman - señaló Frank. Descargó la trompeta, sacó la cajetilla de cigarrillos Malboro, se puso el antepenúltimo tabaco del paquete en la boca y lo encendió con una fosforera roja que encontró en su bolsillo. Se sentó y recostó su espalda contra la pared, en el espacio preciso que separa la puerta metálica de la ventana de vidrios de espejo -. ¿Será que consigo perico por acá? Estoy más embalado - fue lo primero que dijo después de acomodarse.
 - Toca preguntarle a estos manes que son los que saben - dijo Arley que estaba a su lado.
 - Vos sabes que yo casi no las voy con ellos, deciles vos - hizo una pausa, exhaló un poco de humo y continuó: - Si me consiguen 20 lucas de perico les gasto la garrafa.
 - Espere le digo al parcero que vive acá – contestó Arley. Se paró, se acercó a Mogolla que estaba sentado a dos metros, y casi en forma de susurro, le dijo: - Este man quiere perico y dice que si le conseguimos 20 lucas nos gasta la garrafa. ¿Qué le digo?
 - Que de una. Yo le digo a Jhon que despierte a Pelo para que nos haga el domicilio.
- En veinte minutos Pelo fue y volvió con parte del recado. Solo llegó con la garrafa porque había ido al billar y estaba cerrado. No hubo quién le vendiera cocaína.
- Ya vengo, voy a la casa de Jota que seguro tiene porque yo le compré ayer - recordó Pelo. Sin apagar la moto entregó la bolsa que cargaba y dio la vuelta.
 - ¿Este man sí sale con algo? - dijo Frank, para él es la hora de fumar sin parar. Le tocó comprar cigarrillos Boston porque no consiguió de otros.
 - No te preocupes que él llega, es primo de Mogolla y además vive aquí, así que no se va a perder -, lo tranquilizó Arley.

Pasadas las once de la mañana, se repartió el primer trago de la nueva garrafa de aguardiente. El sol ya calentaba los andenes, dos niños jugaban con una pelota en medio de la calle y los familiares de Mogolla espiaban los desconocidos visitantes. Hay más de diez personas, varios de los vecinos que estaban de guayabo se unieron al grupo de fiesteros. Muchos tomaban cerveza y algunos recibían los tragos que les compartían.

Pelo apareció por fin, llegó por el lado contrario por donde se marchó. Estacionó la moto y en las manos de Frank entregó lo que faltaba: cuatro papeletas de cocaína.

- Gracias viejo - dijo Frank, quien estaba por terminar el sexto cigarro de la nueva cajetilla. Pidió un trago y se acomodó de nuevo en el andén. Sacó una llave color plata, la limpió y con la punta descolorida extrajo una pequeña cantidad de cocaína de la diminuta bolsa plástica. La acercó a la fosa nasal derecha y aspiró con fuerza, en seguida, repitió el proceso en la otra fosa - ¿Quiere parce? – le preguntó a Mogolla.

- Todo bien, porque me voy a quedar dormido – y así, con la misma llave y de la misma manera, entre los dos se acabaron la primera papeleta.

La música de Diomedes Díaz comenzó a escucharse en toda la cuadra, Jhon la puso, es su preferida, está tan entonado que manda a fiar la otra garrafa. El sol ya atravesó la mitad de su camino diario y va de bajada, los rayos de luz ahora empiezan a pegar en el andén donde todos estaban sentados. Al igual que el aguardiente y la cocaína todo se consume, los amanecidos comienzan a caer. Al final solo se quedan los que durmieron en su cama la noche pasada. El cuarto día de feria ha empezado.

La Pola y Fabio

La Pola

La Pola siempre soñó con ingresar a estudiar a la Universidad del Valle. Aunque su ilusión era entrar a la sede Meléndez fue feliz cuando pasó la línea de corte en la carrera Trabajo Social en la sede Norte del Cauca o Carvajal, como dice el letrero rojo de la entrada. Era el segundo semestre del 2010 cuando viajó de Mercaderes Cauca, un pueblo a cuatro horas de Popayán hacia el sur, a vivir con la familia de un tío en Santander de Quilichao, donde queda la sede. Ahí empezó su vida universitaria. Llegó con la intención de sacar las mejores notas, presentar las pruebas Saber 11 o pedir transferencia y cumplir su sueño de estudiar en la sede principal.

Desde pequeña fue una estudiante sobresaliente, no fue la mejor pero nunca tuvo problemas para pasar los años y destacar en algunas materias como ciencias sociales, literatura e inglés. Cursó el bachillerato en la Institución Educativa Juan XXIII, un colegio público de nivel medio que queda en la cabecera municipal mercadereña y cuenta con un poco más de 430 alumnos.

La Pola no recuerda mucho de su niñez, aquella que compartió con su madre y padre como familia. Esa vida en Cali, en el barrio Alfonso López, donde queda la casa de la abuela paterna y su medio hermano cinco años mayor. Una vida familiar que apenas le duró hasta los seis años. Su padre decidió ir a buscar mejores oportunidades a Estados Unidos y desde ese entonces no lo volvió a ver. Su madre viajó de nuevo a Mercaderes, su tierra natal, donde se instaló de por vida; con mucho trabajo y ayuda de una nueva pareja construyó un hogar próspero y estable; montó una droguería en el garaje de la casa de su familia y un par de discotecas en la región: una a las afueras del pueblo y la otra en La Unión, un municipio nariñense vecino. Así sacó adelante a sus dos hijas, la mayor culminaría sus estudios de Derecho en la Universidad del Cauca el mismo año en que La Pola comenzaría los suyos.

El primer semestre de La Pola fue prometedor, con un promedio de 4.2 destacó y estuvo entre los mejores estudiantes. Conoció a varios amigos y se dedicó al ejercicio en un gimnasio

del pueblo. Ocupaba todo su tiempo y solo se proponía sacar adelante su sueño. Tenía compañeros de todo tipo, amigas que compartían el gusto por sus estudios y otras que conocía desde antes, porque al igual que ella habían emprendido el vuelo desde esa población del sur del Cauca que alguna vez fue catalogada como ‘La capital del maíz’.

Pasó el primer semestre a la espera de poder cambiar de sede, algo que jamás lograría, y así descubrió en un amigo la persona con la que compartiría cada grupo de trabajo. Su nombre era Fabio, un hombre mayor que ella, cuya vida había estado llena de adicciones no olvidadas y situaciones límite que lo habían llevado a estudiar y abandonar varias carreras y personas. Un estudiante muy bueno que ganó estímulo académico en el primer semestre pero que dejaba mucho qué desear en su vida diaria. Lea causaba sufrimientos a su madre y ella seguía con la incertidumbre y preocupación de decidir si internar otra vez a su hijo en un centro de rehabilitación por su consumo compulsivo de heroína.

Se hicieron muy buenos amigos a mediados del segundo semestre, pasaban juntos todo el tiempo que compartían en la universidad. Ella lo respetaba como a nadie por su especial nivel académico. Él le enseñaba, le recomendaba libros, le ayudaba con los trabajos y la sorprendía con cada aporte. Era una admiración sincera, sorpresiva para ella. Para él fue una buena amistad, encontró alguien con quién compartir su tiempo y una ilusión de amor que nunca se dio.

Fabio

Fabio o El Flaco como le decían sus amigos nació y creció en Quilichao, estudió en el Colegio Instituto Técnico, uno de los establecimientos educativos más antiguos del pueblo, fundada en 1913 y cuyo nombre perdió el sentido desde que dejó de ofrecer el bachillerato técnico a finales de la década de los noventas. Desde la primaria, que cursó en la Escuela Cauca, siempre fue el mejor estudiante, ganó matrícula de honor hasta que terminó el bachillerato básico que culmina en el grado noveno. Cuando empezó décimo se olvidó del estudio, su rebeldía contra la academia apareció y la marihuana ya emprendía su transformación hacia una adicción que no podría manejar. Antes de terminar ese penúltimo

año de bachillerato, donde sus notas fueron mediocres como nunca habían sido, ya fumaba marihuana casi todos los días. Al final no se graduaría en seis años como casi todos sus compañeros, él y sus tres mejores amigos no aprobarían el grado once y tendrían que repetirlo. A mediados de 2001 cuando parecía que iba a perder de nuevo el año, la heroína entró a su vida como una moda que lo marcó de por vida.

El suceso que mostró que su vida estaba dando uno de los giros más drásticos e inesperados se presentó ese mismo año, cuando perdió cálculo. Él, desesperado, lleno de ira e indignado por la mala nota obtenida fue a buscar a su profesor a la hora del descanso. La discusión no llevaba a nada, el profesor no pensaba cambiar la calificación como nunca lo había hecho en sus casi 30 años de experiencia. Fabio actuó: de forma sorpresiva sacó un machete de su morral, era una herramienta vieja, pequeña y desgastada; amenazó al profesor y después a las personas que intentaron calmarlo. Esa historia se hizo famosa por aquella época en el colegio, todos hablaban de ella y se pensaba que Fabio no se iba a graduar del Instituto Técnico. Pero él peleó, luchó para hacerlo. Al final, la solución de la directiva fue permitirle graduarse en la promoción 2002 con la jornada nocturna que ofrecía una especie de bachillerato acelerado en donde se cursaban dos grados lectivos por año calendario. Recuerdo lo que me dijo cuando le pregunté sobre esa anécdota:

- Ese man era un pirobo, picado a chimba -, dijo Fabio con rabia un día que nos encontramos a la orilla del río Quilichao a conversar con unos amigos y a tomarnos unos aguardientes. Casi no le gustaba el licor y ese día tomó muy poco. – Ese profesor creía que se la podía montar a todos y que nadie le iba a decir nada -, prosiguió con la misma irritación. Recuerdo que esa noche fumó marihuana todo el tiempo que estuvimos sentados en ese lugar.

- Es que el problema no fue solo conmigo, a otros parceros también se la tenía montada -, hablaba con un voz enredada, no sabía si era por falta de movilidad de la lengua, el tiempo excesivo que había durado con brackets en sus dientes o por su alto consumo de droga que quizá había afectado de alguna manera su fluidez verbal. Es una de las personas más lúcidas que he escuchado, con unas ideas claras, una memoria precisa y mucho capital literario.

Después de graduarse del colegio comenzó a consumir heroína con un par de amigos. Por esa época inhalar no era tan popular, casi todos la mezclaban con marihuana o se inyectaban,

chutarse, como los heroinómanos lo llaman. Pero no entró a la universidad de inmediato, pasó un año ayudando a su madre en el negocio de ropa que la familia aún tiene en la plaza de mercado. Su padre, un ecuatoriano, llegó a inicios de la década de los ochentas a Quilichao, con la promesa de que el comercio en el municipio era de los más prósperos de la región, algo que no estaba muy lejos de la verdad, ya que después de Popayán es el municipio donde más dinero se mueve por comercio en el Cauca. Así, el papá de Fabio se instaló de por vida en la ciudad. Allí conoció a la madre de sus dos hijos, una niña que ahora tiene 27 años y Fabio tres años mayor. El negocio siempre fue viajar cada dos o tres meses a Ecuador por mercancía barata que revendía a mejor precio en la galería quilichagueña. Aunque por muchos años había mucha ventaja con el cambio de pesos a sucres, lo importante siempre ha sido el bajo precio. Esto permitió que muchas familias ecuatorianas se pudieran radicar en Quilichao instalando tiendas de ropa en la plaza de mercado.

En el 2002 el único tiempo que pasaba Fabio ocupado eran los días que trabajaba con su madre: miércoles, viernes y sábado, los demás días se los pasaba adormilado por su adicción a la heroína. Se dejó dominar a placer por esa sustancia que para él siempre fue la mejor vida, una experiencia llena de vibraciones atractivas y potentes que le hacían olvidar de todo. Ese año se convertiría en un Yonqui, por lo menos así lo llamaban muchos conocidos, un término que se acuñó gracias a la primera novela escrita por William S. Burroughs que llevaba ese nombre. Fue publicada en 1953 y trata el tema de la adicción a la heroína a través de William Lee, un personaje que para Fabio siempre fue una especie de reflejo de lo que él era.

Fueron varios años de consumo y altibajos, sin embargo, solo hasta los inicios del 2006, por petición de su madre, ingresó por primera vez a un centro de rehabilitación, un lugar donde él nunca quiso estar pero que le permitió conocer el amor de su vida, una mujer que también se enardecía con la heroína y que se había internado para rehabilitación, al igual que Fabio, por petición de su sufrida madre. Se correspondieron desde el mismo momento en que se vieron, fue una relación amigable que se volvería intensa apenas abandonaron la rehabilitación, que no sirvió para mucho. Fueron solo tres meses de tratamiento el que aguantaron. Al estar en la calle juntos se adentraron al mundo de la heroína con la misma intensidad del amor que inventaron los dos. Pasaron de vivir en una casa con todas las comodidades a subsistir juntos

en el rebusque de la calle. Caminaban por Quilichao de la mano y compartían las agujas que los transportaban al mundo alucinado que por ese tiempo los movía.

Es uno de los años que más recuerda Fabio, en donde las anécdotas sobran y la nostalgia del amor aún perdura. En sus ojos se ve esa sutil melancolía que ha calado hasta los huesos, esos que sobresalen por sus carnes flácidas. Tiene unas clavículas tan pronunciadas y alejadas de su cuello que dentro del agujero que se le forma puede esconder las bolsas plásticas de marihuana o heroína.

Recuerda con entusiasmo el día que fue capaz de robarse una moto. Era un atardecer adusto, atribulado, lleno de emociones encontradas y dolores íntimos. Caminaba de la mano con su amor por el barrio El Calvario de Cali, no tenían un solo peso y la ansiedad y el síndrome de abstinencia se habían apoderado de sus cuerpos. La desesperación los llevó hasta el sector del Terminal de transporte de Cali, por donde Fabio encontró una moto sin seguro, estacionada, sola como esperando un nuevo dueño. No pensó, solo se subió y la arrastró hasta llevarla a un taller de la calle quince en donde lo conocían y le dieron 400 mil pesos.

La noche llegó con la felicidad de la luna, cuya curvatura jamás podría superar esa risa sincera que llevaba la pareja mientras caminaba por la vía vieja a Yumbo. Buscaban un motel, el más llamativo, en donde pasar esa noche de tanta alegría. Comieron lo más rico que encontraron: un pollo apanado que les duraría dos días, pidieron una habitación con jacuzzi y pagaron 12 horas, se chutaron heroína hasta que el cuerpo les dio y vivieron una de esas noches que ninguno de los dos iba a olvidar jamás.

Así vivió ese año, lleno de altos y bajos, perdido en las calles de Cali, Santander de Quilichao, Armenia y otros pueblos del Valle y Quindío. Pero toda esa etapa culminó el día que levantó la mano contra esa mujer que era su amor, ese ser que conoció por casualidad y con el que compartió la pasión por las drogas. Después de ahí, ella decidiría dejar esa vida y superar su adicción. Él no fue capaz, comenzó una nueva etapa en un centro de rehabilitación pero de nuevo recayó. A finales del 2007 decidió por cuenta propia superar su compulsión, se encerró en su casa, se dedicó a leer y olvidar por un tiempo su fascinación por la heroína. Ingresó a la carrera de Filosofía en la Universidad del Valle. Era un consumidor habitual, su rebeldía hacia la academia seguía intacta pero su devoción por la lectura le ayudaban a superar

las materias y mantenerse en la universidad. Ese viaje le duró un par de semestres, dejó la universidad por petición de su madre e ingresó a un nuevo centro de rehabilitación porque la adicción lo había vuelto a atrapar.

No pasó mucho tiempo internado, después de dos meses abandonó el lugar y volvió a Quilichao. Se convirtió en un consumidor habitual de marihuana y esporádico de heroína. Comenzó de nuevo a trabajar con su madre y apenas abrieron Trabajo Social en la sede Carvajal, hizo lo posible por ingresar. El primer año no pudo pero al final entró en el segundo semestre del 2010. Era una oportunidad que nunca antes había tenido: podía seguir viviendo en su casa, estudiar una carrera profesional y ayudar en el negocio familiar.

La Pola y la Marihuana

La Pola tenía 14 años cuando sintió por primera vez el olor a marihuana: “fue un olor dulce, a pasto quemado, naturaleza prendida fue lo que entró por mi nariz”. Al comienzo le incomodó porque era algo nuevo y desconocido pero después se acostumbró. Su novio de esa época, un año mayor que ella, había empezado a consumir marihuana unos meses antes de comenzar la relación, sabía que La Pola no fumaba y por eso se escondía para que ella no se diera cuenta. Sin embargo, a medida que el tiempo volvió más fuerte y sincera la relación, él dejó de esconderse, comenzó a hacerlo sin recelo al lado de ella. Cuando pasaban la noche juntos en la casa de él, antes de dormir él quemaba un poco de marihuana en su pipa de chonta y fumaba mientras los dos veían televisión, La Pola se quedaba callada respecto al humo y solo dormía a su lado.

Ella nunca fumó con él, sentía cierto prejuicio por las drogas, especialmente la marihuana y el basuco. En la casa de su abuela materna siempre le habían hablado de la historia de su “tío basuquero”, una tragedia familiar que rondaba como un murmullo de viento por todos los cuartos de la casa, un golpe frío que tocaba sin excepción a cada persona de la familia.

También había visto llorar a su abuela materna por la tristeza que generaba su medio hermano, quien en Cali no dejaba de fumar marihuana y basuco, generando tanto odio de parte

de su padre, que alguna vez dijo cuando ya vivía en Estados Unidos, que ese muchacho que había abandonado los estudios por esa vida no podía ser su hijo.

El amor que sentía La Pola por su novio era intenso, desinteresado, adolescente y sobre todo inocente. Un sentimiento nuevo para ella que no dejaba pie a recriminaciones y permitía todo. Al fin de cuentas él era así y eso no cambiaba en nada sus afectos. La relación duró casi cinco años, en todo ese tiempo él no dejó la marihuana y ella aprendió a fumar, nunca con él, siempre quiso demostrar que no iba a caer en eso que odiaba su familia solo por el noviazgo. Pero al final no fue así, con un primo tres años mayor que ella comenzó a fumar de vez en cuando, algo esporádico y casual que no la trasnochaba.

“Una vez al mes, después cada fin de semana, al final -cuando terminó el colegio y comenzó a buscar qué quería estudiar-, ya lo hacía casi día de por medio”, recuerda La Pola.

Primero hizo un Pre-icfes en Popayán, donde vivió seis meses con su hermana mayor y una tía política que tenía un apartamento en una unidad residencial con amplias zonas verdes. Cada tarde que La Pola llegaba de sus clases no ingresaba al edificio sino que se quedaba en el parque al lado de la piscina, prendía un porro y fumaba un poco de la marihuana que le regalaba un compañero casi dos veces por semana.

Los resultados de sus Pruebas de Estado no fueron los que esperaba y no le alcanzaban para ingresar a la Universidad del Valle. Comenzó a ver cupos libres de la carrera de Comercio Exterior en la sede de San Fernando. Lo hizo durante un semestre, vivió donde una hermana de su madre en Cali, cerca del Centro Comercial Cosmocentro. Conoció por esa época a un muchacho que compartía algunas materias con ella, los dos fumaban marihuana cada vez que se veían, terminaron enfrascados en una relación efímera pero apasionada. Como no logró mejorar sus resultados en la prueba de Estado tuvo que volver a Mercaderes y buscar otra alternativa. Un semestre después se presentó a Trabajo Social en la Universidad del Valle, sede Carvajal, como se llama desde iniciado este 2015.

Cuando llegó a Quilichao a estudiar, su gusto por la marihuana cambió, la rutina de inhalar ese humo se transformó en una compañera de soledad, una especie de analgésico al dolor que generaba la distancia que la separaba de su madre. Aunque llegó a una casa familiar no se

sentía identificada con ninguna de las personas con las que vivía. Era la primera vez que compartía verdadero tiempo con esa familia lejana.

La soledad la asfixió, le llenó día a día los pulmones de humo de marihuana. Pero sus ganas de cumplir ese sueño de estudiar en la sede principal de Univalle la movía y la motivaba. No importaba nada más. Pasaron cinco semestres y decidió desistir de cumplir su sueño, su relación con Fabio se había vuelto de confianza y fumaban juntos en donde fuera: en cualquier parque de Quilichao, en el pequeño lago y en la cancha de la sede Carvajal. Los viernes viajaban a Univalle, sede Meléndez, para sentarse en la Plazoleta de Banderas a fumar. Ese semestre, La Pola ya vivía sola en una habitación arrendada que pagaba su mamá. Se la pasaba encerrada fumando marihuana con una amiga de estudio y dormían juntas en medio de sus charlas y trabas.

La Pola y su partida

La conocí por esa época. Era una mujer atractiva, de cabello largo, rubio, cobre, nariz respingada con rinoplastia, labios rosados y carnosos, ojos achinados y piel blanca; de 1,70 metros de estatura y buena figura, vestía siempre de manera casual con blusas de tiras o camisetas ceñidas y pantalones ajustados; le gustaban los zapatos estilo *Converse* y casi nunca se quitaba las gafas que le permitían ver mejor; caminaba de afán, con pasos largos y fuertes, un poco despistada y esbozaba una sonrisa cuando saludaba a algún conocido.

- Hola, ¿cómo vas?-, me dijo y me saludó con un pico en la mejilla. Eso fue el primer día que nos reunimos para hablar, ella no sabía que yo estaba trabajando en este libro y no pensaba decirle nada hasta que tuviéramos más confianza.

- Bien -, le contesté.

Estábamos en el parque principal del pueblo, nos sentamos en una banca. Era un sábado en la noche, el parque estaba lleno de gente y los radios de los automóviles inundaban el espectro sonoro del lugar.

Nos enfrascamos en una charla trivial. ¿A qué te dedicas?, ¿qué te gusta hacer?, ¿vives por acá cerca?, ¿eres de Quilichao? Preguntas y respuestas comunes y sin importancia en ese

momento. Yo buscaba que me hablara un poco de Fabio, porque era de la persona que me interesaba investigar. Sabía que ella estudiaba con él y eran buenos amigos.

- ¿Siempre sales sola? -, le pregunté, mi idea era que me contara de sus amigos.
- No, ahora viene una amiga y no sé si llegue Fabio – ella sabía que yo lo conocía porque él se lo había dicho.

Al final no llegó Fabio, solo arrimó una amiga que se sentó con nosotros el resto de la noche. La conversación se mantuvo igual pero yo no podía irme sin algo de información, tal vez me iba a servir después. Pasada la media noche, cuando los vehículos habían sido desalojados del parque por la Policía, algo que se hacía cada fin de semana por seguridad, La Pola me preguntó:

- ¿Fumas marihuana?
- Sí -, le dije -, pero casi no me gusta.
- Es que vamos a ir a fumar y queríamos saber si nos acompañas -, me dijo.

Las dos se pararon de la silla y me miraron. Las acompañé al centro del parque, bajo un pequeño árbol frondoso. Nos sentamos y ahí prendieron el primer porro. Fumamos un rato, hablamos un poco de Fabio porque él les había regalado la marihuana y ahí La Pola me contó sobre la primera vez que fumó marihuana.

- Fue en Mercaderes con mi primo, él tenía un partido de fútbol y me dijo que lo llevara en la moto. Cuando íbamos a llegar me dijo que parara antes y nos hicimos al lado de la carretera. A él le gusta resto la bareta, entonces sacó un porro y me dijo que si quería fumar. Pensaba que como era novia de Diego, quien se la pasaba fumando, yo también lo hacía. Pero nada, no le conté que era mi primera vez y probé. Recuerdo que ese día me trabé mucho.

- ¿Tu primo qué hace?
- Estudia en Univalle -, me dijo, estaba a punto de acabar el porro y me volvió a ofrecer.
- No, esa pata está muy pequeña y me quemo -, le dije y después de una sonrisa compartida, le pregunté: - ¿por qué te gusta la marihuana?
- No sé, creo que me hace sentir rico, me relaja y dejo de pensar en cosas que no quiero recordar -, me respondió mirando a su amiga, quien asintió.

Fumaron un poco más, hasta que se acabó el porro y nos despedimos. Después de ese día comenzamos a hablar muy a menudo, me contaba historias vividas por Fabio y ella. Sin embargo, apenas salió a vacaciones no la volví a ver. “Dejó la universidad para volver a Mercaderes”, me dijeron los amigos.

Según me dijo un familiar, cuando La Pola llegó a Mercaderes para pasar las vacaciones de diciembre con su madre, estaba “muy drogadicta, perdida en las drogas” (así me dijo, con esa preocupación y afecto que pone un familiar decepcionado). “¡ Estaba metiendo solución!”, comentó sorprendido, incrédulo. La madre que no la dejó volver, dijo según los que la escucharon, que lo peor que le había pasado a La Pola era haber ido a estudiar a Santander de Quilichao, a vivir sola, que prefería que no estudiara a que se volviera una drogadicta.

A La Pola la delató su propio primo, el mismo al que le recibió por primera vez marihuana. Una tarde mientras estaba en su casa, La Pola se encerró en su cuarto a inhalar solución, no era la primera vez que lo hacía. En Quilichao lo hizo un par de veces en el río. La primera vez fue en San Pedro, una vereda en la parte oriental del casco urbano de Quilichao por donde baja el río que le da el nombre al municipio. Fue a disfrutar del agua limpia y a fumar marihuana con Fabio y una amiga. Cuando la marihuana se acabó vieron a dos adolescentes que no superaban los 14 años con el tarro de pegante, se acercaron y les pidieron.

- ¿Qué se siente? –, recuerdo que le pregunté una vez.
- No sé -, me dijo-, es algo muy raro, ese día que metí simplemente se me borró el casete, pasaron como 30 minutos en donde no sé qué hice.

Así pasó el día en que su primo la descubrió pegada al tarro de solución, él la sacudía y ella no reaccionaba, quería golpearla de la rabia, no podía creer que su prima hubiera caído tan bajo. Intentó hablar con ella después pero no pudo hacerla entrar en razón, no solo habló del pegante sino de la marihuana y otras drogas. Al final decidió contarle a su tía, la madre de La Pola.

Fabio también dejó de estudiar, volvió a la heroína de forma intensa, la calle lo atrapó y se le veía compartir con los famosos consumidores que transitan diariamente por las calles de Quilichao. Cuando desaparecía se encerraba en su casa y no se dejaba ver ni por sus amigos. Hasta ahora no ha sido capaz de dejar completamente las drogas. Comenzó en abril del 2015

un nuevo proceso de rehabilitación en Quilichao. Dice que no quiere que su hijo, que apenas tiene un año, lo vea así. Con su larga figura, esa barba insípida, la sonrisa opaca y una voz cansada asegura que esta vez sí va a terminar el proceso, que después de haber empezado más de siete, ahora sí quiere hacerlo.

El Rapero del sacol

Creo que ya me estoy acostumbrando a su olor, al menos ahora ya no siento ganas de vomitar. El sol sigue iluminando la calle pero ya no es intenso, parece un poco tímido; las nubes grises han opacado todo y uno que otro relámpago se vislumbra a lo lejos. El olor a agua mezclada con polvo y el sonido de la tormenta comienzan a preocupar a los caminantes de las aceras. Los transeúntes aparecen y desaparecen como gaviotas que le huyen al aguacero. Los dos sentados en el asfalto debemos parecer estatuas, imágenes fijas de un mundo en acelerado movimiento. Llevamos más de media hora intentando hablar, nos encontramos por coincidencia: él buscaba clientes para vender sus bananas Bianchi mientras yo caminaba hacia mi casa.

Lo conozco desde que llegó de nuevo a Santander de Quilichao después de pasar unos años con su madre en Siloé, un barrio marginado y violento de Cali. Mi padre había comprado un pedazo de tierra a las afueras del pueblo, un lugar tranquilo y sencillo que colindaba con la casa de don Édgar el padre de Rapero. Era un terreno vivo, lleno de árboles y aves que cantaban a diario melodías sutiles y efímeras. Eso fue hace 15 años, cuando no vivía tanta gente en el barrio y la música de moda era otra. El Rapero aún recuerda esos días cuando se acostaba escuchando salsa y se despertaba con boleros. Don Édgar era el dueño de 'Las quince letras', una discoteca que tuvo gran clientela en los años noventa y cuya música se calló el mismo día que él; era un negro humilde y trabajador, siempre usaba camisas de un solo tono y pantalones anchos; su cabeza nunca logró blanquearse por completo y la estatura, más bien baja, se la heredó a Rapero.

Sin embargo, la familia no ayudó a mantener el negocio y apenas fue enterrado Édgar, los ocho hijos se repartieron la tierra, solo dos de las cinco mujeres y uno de los tres hombres salieron del brazo de su madre y consiguieron casa en otro lado. Cada vez que un nieto crecía la tierra volvía a dividirse. El único que se ha quedado solo es Rapero, todos sus amigos del barrio fueron asesinados hace más de 10 años, cuando los paramilitares llegaron a Quilichao a hacer "limpieza social", él se salvó porque en el momento más álgido de violencia salió del pueblo un par de meses, volvió a Siloé donde descubrió drogas como el basuco y el sacol,

sustancias más duras y dañinas que la marihuana, lo único que consumía por esa época. Aprendió a trabajar con la madera y el aluminio reciclado. Ahora tiene 32 años y aunque ocupa una habitación en la casa grande donde aún duerme su madre, una señora que algunos llaman loca y que otros apodan canalera, desde hace un par de meses arma y desarma en el patio de la casa un cambuche de unos cuatro metros cuadrados donde siempre pasa el tiempo a solas.

Casi no habla cuando recorre las calles y consume pegante, se aísla de todo; su boca se mueve y se escuchan algunas palabras pero nunca van dirigidas a alguien, se las lleva el viento y el tiempo. Todo en la vida de Raperero parece efímero, en una familia de mecánicos siempre supo de motos pero ahora no es capaz de trabajar con su hermano en el taller que está instalando en su misma casa; siempre hizo artesanías y las vendía. Según sus vecinos tenía mucho talento para trabajar la madera, pero ahora no es capaz ni de parar dos palos para arreglar el techo del cambuche.

Es diferente cuando va llegando a la casa a la media noche. A esa hora su cerebro está limpio, se ha consumido toda la solución y su mente parece recordar, sus palabras fluyen y su mirada es tranquila. Cuando termina su jornada diaria y se prepara para dormir, parece despertar y volver a la realidad. Saluda a las personas como si las conociera de muchos años atrás y hasta se disculpa por no poder saludar dando la mano ya que el mugre se lo impide.

- Va a llover -, dice de repente sin mirarme, creo que no me habla a mí, fue solo un pensamiento en voz alta. Sus ojos están concentrados en el cielo y sus manos, como si se tratara de un reflejo inevitable, se mueven incesantemente. La tarde empieza a caer y las nubes se apiadaron de los que aún estábamos en la calle y secaron sus lágrimas.

- ¿Subís para la casa? -, le pregunté.

No contestó nada, seguía ensimismado en el contenido del paquete, revolvía y revolvía los Bianchis como si fueran canicas. Desde hace un rato que estamos hablando pero parece haberlo olvidado. Ha inhalado un par de veces sacol, para mi sorpresa, hoy tiene un frasco de cristal con el pegante, le habrá costado unos tres mil pesos, y una bolsa plástica derretida, donde normalmente le empacan entre 500 o mil pesos. El bamboleo de sus manos manchadas y el contoneo de su cabeza son las únicas señales de vida. No parece mirar a ninguna parte, sus

ojos apuntan algo que solo él puede ver, su boca se mueve pero no dice nada. Canta sin armonía ni melodía. El silencio entre los dos es ameno, parece callar el resto del mundo que nos rodea: los buses que vienen y van, las personas que gritan nombres de ciudades y las motos que inundan el pueblo.

Lo miro y no recuerdo bien cómo era antes, cómo se veía cuando no se había manchado hasta el pelo con el pegante. Su ropa es tres tallas más grande que él, el pantalón que usa está roto en la bota de tanto arrastrarse, los tenis rojos se doblan en la parte delantera por el vacío que no llenan sus pies, la camiseta roja dice "Carrera por la vida" en un estampado que está a punto de desaparecer y la gorra azul y blanca se descose poco a poco mientras tambalea en su cabeza.

Se sube a un bus que acaba de arrimar, es un Trans Puerto Tejada, un enorme armazón rojo donde sentados caben 29 pasajeros. Va para Cali y apenas se está llenando. Se subió sin que el ayudante lo viera, muchos de los transportadores le han cogido algo de fastidio. Camina por el pasillo intentando entregar los caramelos que nadie recibe, no dice nada solo intenta entregar a los viajeros sus dulces. Una mujer desprevenida recibe uno de los Bianchis, está sentada en la primera hilera tras el conductor y mira por la ventana.

- No gracias -, dice la mujer cuando Rapero se le acerca de nuevo. Intenta devolver el Bianchi pero no se lo recibe.

- Son 500 -, es lo único que dice Rapero, quien mira a la mujer de forma desafiante.

- No gracias, yo no quiero esto y menos que voy a pagarle 500 pesos por una banana - intenta de nuevo devolver el caramelo.

- Son 500 - repite Rapero, la mira fijamente - eso es lo que vale, es un caramelo cubierto de chocolate. Págueme que me tengo que bajar.

- Yo no le voy a pagar nada, tome su banana -, dice la mujer ahora molesta.

- Pague pues que me tengo que bajar, son 500 - Rapero mira por la puerta que está abierta-, eso vale, no es culpa mía y no tengo todo el día - su voz es suave, apenas se escucha; sus mano izquierda ahora revolotea en el aire con intenciones de apresurar. Mira a la mujer quien comienza a preocuparse.

- Usted es un ladrón -, dice la mujer, pero saca una moneda y le paga.

Llega el ayudante del bus, un negro alto y bien vestido, usa un pantalón negro de preses y una camisa azul grisácea, trae un par de pasajeros que se suben y se acomodan en los puestos de atrás.

- ¿Qué te he dicho Bianchi? - es lo primero que dice el ayudante al ver subido en el bus a Rapero - Te dije que si te volvía a ver te iba a bajar a pata – lo coge del brazo y lo baja a empujones.

- No me coja así parce, en la buena, solo estaba trabajando -, es lo único que se le ocurre contestar a Rapero. Con la mano derecha sujeta la manga de la camiseta y la estira, descuelga un maletín viejo color rosa que solo tiene un cierre en buen estado y guarda el paquete de caramelos.

Se aleja caminando como si nada hubiera pasado. Su andar es pausado, el pie derecho da los pasos más largos que el izquierdo, no lo hace por algún defecto físico sino por puro estilo, al menos eso dice él; sus manos se mueven al compás de sus pies pero la mano que más acaricia el aire es la izquierda; en cada paso hace una pausa y cada cinco o seis metros se sube el pantalón con la mano derecha.

Pasa por mi lado y ni siquiera me saluda, camina sin mirar atrás, tararea una canción que apenas se escucha y mueve la cabeza de arriba a bajo al ritmo de su imaginación. Aunque se cambia la ropa casi a diario, los sudores han impregnado la tela de sus prendas tantas veces que los olores de muchas travesías se han mezclado de forma perpetua. A diario camina bajo el intenso sol del medio día, baja un kilómetro desde su casa que está ubicada hacia el sur sobre la vía Panamericana hasta la terminal de transportes. Lo único que deja en el camino es su hedor, ese que llaman olor a loco, que parece perseguirlo por todas partes como ángel de la guarda. Un fantasma que uno nunca ve y solo se deja sentir tras los pasos de su dueño.

Siempre hace lo mismo, se mete en problemas y después parece olvidar todo. Recuerdo hace unos días una historia que me contaron. Según un amigo, el 31 de octubre, día de las brujas, el gobierno municipal organizó una celebración en el parque principal. De acuerdo a su relato, fue todo un éxito porque la calle frente al antiguo Colegio Fernández Guerra, ahora sede principal de la Alcaldía Municipal, estaba llena de gente; los espacios cerca al entablado eran imposibles de transitar y como siempre, cuando había tarima, Rapero estaba presente. Por un

lado buscaba vender los Bianchis y por el otro esperaba una oportunidad para coger un micrófono y según él mostrar sus habilidades musicales. Sin embargo, ese día él no se quedaría hasta muy tarde, todo por un problema que tuvo con una madre que se encontraba con la hija en el lugar. Esa tarde Rapero obligó a la niña a meterse el Bianchi a la boca y después de muy mala manera fue donde la mujer a cobrarle el caramelo. Como siempre eran 500 pesos. La niña desconsolada le contó lo que realmente había sucedido a su madre, quien asustada por la actitud de Rapero no tuvo más opción que buscar un policía. Al final, aunque Rapero intentó disculparse, el patrullero lo retiró de la plaza.

Al igual que aquel día hoy también le tocó irse del lugar. El sol está por esconderse, son cerca de las seis de la tarde, hora en que se abre la carretera que atraviesa el pueblo para los buses que no tienen ruta directa a Quilichao. Rapero camina sin perder la calma: arrastra el mismo pie y vuela por el aire la misma mano; canta en silencio para él mismo. Se acerca a la carretera Panamericana y la atraviesa casi sin ver, transita por la acera donde las sombrillas multicolores de los puestos de cholados dan sombra en la mañana y ahora comienzan a desarmarse. Se dirige en busca de nuevos clientes en los buses que llegan de Popayán y se estacionan en la vía para recoger pasajeros que se dirigen a Cali.

No se sube a algún bus todavía, se aleja de la gente y saca del bolsillo el frasco de solución, es tan pequeño que se pierde entre su mano. Lo agarra con fuerza, desenrosca la tapa y acerca el vidrio a su boca, inhala una y dos veces, pone de nuevo la tapa y deja caer la mano que sujeta el recipiente de pegante casi vacío. Se queda inerte por un par de segundos, parece mirar algo a lo lejos. Sus piernas rígidas parecen enterradas en el asfalto, los brazos cuelgan como cortinas de ventanas cerradas: inmóviles y sin luz; muchos pasan por su lado, de afán, no perciben la quietud de su mundo y lo atraviesan sin dejar una mirada.

Lo primero que hace al moverse de nuevo es tomar los audífonos desconectados, los acomoda por encima de la gorra y se pone uno en la oreja izquierda, a pesar de que los auriculares no funcionan y no hay música para reproducir, Rapero empieza a cantar.

- Yo no quiero perderme de acá, yo vengo a hablar, vengo a cantar...

Como si el viento ahora atravesara por los brazos, éstos empiezan a deslizarse por el aire, se balancean con ritmo; la mano derecha aún sigue atrapando el frasco, cuyo exiguo líquido

amarillo apenas se inmuta; las piernas se levantan al compás de su música, un pie se arrastra desgastando contra el asfalto la bota el pantalón; sus ojos ahora persiguen algo y su cabeza se mueve manejando el ritmo de su desgarrado cuerpo.

- Casi me olvido de ti. Casi salgo a la calle y me perdí. Yo no vivo aquí y por eso ando así...- continúa cantando. Acerca de nuevo el pegante a su boca, inhala una y otra vez. Ahora no tapa el frasco.

La quietud vuelve por un momento.

- Papá, mamá ¿por qué se van? No me dejen aquí. No se vayan que yo me quedo. Papá, mamá... - habla de nuevo. Inhala una vez más. Cierra el recipiente y lo guarda en el bolsillo.

Camina rodeando un puesto de chuzos y chorizos asados, del suelo recoge un pincho de madera desechado y lo ondea por el aire como si fuera un avión. Se detiene en medio de la acera y mira atentamente el pequeño pedazo de madera, lo sujeta como una estaca y después como un cuchillo, simula guardarlo como una espada.

Saca el frasco y vuelve a inhalar una y otra vez. Ahora no suelta ni el pegante ni su nueva espada. Las personas pasan por su lado, algunos lo rozan y siguen su camino, otros bajan del andén para esquivarlo. Un señor de más de 60 años, que ayuda a otro anciano aún mayor, se detiene después de pasar por el lado de Rapero y se queda mirándolo.

- ¿Entonces qué?- dice rapero, quien ondea su pequeña arma de madera de forma amenazante - ¿Qué vas a hacer? venite pues - con el pincho de madera en su mano derecha y el frasco ahora en el bolsillo trata de intimidar al viejo que apenas se mueve.

- ¿A este guevón qué le pasa?- se pregunta a sí mismo y en voz alta el viejo, lleva una barba frondosa y reparchada con las canas. Usa una bermuda marrón, una camiseta beige y unas sandalias café.

- Venite pues - lo vuelve a retar Rapero, quien sigue haciendo movimientos amenazantes y ondeando su arma por los aires simulando formas de ataques.

- Este guevón lo que quiere es problemas ¿o qué? - analiza el anciano quien lo primero que dice dirigiéndose a Rapero es una amenaza: - Te vas a ganar un problema, lo que querés es que te de duro. ¡Guevonsito este!

- Hacele pues viejo hijueputa. Te voy a meter esto en esa panza y te voy a sacar las tripas
- contesta Rapero, se acomoda los audífonos de nuevo sobre la nuca y vuelve a ondear su escuálida estaca.

El viejo da la vuelta como si fuera a marcharse pero se acerca a su acompañante, quien aguardaba a unos dos metros bajo el andén, le pide prestado el bastón, lo sujeta de la parte de abajo dejando el agarre de dos puntas para golpear y se devuelve enfurecido.

- ¿Qué te pasa gran guevón, esto es lo que querías o qué? - dice el viejo antes de abalanzarse hacía Rapero para golpearlo.

Al primer lance del bastón, Rapero empieza a correr, se cubre tras una persona y después se agacha para esconderse en el puesto de chuzos.

- ¡Ey! -, se escucha el grito de uno de los playeros que estaba más abajo en la calle - ¿Por qué le vas a pegar al pelado? - pregunta mientras se acerca corriendo.

- Tranquilo vecino, no le haga caso que ese man está muy loco -, dice uno de los transeúntes.

- No ven que este guevón me chuzó con ese hijueputa palo en la barriga -, contesta el viejo apresurado. No soltó el bastón en ningún momento y seguro si hubiera podido habría golpeado a Rapero.

- Qué pena señor, disculpe -, es lo último que dice Rapero. Sale tras el puesto de comida y se acerca al viejo, quien hablaba con el playero. Con una mirada tranquila y una pequeña sonrisa estira la mano en son de paz y repite: - Qué pena señor.

- ¡Andate pa'la mierda gran guevón! -, dice con rabia el viejo, da la vuelta ignorando a Rapero y después de devolver el bastón a su acompañante sigue con su camino, atraviesa la calle y se pierde tras los automóviles.

El playero intenta pedir disculpas al viejo pero no tiene éxito y antes de seguir con su trabajo, con una pequeña sonrisa en el rostro, hace un gesto de burla a otro de los ayudantes de bus que camina por el lugar. Los dos sueltan una carcajada. El Rapero también sonríe, vuelve a sacar el pincho del tarro de basura y lo coloca al borde de la acera señalando hacia donde se fue el viejo, se acomoda el pantalón y se aleja. De nuevo saca el frasco de vidrio e inhala una y

dos veces el pegante. Todo parece calmarse y como antes, la quietud, vuelve a apoderarse de su mundo.

Los viajes de Ronny

El sol comienza a esconderse tras Garrapatero, una pequeña montaña que en semana santa decenas de feligreses suben como penitencia por sus pecados. Es sábado, día de mercado y los comerciantes empiezan a desarmar sus puestos de ventas. Casi no queda gente, solo permanece el efluvio a galería, comida desecha y carne descompuesta. Lo único que queda es basura. Los olores se mezclan y parecen disipar el oxígeno, el aire se hace espeso y difícil de respirar. El hedor atrae cientos de gallinazos que se posan en los tejados de la antigua plaza de mercado, una edificación inaugurada en 1917 con motivo de la celebración del centenario del fusilamiento de Policarpa Salavarrieta. Es una construcción hecha de bahareque y pintada con cal, cuyos techos alcanzan los cinco metros y las puertas de madera parecen para gigantes. Frente al lugar se puede ver cómo las nubes multicolores son pintadas por los rayos de luz de un sol que se niega a oscurecer el valle del río Cauca. Los gallinazos esperan inmóviles que la docena de carnicerías de la plaza cierren sus puertas y dejen a su merced los desechos.

Un perro se adelanta al festín, sale de la plaza con un cráneo de una vaca entre sus fauces, una señal para los buitres que están frente a la puerta al asecho. El reguero no se deja esperar: huesos, tripas, recortes y grasa animal se esparcen por la calle. Los gallinazos se pelean por cada pedazo. La última cena del día dura casi una hora, solamente queda un tono rojizo sobre el asfalto y las aceras, el olor a sangre y muerte y una que otra pluma negra. Al final los perros acaban de limpiar el lugar: lamen y recogen los pedazos pequeños de carne que se pegaron al asfalto.

La noche y la oscuridad ocultan la basura de los hombres, los desperdicios que los animales no lograron desaparecer. El panorama se presenta alrededor de la plaza de mercado, donde se amontona todo lo que los comerciantes no quisieron llevarse, lo que para ellos no sirve o estorba. Basura que irá a incomodar a los habitantes de la vereda Quita Pereza donde mensualmente llegan casi 50 toneladas de desechos.

La esquina de la calle tercera con carrera doce es una mancha negra con un pequeño brillo dorado intermitente, el asfalto teñido por los desechos multicolores de la galería cambia por momentos su tonalidad por la luz amarilla de una lámpara vieja. En el lugar hay apiladas

varias montañas de basura orgánica a la espera de los camiones recolectores, dos vehículos con capacidad de 9 toneladas que se encargan de recoger el reguero.

Mientras los barrenderos arruman los desperdicios, casi una docena de personas y perros esculcan entre los desperdicios. Son las ocho de la noche y apenas se están parqueando los carros de basura. Una señora de piel trigueña y unos cincuenta años apura su búsqueda, usa falda de tela y chanclas de plástico. Con una bolsa blanca en una mano mira de reojo cómo se le acaba el tiempo para rescatar el último alimento sano.

La vida de Ronny desde hace dos años transcurre en medio de este caos. La nostalgia de sus ojos y el mugre en su cabello prieto concuerdan con el desorden de la galería, su hogar. Al igual que él muchos drogadictos han sido olvidados por su familia, se han quedado sin apoyo y ayuda para poder salir o manejar sus adicciones. Parece un poco tímido, se hace a un lado y esculca poco; lo que saca, principalmente frutas, se lo come en el mismo lugar; no acumula nada, aprovecha el momento y no se preocupa si el tiempo se acaba o si mañana tendrá algo para comer. Aunque algunos consumidores han creado nuevos grupos sociales Ronny se ha quedado solo.

- Lo único que me importa es levantarme las cinco *lucas* del medio -, dice Ronny con rabia, se refiere a la papeleta de heroína, un poco menos de medio gramo que venden los expendedores y que los drogadictos en Quilichao inhalan mientras queman en un aluminio -, todas las mañanas me levanto pensando en eso, es que la *coliqueada* es cosa seria -, debe ser porque recientemente se ha encontrado que mucha de la heroína que se vende en el pueblo no es de la amapola sino que se hace de forma sintética como las anfetaminas.

Está acomodado al lado del andén, no se sienta en el borde sino que se acucilla mientras saborea la mitad de un mango tommy que encontró en buen estado. Lo muerde con cuidado, no se come la cáscara, la remueve con los dientes y la deja caer, lo devora por completo y sigue su búsqueda; un tomate es lo último que manda a su estómago antes que los trabajadores empiecen a cargar la basura a los camiones. No se va como el resto de las personas recolectoras, solo se acomoda al lado y mira cada paso de la limpieza, mira con cuidado si algo de lo que se cae en cada palada sirve para él. No tiene mucha suerte pero al final encuentra un pedazo de manzana y otro mango a medio podrir.

Ronny nació hace 20 años en Morales, una vereda del municipio de Caloto, donde actualmente conviven comunidades afrocolombianas con indígenas del resguardo Huellas; creció con su madre, su hermana y la pareja de abuelos maternos. Por la necesidad de algo mejor, se fue con su madre a buscar trabajo a Ecuador.

Ronny ha sacrificado todo el pasado por el presente, las nuevas sensaciones y vivencias son lo suficientemente fuertes, no solo por el consumo de drogas sino por sus nuevos modos de vida. A pesar de la separación de su familia Ronny no la olvida, la recuerda con rencor y nostalgia. Ha ocupado en gran medida su memoria pasada por nuevos momentos. Poco a poco los recuerdos se han ido esfumando. Por su nueva vida ha cambiado sus formas de pensar.

- Siempre me he rebuscado lo mío, desde que tenía como 13 años he trabajado – cuenta Ronny –, pero cuando comencé a ganar plata de verdad fue como a los 16 años, cuando me fui con mi mamá para el Ecuador.

Todos los trabajadores de Emquilichao la empresa de agua, acueducto y aseo, se van. Ronny se queda solo, en ese lugar su única compañía es la luz tenue que se prende y apaga por momentos. No le preocupa en dónde va a pasar la noche, está acostumbrado a dormir en cualquier andén, solamente necesita un cartón y un espacio donde dormir solo. Desde hace dos años ve pasar el sol y la luna en las calles de Santander de Quilichao.

- Esto yo no lo quise, la maldad de la gente fue que me llevó a esto – dice con tristeza y rabia, une los dedos pulgar e índice y los acerca a la boca, les da un beso-. Por Dios santo que yo no quise esto.

Hoy no anda descalzo como es su costumbre, usa unos tenis blancos de suela gastada y sin cordones; el pantalón lo debe agarrar de manera constante para que no se caiga, no viste ropa interior; la camiseta café le queda holgada pero le sirve, con ella se tapa la cara cuando la luz del sol lo molesta en la mañana.

Precisamente, la primera vez que vi a Ronny fue un miércoles en la mañana, hace un año y medio. Recuerdo cómo se revolcaba en el piso mientras gritaba improperios por su vida. Estaba semidesnudo, solo le colgaba un pantalón roto que cubría lo único por lo que parece

escandalizarse la gente. Sus gritos casi siempre estridentes se enmudecían cada cierto tiempo de una manera tan melancólica que se me grabaron en la cabeza, se emplazaron como un quejido propio. Aún guardo en mi cabeza las imágenes de esas miradas perturbadas y rostros transmutados de los transeúntes, los miedos de los niños y la indiferencia del mundo por saber lo que pasaba.

El actuar era una mezcla entre una psicosis y la histeria. Aunque parecía un problema mental típico de la primera, por la pérdida de la conciencia de la realidad y su forma de expresión pública; la sobreactuación y olvido de la racionalidad eran claros ejemplos de la segunda. Además, como un histérico, se presenta como víctima ante la sociedad que lo observa.

El ruido de los motores normalmente acaparaba todos los oídos, sin embargo, ese día los lamentos de Ronny eran tan fuertes y sinceros que ninguna persona pasaba sin mirarlo. Cuando lo escuché, me quedé parado frente a él esperando el desenlace. Al comienzo no me sentí porque iba de paso, mi intención no era quedarme pero no podía irme sin entender por qué ese joven no era como los otros que vivían en la calle: no trataba de pasar desapercibido o por lo menos no buscaba mimetizarse con el entorno, él quería que lo vieran, lo escucharan y sintieran pesar. La paranoia se apoderó él, como una variación de la histeria, todo el sufrimiento físico que le generaba la falta de heroína en el organismo, se vio reflejado a través de su cuerpo. Se quejaba de dolores en los huesos y fatiga crónica.

Tenía la cicatriz de una puñalada, después me contaría que se la propinó otro drogadicto por robarlo. La marca era enorme; en su esquelética figura se veía lamentable. La sutura abarcaba desde el lado derecho de la cintura hasta unos centímetros arriba del ombligo. Como un cien pies gigante parecía caminar por su abdomen cada vez que su estómago se contraía para respirar.

Con cada grito y quejido sus músculos se marcaban. Los largos brazos apretaban con fuerza su estómago, a pesar de ser delgados se veían fuertes; su piel negra estaba rucia por el polvo en el que se revolcaba; su cabello era un enredijo de basura, hojas secas adornaban cada parte de su cuerpo; nada cubría sus pies y sus callos habían sido pintados de colores que se mezclaban en toda la superficie de las plantas curtidas. Sus ojos eran tristes y perdidos,

olvidados y decepcionados; su mirada no enfocaba algo en particular y cuando se cruzaba con la de alguien, este volteaba la cabeza hacía otra parte. A pesar del mugre, sus manos podían verse bien, eran fuertes y grandes, como las de un trabajador del campo, con los dedos gordos y las palmas gruesas.

La escena duró más de dos horas, al frente, el restaurante La Braza se llenó de clientes, era un lugar de los más tradicionales de Santander de Quilichao; a un lado de Ronny había un camión lleno de sandías para la venta; al otro varios domiciliarios con sus motos estacionadas; y tras de él un par de puestos de venta de cholados.

- ¿Ese man qué? – le pregunté a uno de los domiciliarios que no despegaba la mirada de Ronny.

- Nada, un chirri como todos los que andan por acá. Simplemente que este ya está muy loco – dijo en tono burlesco y no se paró ni un momento de la moto.

- ¿Lo conoces?

- Pues sí, ese siempre se la pasa por aquí. Igual que hoy, muchas veces se pone a gritar y a quejarse – Ronny seguía tirado en el piso, por un momento se sentó, pero volvió a tirarse de espaldas contra el suelo empolvado.

Ese día no me acerqué a Ronny, la verdad el miedo no me lo permitió, su desespero me asustaba. Aún no sé por qué. Quizá fue por el estigma generalizado que se tiene hacia él. Todos le dicen loco y parece estarlo, sus angustias públicas y desesperadas intimidan a la gente. Además, en ningún momento ha intentado crear una imagen diferente, solo quiere hacer visible su condición.

Al final se paró y caminó lentamente hacia el sur de la ciudad, sus pasos eran lentos y cojeaba de un pie; por momentos se detenía, con una mano sujetaba el pantalón y con la otra se agarraba el estomago, flexionaba las rodillas y por momentos parecía dejarse caer pero no se rendía, continuaba. Al final, llegó hasta un andén más al sur, frente a la discoteca Salamandra. En esa época existían unos desagües grandes al lado de la carretera Panamericana donde muchos de los consumidores se escondían, un año después los taparon porque se habían convertido en el lugar de consumo preferido de los drogadictos. El se hizo lejos del resto de la

gente y se acostó en el piso, se tapó con un cartón que había recogido antes y por un momento se quedó en silencio, pareció desaparecer.

El agua ha comenzado a caer, el cielo parece haber entendido que necesitaba enviar agua sin consideración para limpiar la suciedad de los quilichagueños. Son las diez de la noche y ya hemos caminado a la calle quinta en busca de un refugio para la lluvia.

- Espere le cuento – dijo Ronny y se acomodó en el segundo escalón de las gradas de la entrada a los Billares la quinta-, yo me fui con mi mamá para Ecuador a trabajar en las minas de carbón, estuve un año por allá. Después me devolví para Colombia. Siempre fui una persona trabajadora.

- ¿Hace cuánto fue eso? – le pregunté sin atravesar la puerta del lugar, preferí quedarme en el andén.

- Hace como cuatro años – dijo mientras se cubría del frío con la camiseta café. No soltaba ni su pantalón, ni el encendedor verde y la pequeña bolsa plástica de sello azul que contenía la heroína -. En Ecuador también trabajé tres meses en una finca lo más de bonita. Por un tiempo dormí en la casa lo más de rico, coseché maracuyá todo el tiempo pero nunca me pagaron. Al final, lo peor fue que me mandaron a un ranchón de guadua a chupar frío y por eso me salí.

- ¿Cuando volviste llegaste de una a Santander?

- Sí, pero no al pueblo, primero estuve en Quinamayó trabajando en la minería de oro – dijo Ronny, hizo una pausa y se paró para permitir la salida a uno de los clientes del billar. La minería extractiva se había implementado desde el 2010 en el municipio pero él llegó en el 2012, cuando el auge permitía ganar mucho dinero -. Lo que quería era venir a descansar, comprarme mi moto y relajarme un tiempo.

- ¿Qué pasó entonces? – le pregunté, aunque según uno de los muchachos que creció con Ronny en la vereda Morales, sus padres lo abandonaron y para rematar, sus abuelos y el tío, los únicos que siempre estuvieron pendientes de él, murieron.

La vereda donde creció, es una región cuya tierra es muy rica, hay fincas llenas de árboles frutales que la caña de azúcar aún no acaba de matar; el cabildo indígena Huellas que ocupa la

mayor parte del lugar aún pelean por su tierra, que comparte con una pequeña comunidad de afrodescendientes y campesinos.

- Me quedé solo – me respondió con coraje -, yo soy un muchacho bueno, lo que pasa es que me la hicieron: mi misma hermana por la avaricia hizo que yo cayera en esto – levantó la heroína y el encendedor para que yo los viera -. Quería que yo quedara loco, que me olvidara de todo para quedarse con lo de la moto.

El agua no paraba de caer, la panadería San Francisco, ubicada enseguida del billar aún seguía abierta, me pidió que le regalara para un pan y que lo comprara porque a él no se lo vendían. Guardó la heroína y el encendedor en el bolsillo para recibir el pan con esa mano, no podía con la otra porque el pantalón se le caía. Se acomodó y siguió con su relato:

“Coja esto para el mercado y compre algo para su hijo”, le dije cuando volví, “Ella tenía toda la plata, siempre se la mandé a ella. Cuando me fui se casó y estaba embarazada, pero no le importó, me echó esa porquería en la cabeza. Recuerdo que dijo, cuando me quedé dormido y sin fuerzas, déjenlo que ese ya se murió”.

Solo asentí después de escucharlo. Ronny calló por un momento, se sentó de nuevo en el segundo escalón y se devoró el pan en tres bocados.

- Todas las mañanas me levanto sin fuerzas, cansado, yo nunca he descansado – dijo después de un par de suspiros, la tristeza se apoderó de su figura, parecía otra persona, el miedo y la desesperación se borraron de su rostro -. Quería venir a comprar mi moto y a descansar pero Daniela se quedó con todo – acusó de nuevo a su hermana.

La lluvia cesó por un momento, la panadería cerró sus puertas y solo los dos burdeles de enfrente y el billar quedaron abiertos. De repente, como si su cabeza se llenara de nuevo de malos recuerdos, la rabia se volvió a apoderar de él, sin especular dijo:

- La maldad de la gente fue la que me llevó a esto - volvió poner los dedos juntos y los besó -, por Dios santo. Por la avaricia me hicieron caer en esto. Mi hermana quería que yo quedara loco, que me olvidara de todo para poder quedarse con lo de la moto. Toque aquí en la cabeza para que se de cuenta lo que me hicieron. Toque para que me crea – se acercó y se agachó mostrando la parte posterior de su cabeza, según él todavía quedaban marcas de lo que la hermana le había hecho -. Toque – repitió.

- No te preocupes Ronny, yo te creo – fue lo único que le dije.

Pasado el tiempo comenzó a reciclar, se olvidó de todo, hasta de las veces que hablamos. Un día llegó a mi casa, entró sin pedir permiso y comenzó a meter botellas plásticas, vidrio, tarros metálicos y cualquier artículo que para él pudiera tener valor. Estaba descalzo, usaba solo una camiseta negra y un pantalón de jean grasiento. El costal que cargaba era casi de su tamaño y estaba bastante deshilachado. Apenas abrí la puerta, sin mirarme tomó el costal y emprendió la huida.

- Ronny –, le grité.

No dijo nada pero volteó, descolgó su carga y me miró con la cabeza baja sin conocerme.

- ¿Qué necesitas? –, le pregunté. No era capaz de mirarme a los ojos. A pesar que estaba a más de tres metros podía sentir su mal olor.

- Es que estoy reciclando –, me dijo y comenzó a caminar hacia mí. Los vecinos gritaban a lo lejos que lo sacara de la casa que era una “rata”, un ladrón.

- ¿Qué? –, volví a preguntar, sin prestar atención a los gritos de la gente. Ronny se acercó un poco más y me dijo:

- Plástico, vidrio lo que sea. ¿Me puedo llevar ese tarro que está allá tirado? – era un tarro de metal roto que en algún momento sirvió para depositar la basura, estaba oxidado y muy sucio. Había otro tarro similar pero ese aún funcionaba así que no lo pidió.

- Claro –, le dije. Puso el costal en el tarro y se lo montó en el hombro.

- Gracias –, me dijo y se fue caminando lo más rápido que pudo.

El reciclaje se ha vuelto un trabajo para muchos de los consumidores, algunos tienen carretillas de balineras otros solo cargan lo que resisten sus cuerpos. Ronny por ahora acumula lo que cabe en su costal. Los vecinos lo llaman rata aunque nunca se ha robado nada que no se considere reciclable. El estigma se ha transformado: dejó de ser un loco, ahora es un ladrón. Sigue solo, al igual que la primera vez que despertó en la calle. Pocos saben que se llama Ronny y muchos menos le hablan. Sigue caminando y buscando como sea lo del medio cada mañana, aún es lo único que le desvela.

El taller de Adrián

El taller de metalistería queda en una casa esquinera en el barrio Morales Duque de Santander de Quilichao. Es una vivienda grande de fachada azul, múltiples puertas de metal, tres ventanas, un techo de tejas y en la parte trasera una pequeña terraza que colinda con la pared de ladrillo de una casa vecina. A pesar de la docena de personas que viven ahí, no se escucha el más mínimo ruido, parece un lugar desocupado. Son las once de la mañana y no hay ninguna puerta abierta.

- ¿Usted conoce a Adrián? -, le pregunté a la vecina del lado que se asomaba por la ventana, era lunes y los niños se preparaban para ir al colegio.

- Claro -, me respondió-, yo lo ayude a criar a él y a su hermana Maye cuando los abuelos ya no pudieron hacerse cargo. Ellos siempre se quedaban solos porque la mamá trabajaba casi todo el día y el papá de Adrián y el de Maye no vivían ahí. Ellos se quedaban mucho tiempo aquí en mi casa, desde que eran una niños pequeñitos.

- ¿Será que abre el taller hoy? -, le pregunté y me asomé por una ventana cuya cortina estaba corrida: no se veía persona alguna.

- No creo, está trabajando en otro lado -, me dijo, acabó de abrir la ventana y miró hacia la esquina -. Está haciendo el techo de un tercer piso en una casa por la iglesia Niño Jesús de Praga.

Igual decidí tocar la puerta pero no hubo respuesta. Hace apenas cuatro meses, al comienzo del 2015, fue abierto el taller de metalistería, arte que Adrián aprendió en los pocos años que estudió en el Ana Josefa Morales Duque, el único colegio técnico e industrial del municipio. Desde 1978, cuando fue fundado, funcionó con dos jornadas: la diurna, donde estudió Adrián, en modalidad industrial; y la nocturna, que después se dictaría en horas de la tarde, en modalidad comercial. Es una institución que queda a las afueras del pueblo por la vía que conduce a Timba. Adrián hizo apenas los primeros tres años de bachillerato, el cual nunca finalizó como tampoco ha finalizado la mayoría de las cosas que ha empezado en su vida.

La casa donde vive es una construcción de un solo piso, un hogar familiar que antes estuvo lleno de inquilinos. Ahora no tiene espacio para alguien más. Hace 25 años cuando la familia

llegó del Quindío eran apenas seis personas: la abuela Viviana, su esposo Manuel y los cuatro hijos: Raúl, Aura, Martha y Jhon; ocupaban tres habitaciones y arrendaban dos. Ahora viven cinco subfamilias que ocupan cada una de las habitaciones de la enorme casa. Jhon y su esposa están ubicados tras la puerta esquinera; Maye comparte la habitación con Martha, su madre y su hijo de dos años y medio; al lado por la vía al puente de los soldados, tiene el taller Adrián, quien vive con su novia Claudia y su hijo de apenas un año y medio; la tía Aura ocupa la única habitación en donde no pega el sol porque la fachada da hacia el norte. Aura, tiene un poco más de 40 años y es soltera, vela por la casa ya que doña Viviana ha quedado postrada en una cama emplazada en la habitación más oscura de la casa: al fondo donde no hay ventanas y una cortina de encajes azules es el único color; don Manuel tampoco sale de la casa, casi nunca se deja ver y por ratos no sabe ni quién es.

La última división de la casa se produjo hace apenas un año, cuando Claudia decidió ir a vivir con Adrián para darle una familia a su recién nacido. Se conocieron desde niños, la vecina los tuvo a su cuidado por mucho tiempo: a uno porque la madre trabajaba mucho y no tenía con quién más dejarlo, a ella porque era la sobrina y siempre la quiso como a una hija.

Adrián y Claudia apenas superan los 20 años, compartieron la niñez y el amor de la misma persona por casi 8 años, pero cuando comenzaron a vivir la adolescencia se vieron con otros ojos. Al comienzo no pasaba nada. Adrián mayor por dos años empezó a salir con otras mujeres, todo en medio de sus vividas adicciones y el abandono de los estudios. Claudia siempre fue muy aplicada en el colegio y nunca se interesó por las drogas, terminó el bachillerato a los 17 años y a los 18 quedó embarazada de Adrián, su gran amor.

La única vez que Adrián intentó dejar el consumo de heroína por voluntad propia fue por el embarazo de Claudia. La sorpresa para los dos fue dramática. Claudia por su fiel creencia evangélica estaba desesperada mientras Adrián no hizo mucho más que tomar metadona por dos meses, al final la heroína pudo más. Para ella su hijo siempre fue el fruto del amor que desde niña le tuvo a Adrián, por eso le puso ese mismo nombre.

Claudia siempre ha deseado formar una familia, por eso intenta convivir con su hijo, Adrián y sus adicciones. Apoyó desde el inicio la apertura del taller de metalistería, no le importó que eso le robara espacio de su habitación. Sin embargo, cuando llegan esas noches de soledad y

amargura en donde Adrián sube a la terraza a inhalar heroína hasta quedar dormido, ella prefiere huir y recatar a su hijo de ese mundo. Siempre arma una pequeña maleta y vuelve a la casa de su madre que vive en el barrio el Dorado II.

Cuando Claudia no lo abandona, Adrián se levanta más temprano que todos, se fuma el primer medio gramo de heroína, disfruta su viaje, se baña y sale con el niño a caminar. Pasea con él de la mano y saluda el día, casi nunca usa camiseta y sale solo con un jean y chancas. Es su tiempo de papá en público.

Adrián consume en promedio tres medios al día, cada uno vale 5 mil pesos. Por eso aunque ahora tiene su propio taller, los 450 mil pesos mensuales que malgasta en heroína no le dejan mucho dinero de sobra. Si bien no paga arriendo y come muy mal, pesa apenas 48 kilogramos y eso que ahora está mejor que hace un par de años, el dinero no le alcanza para mucho más que apaciguar su dolida adicción. Su nueva familia acarrea gastos a los que él no siempre responde, la mayoría de las veces la madre de Claudia y ella misma aportan la alimentación del bebé y el dinero para darle lo que necesita.

Las adicciones de Adrián

La adicción compulsiva de Adrián no depende de su propia voluntad, como él mismo dice, al comienzo era la búsqueda del goce, una forma de alejarse de todo, sin embargo, ahora es un hábito que surge de una ansiedad incontrolable. No ha importado el tiempo que lleva consumiendo, la ansiedad sigue igual. No puede dejar de comprar e inhalar heroína, como si fuera de vida o muerte, tres veces al día.

Siempre fue un niño curioso. Cuando aprendió a caminar no se podía quedar quieto y se metía por todos los lados de la casa. A pesar de los regaños, era fascinado con las habitaciones de los inquilinos que por esa época compartían la morada con la familia. Era el niño de la casa, cuando nació, Jhon había acabado de ingresar a la escuela, así que él ocupó su lugar.

El papá, un paisa conductor de camión, vivió y veló por Adrián solo los primeros cinco años, misma fecha cuando nació Maye, un niña trigueña de cachetes grandes, sonrisa pícara, cabello lacio y negro. Martha le dijo al camionero que ella era hija de los dos pero al final la

unión se acabó porque se descubriría al verla crecer que Maye tenía otro padre, un compañero de trabajo de Claudia, quien por esa época trabajaba como vendedora en un almacén de zapatos.

El camionero lleno de rabia abandonaría del todo a su hijo, Martha no supo más de él y no se interesó en buscarlo. Al final el vendedor de zapatos, al ver la responsabilidad de una hija, también se iría de Santander de Quilichao. Martha tuvo que salir adelante con sus dos hijos, ha tenido que trabajar mucho y lo sigue haciendo, todavía se la pasa la mayor parte del tiempo fuera de casa. Como repitiendo la historia, ahora, está viviendo con sus nietos lo que con sus hijos: no ha podido disfrutar el placer de verlos crecer y jugar.

La necesidad por sacar adelante y alimentar a sus hijos llevó a Martha a olvidar sus roles de madre afectiva y formadora, la crianza de sus hijos fue cada vez más complicada y a medida que ellos crecían pasaba menos tiempo en casa, dejando la crianza a otras personas. Además, en muchos casos Adrián y Maye se vieron atrapados por la soledad y falta de apoyo.

Los dos se han visto desbordados por la vida adolescente y hostil que ofrece Quilichao. Maye ha tenido dos hijos con padres diferentes que no ayudaron en la crianza en ningún momento. El primero, lo tuvo a los 15 años, un niño que nació con problemas respiratorios y moriría a los seis meses de vida; el segundo, lo tuvo recién cumplidos los 17 años, el padre vivió con ella pero después de trece meses desapareció. Ahora el niño, bastante sano, está creciendo en medio del olvido de sus padres, muchas veces se la pasa encerrado mientras Maye sale a conversar con sus amigas.

Otra ha sido la vida de Adrián, cuya curiosidad se ha visto reflejada en todo lo que ha hecho en su vida. Entre el 2003 y 2004 lo único que hizo fue jugar fútbol, siempre usaba el numero 10 que lo caracterizaba como creador de juego y excelente rematador de tiros libres.

“Cuando yo aún estaba en el colegio era el mejor del equipo de fútbol”, cuenta con furor Adrián, “recuerdo un partido contra el Colegio Instituto Técnico que íbamos empatados, faltaban como 15 minutos para terminar el partido. Entonces hubo una falta cerca al área. Cogí el balón, lo acomodé y cuando lo pateé lo metí en el ángulo, por encima de la barrera, el arquero ni se tiró. Con ese gol quedamos campeones de los Juegos Intercolegiados municipales”.

Adrián fue observado por algunos entrenadores del municipio y fue a hacer pruebas para intentar ganarse un puesto en las divisiones inferiores del Once Caldas y el Atlético Huila. En ninguno de los dos se quedó por mucho tiempo, primero no tenía dinero para estar tan lejos de la familia y segundo le hizo mucha falta su casa.

Después decidió intentarlo con la bicicleta, le gustaban las acrobacias y el estilo callejero. Con mucho esfuerzo compró una bicicleta cross que poco a poco arregló y decoró a su antojo, sería una de las últimas posesiones que vendería casi regalada para comprar heroína.

“Yo comencé con la marihuana”, dice Adrián, “con los amigos me fumaba uno que otro porro en el río o en la esquina. Todos fumábamos entonces era como lo normal. Recuerdo que alguna vez sí me dijeron que ojo que así se comenzaba y que uno terminaba en algo más fuerte, pero cuál, a mí me daba lo mismo. Según yo, lo manejaba: solo natural, marihuanita nada más. Pero un día uno de los parceros me ofreció basuco y probé. Me gustó esa sensación diferente: con la ganja uno se sentía como apagado, pero con el basuco de una se despertaba, le daba como vida, se pirobiaba como lo llaman ahora, no me podía quedar quieto. Al comienzo era una chimba pero poco a poco dejé de sentir lo mismo y tocaba meter más y más. Como a los seis meses de meter basuco decidí comenzar a pegarle a la heroína. Cuando me zampé el primer bombazo me di cuenta que eso era lo mío, es otra cosa... Cada vez que me preguntan cómo es eso, les digo sin pensarlo que es como un orgasmo, muchas sensaciones por todo el cuerpo, el viaje es más largo e intenso que el del basuco a pesar que uno se queda inmóvil, como dopado. Y eso que no soy capaz de inyectarme, que supuestamente es más voltaje, la verdad, me dan miedo las agujas”.

La familia y Adrián

La falta de apoyo familiar, el rechazo de los amigos y otros factores como el fácil acceso a la droga y el entorno de un barrio marginal han afectado a Adrián, lo han impulsado de alguna manera en su carrera para llegar al último nivel de consumo. No solo la ley le ha impuesto sanciones, sino también la sociedad en general: la familia, el mismo grupo de consumidores y hasta las fuentes de abastecimiento han ejercido en algún momento diferentes tipos de control.

Normalmente las personas que no consumen estigmatizan a Adrián, lo relacionan con otros tipos de desviados, como los ladrones, indigentes y desechables. Apelativos que en el caso de Adrián no están muy lejos de la realidad, él ha robado, ha vivido en la calle y hasta ha vendido basuco y heroína.

Por mucho tiempo robó en la galería. Los miércoles el día de mayor congestión en el sector del “Agáchese” se paraba con un amigo sobre la calle doce A a la espera de cualquier persona desprevenida. En medio de la multitud y de gente apretujada abría bolsos, metía la mano a bolsillos y sacaba o arrancaba lo que fuera: dinero, celulares, joyas, relojes y ropa recién comprada.

La técnica era sencilla. En pareja, él y otro consumidor habitual, esperaban parados y analizaban a los transeúntes escogiendo a su víctima. Uno de los dos se iba tras la persona en medio de la montonera, el otro caminaba un paso más atrás; mientras uno abría el cierre del bolso y pasaba delante de la víctima frenando un poco el paso, el otro sacaba lo que encontrara de valor. Solo metía la mano, la experiencia que le daba tantas veces haber hecho lo mismo, había generado una precisión en el tacto para saber qué sacar y qué no. Lo hizo por mucho tiempo, cada miércoles y algunos sábados por casi un año.

Después su cinismo llegó al límite. En una bicicleta que pedía prestada a un amigo del barrio, salía a robar bolsos a señoras que caminaban al trabajo o volvían a sus casas.

“Esa viejita no quería soltar el bolso, se agarró tan duro que me tocó bajar de la cicla”, se ríe Adrián mientras cuenta la anécdota, “la arrastré y todo. Me tocó cogerla de los brazos y halar para que soltara el bolso. Tenía 400 mil pesos, ese día me hice el mejor gane de la vida. Fume heroína al piso por más de una semana, me encerré y no me dejé ver ni por las curvas”.

Por ese incidente tuvo que irse tres meses para un centro de rehabilitación a Popayán porque lo estaban buscando para matarlo. Tenía apenas 17 años. Los hijos de la señora que robó lo buscaron por un tiempo pero al final desistieron porque nadie dio razón de Adrián. Volvió a Quilichao con casi 10 kilos de más, con los pectorales grandes y con un color más vivo, parecía haber resurgido ese chico apasionado por el fútbol y la bicicleta. Duró apenas un mes antes de volver a caer en el mundo alucinado de la heroína y a la ansiedad del basuco. Al

medio año otra vez su piel se manchó y su cuerpo se volvió de nuevo escuálido. La ropa le quedó grande de nuevo como la vida en Santander de Qulichao.

Después con un vecino conocido como El Gomelo, hijo de zapatero y consumidor habitual de heroína, comenzó a vender basuco y heroína. Se hizo amigo de El Indio uno de los traficantes duros del hueco, como se conoce a la olla del barrio El Porvenir, una cuadra en donde la zona de ladera hacía el sur occidente del pueblo confluye con las primeras montañas del Cauca, un pequeño lugar en donde la tierra amarilla que caracteriza la región es la protagonista.

En el hueco se reúnen los líderes de la pandilla de El Porvenir, quienes manejan una gran parte del comercio de drogas, aunque trafican especialmente con basuco y heroína también ofrecen marihuana y cocaína. Es una red de traficantes de las más importantes del municipio, red donde la jerarquía es bastante clara y respetada, son cerca de 30 personas entre vendedores, cobradores y principales traficantes.

A Adrián el negocio le duró un año. Primero, le dio miedo quedar en medio del conflicto que se armó entre los comerciantes de droga en el 2012 por las ventas y el territorio. Segundo, uno de los vecinos, cansado de que los consumidores y habitantes de la calle comenzaran a frecuentar el barrio, en muchos casos a robar y a atraer peligros al sector, lo acusó con la Policía. Ese fue su primer allanamiento, entraron en la casa en medio de la noche. Llegaron dos patrullas, un camión con uniformados y dos pares de motocicletas, hubo agentes tanto de la Policía como de la Dijín.

Tumbaron la puerta, desarmaron las camas, golpearon las paredes, esposaron a un Adrián poco sorprendido e impávido, con la tranquilidad que mostraría después para hablar con El Indio y decirle que ya no iba más con el negocio. El escándalo fue apoteósico, despertó a todos los vecinos, las personas salían en pijama, observaban a través de las ventanas, subían a las terrazas, balcones. Todos miraban la situación.

No encontraron nada, Adrián nunca guardaba pruebas de su relación con el microtráfico de drogas en su casa. Sabía desde tiempo atrás que ya lo tenían fichado. Desde el comienzo tuvo el hábito de dejar tanto la droga como la plata en casa de su aliado y amigo El Gomelo, quien vivía a solo una cuadra de distancia.

Seis meses después volverían a su casa los Policías, fueron menos y su intervención un poco más sutil, entraron tocando a la puerta y revisaron con aplomo. De igual modo, no encontraron ni droga o dinero que implicara a Adrián en algún delito.

“Preferí dejar el negocio, es mejor evitar problemas, además ya me tenían fichado. Hablé con El Indio y el entendió que era mejor que no siguiera vendiendo porque me iban a coger y pues a él también se le calentaba la zona”, recuerda Adrián.

Ahora está concentrado en su taller de metalistería, un amigo de toda la vida le regaló un soldador viejo y con eso comenzó. Ya tiene su clientela en varios lugares del pueblo, ayuda en otros talleres y todos los días sale de su casa con los implementos al hombro, una cachucha roja desteñida, un jean manchado, las botas que le regaló su tío que estuvo en el ejercito y cualquiera de sus camisas viejas.

Ha caído la mañana y veo que Adrián voltea en la esquina más lejana, camina despacio, tranquilo; mira solo para delante y saluda a los vecinos que desde niño lo conocen. Al llegar me mira y reconoce.

- Bien o ¿qué? -, me dice mientras abre la puerta del taller.
- Pensé que ya no ibas a venir, son las doce y veinte -, le dije antes que entrara -. ¿Qué tal el trabajo?
- Pues bien, lo bueno es que tengo trabajo seguro para un mes porque la estructura es bien grande – me contestó. Después, sin mirar atrás entró, descargó el soldador en un rincón y soltó la gorra en la cama.
- ¿Te toca volver ahora? – volví a preguntar.
- Sí, por eso voy a comer algo, me pego un bombazo, me relajo un rato y me abro de nuevo a chupar sol – Claudia no está, desde hace una semana se ha ido a vivir donde la mamá. El taller es un desorden, hay un colchón desnudo y ropa amontonada en una esquina; huele a pintura y recostado en una pared hay un marco sin pintar.
- Estás muy ocupado, entonces -, le dije, no había entrado totalmente, estaba parado en la puerta y desde ahí podía ver toda la gran habitación.

- Más o menos, pues no puedo hablar mucho tiempo porque me toca ir a camellar –, me dijo sin mirarme, sacó una cajita metálica de un armario de metal que ocupaba casi toda la pared del fondo -. Si quieres hablamos el fin de semana que estoy libre.

- Todo bien -, le dije, estuve un rato más pero al final me fui.

Después de ese día, hablamos muchas veces de su vida, su adicción y su familia. De ninguna le gustaba hablar pero de vez en cuando me contaba historias interesantes. Ahora en lo único que piensa es en su trabajo. Dos de sus amigos trabajan con él, uno le ayuda a pintar y el otro lo acompaña cuando tiene que soldar piezas muy grandes. Los dos son consumidores activos de heroína. Según Adrián es una forma de ayudar a los amigos, para que no roben o se metan en problemas, además él sabe lo difícil que es conseguir día a día la plata del medio. Recuerdo de forma clara lo que me dijo la última vez que hablamos:

- No creo que yo pueda dejar la heroína y quizá eso no me lo perdone Claudia, pero pues la verdad lo único que quiero es salir adelante, trabajar y darle a mi hijo así sea lo mínimo. Algo podré enseñarle también, porque si he hecho algo en mi vida es enfrentarme de lleno a todo.

Juancho

La celebración de navidad del 2014 se había prolongado hasta las tres de la mañana como era costumbre en la calle 3C, sin embargo, nosotros éramos los únicos que aún festejábamos de forma efusiva: solo se veían algunas luces de colores adornando las fachadas de las casas, un par de automóviles estacionados y las nueve personas que repartíamos algunos tragos de aguardiente en medio de la música.

La 3C es una calle amplia donde transitan pocos automóviles y muchas motos. La mayoría que celebramos las fiestas ahí, crecimos juntos en la misma cuadra. Aunque algunos ya no vivimos en las mismas casas donde pasamos la niñez, cada diciembre nos reunimos a pasar las fiestas de fin de año, a hacer el muñeco de año viejo, jugar el último partido de fútbol del año y por la noche a tomar aguardiente o ron. En el lugar hay familias de todo tipo de nivel socioeconómico. Unas casas son de dos o tres pisos donde viven cinco personas y otras de dos habitaciones donde viven hasta tres familias.

El barrio Morales Duque es así, lleno de desigualdades y jóvenes que buscan hacer algo por sus vidas, así sea ilegal. Es tan grande que ocupa la mitad del pueblo, abarca desde el terminal de transportes hasta el colegio Ana Josefa Morales Duque, desde la orilla del río Agua Sucia (realmente se llama Agua Clara pero los quilichagueños lo han contaminado tanto que hubo que cambiar el nombre) hasta la calle Quinta o vía a Timba. Las navidades siempre son escandalosas, casi todas las familias son tradicionales del sector y llevan más de 20 años compartiendo entre sí.

Habían pasado más de dos horas desde que nos reunimos para terminar de pasar la navidad entre amigos después de estar con la familia. Como siempre llegaron personas que no se conocían, algunos por casualidad y otros porque sabían de antemano que en ese lugar siempre se consumía licor hasta el amanecer.

Aunque por esos días los medios de comunicación hablaban sobre Santander de Quilichao por la muerte de cinco militares en una emboscada de las Farc, quienes habían anunciado días antes un cese del fuego unilateral, de ese tema ninguno hablaba. No les importaba o no se daban por enterados.

Era verdad que no había pasado en el casco urbano del pueblo sino en una vereda llamada San Pedro, zona de acceso a la cordillera central y a dos municipios denominados de alto riesgo como Toribío y Jambaló. Sin embargo, tampoco les importaba que en el hecho un soldado hubiera sido secuestrado, o que unos días después un fiscal del municipio viviera la misma desventura, o la decisión de las autoridades de convocar a un consejo extraordinario de seguridad para frenar una ola de violencia que continuó, no obstante, pocos días después de empezado el 2015 con el asesinato del hermano de un gobernador indígena en la vereda de El Palmar.

De lo único que se hablaba era de fútbol y mujeres. Todos éramos hombres en ese momento. De la violencia solo se hablaba cuando tocaba de alguna manera a alguno de los acompañantes. Por ejemplo, días antes uno de los tomadores, ‘El Chinga’, que hoy no estaba presente, contó que estaba preocupado porque su hermano había sido herido a causa de una balacera que se había presentado días antes. Esa noche cinco fueron los heridos y solo uno salió ileso, según ‘El Chinga’, la idea era matarlos con la excusa de la “limpieza social”.

Su hermano era un consumidor habitual de basuco y como tal se la pasaba en el sector de la galería y sus alrededores. Eran cerca de las once de la noche cuando se escucharon los disparos. Los seis consumidores se encontraban en ese momento al lado de un local cercano al cementerio donde expedían licor, estaban sentados inhalando basuco. De repente, un par de sujetos que viajaban en una moto, descargaron los seis tiros de un revolver de calibre 38. Las balas como si estuvieran marcadas y bien distribuidas impactaron a cinco de los seis jóvenes. La Policía ayudó a los heridos permitiendo que la muerte no los alcanzara, sin embargo, los responsables no fueron encontrados.

Hace varios años que no se presentaba ese tipo de atentados: desde comienzo de siglo cuando el Bloque Calima de los paramilitares llegó a Quilichao para enfrentarse al Sexto Frente de las Farc. En esa época mataban entre cinco y diez personas por día: supuestos guerrilleros al comienzo, después se enfrascarían en una supuesta “limpieza social”. Fueron más de 1900 crímenes los cometidos por los paramilitares en el Cauca, que bajo el mando de ‘El Capi’ y ‘La Marrana’ infundieron el terror entre el 2000 y 2004.

Sin embargo, esa etapa parecía haber quedado atrás, como la historia de ‘El Chinga’ se había olvidado de a poco. Las garrafas de Aguardiente Caucano seguían llegando como sinónimo de celebración navideña, el licor se escurría por las gargantas como palabras sin sentido. Algunos a las cuatro de la mañana ya flaqueaban de la borrachera mientras otros como Juancho apenas comenzaban a soltar la lengua. Siempre era de muchas palabras aunque normalmente no contaba nada de su vida. El licor por primera vez abrió sus pensamientos y dejó correr sus emociones. Empezó a hablar de sus más íntimas vivencias y tristezas. Parecía querer contar de la forma más sincera sus tragedias para prevenir a los escuchas de lo que le había pasado.

Su voz era angosta como la de un niño pero por ratos se llenaba de cuerpo para decir algo que para él era importante. Era alto y delgado, de ropa ajustada y tenis coloridos; de cabello raso y delineado y arete brillante; tenía un poco de acné como adolescente aunque tenía 23 años. Manejaba una motocicleta de cilindraje pequeño que había estacionado sobre el andén de la casa de enseguida. Trabajaba haciendo domicilios transportando gente por las calles de Quilichao. Apenas había vuelto de Cali y estaba dejando las drogas: “ahora solo trago y de vez en cuando uno que otro pasecito y no más”, decía de forma seria, como si el alcohol y la cocaína no fuera nada comparado con su adicción a la heroína.

Su familia era un misterio para todos sus amigos, casi nunca hablaba del tema. Su madre, quien superaba por poco los 50 años, había criado a Juancho y a su hermano mayor como madre soltera; su padre era un completo desconocido, nadie de la familia hablaba de él; su hermano se dedicaba a la reparación de motocicletas y ya había construido su grupo familiar con su joven esposa y su pequeña hija de tres años; Juancho compartía con todos ellos una casa ubicada en la calle 4ta con carrera 20. De todas maneras, Juancho también era un enigma, aparecía y desaparecía cada cierto tiempo y cuando llegaba no paraba de hablar de mujeres y sexo o ‘hembras’ y ‘pichar’, como él les llamaba a esas experiencias que tanto le encantaban.

Después de un rato solo quedamos los que nos conocíamos desde tiempo atrás, estábamos sentados en la acera de la casa de la familia Lobo – Larraondo. El cielo se comenzaba a pintar de diferentes tonos azules, el amanecer se veía cada vez más cerca y la charla giraba alrededor de la organización de la fiesta del 27 de diciembre: cumplía años Alex, uno de los presentes y

habitantes de la casa en donde estábamos. Sin embargo, de improvisto y fuera de la conversación, Juancho irrumpió en la dinámica:

- Es que eso de dejar el visaje ese – se refería a la heroína – es cosa seria. Ahora no estoy tomando pepas pero cuando me tocó esa mierda sí fue feo, igual la psicóloga me decía que yo iba bien y que tales.

- ¿Desde hace cuánto estás en tratamiento? -, le pregunté después de escucharlo. De alguna manera me olvidé del tema anterior. Estábamos parados frente a frente, él en la calle y yo recostado en la reja del antejardín. Para mí se veía y comportaba de la misma manera como lo recordaba: inquieto y pensando solo en motos y mujeres.

- Llevo más de tres meses, hace unos días paré el tratamiento por las vacaciones de diciembre -, todos lo escucharon porque la música estaba baja, tenía un cigarrillo entre los dedos aún sin encender.

- Por eso no te habías dejado ver, ¿dónde andabas? -, comentó y preguntó Anderson, quien vivía en la casa de donde salía la música.

- Estaba en Cali -, dijo Juancho, parecía preocupado, miraba para los lados y no dejaba de moverse -. Igual estoy por acá solo en diciembre, para pasarlo en la casa. En estos días tengo que volver por lo menos a las reuniones con la psicóloga.

- ¿Qué es lo más duro de dejarlo? -, le pregunté después de recibir un trago.

- Las ganas de meter, la abstinencia. Eso es feo...

- ¿Por qué? -, lo interrumpí.

- Porque uno se malaquea y le da de todo. Por ejemplo, a mí que metía *H* me daba dolor del cuerpo y desgano.

- ¿Qué es más maluco, el cólico de la heroína o del basuco? -, preguntó Anderson, que desde hace un rato mostraba interés en lo que contaba Juancho.

- Los cólicos del basuco son peores.

- ¿Por qué? -, volví a interrumpirlo.

- Ese dolor de estómago y esa cagadera me parecen lo peor. Uno no puede salir de la casa, se la pasa en el baño. Con la heroína uno se siente cansado y adolorido. Obvio le dan muchas ganas de meter pero ese daño de estómago del basuco es muy maluco, yo no me lo aguanto.

En el 2013 también intentó dejar la heroína, fue uno de los 180 consumidores de marihuana, basuco o heroína que ingresaron en el programa Centro Día que organiza la oficina de Fármaco – Dependencia del Hospital Francisco de Paula Santander, el centro médico de nivel 2 que atiende a todos los quilichagueños. “En el programa se hace un gran esfuerzo pero es muy complicado porque falta el último eslabón de la cadena que es la sociedad. La administración pública de este municipio no tiene programas, no está preparada para recibir a los muchachos cuando terminan el programa y vuelven a la calle rehabilitados”, asegura Patricia Sánchez, directora del Centro Día Quilichao. Anualmente cerca de 400 jóvenes con distintos tipos de abuso de drogas se registran en esta entidad. Como Juancho la mayoría no culmina el proceso, solo el 35 % de los que ingresan al programa logran dejar atrás sus adicciones. Además, como dice la doctora Patricia muchos recaen después de terminar el proceso ya que no se hace un verdadero acompañamiento a los jóvenes que se enfrentan de nuevo a la calle.

- ¿Cómo comenzaste en eso? -, le pregunté a Juancho cuando decidió no recibir el trago que le ofrecieron.

- Por un man que nos dio a probar un día en el río a mí y a un amigo que aún anda en eso.

Juancho tenía 14 años cuando probó por primera vez una droga. Transcurría el 2005, un año después de la captura de Juan Carlos Crespo, quien había creado un imperio para la exportación de heroína: en 10 años sacó del país más de 400 kilos y acumuló una fortuna cercana a los 100.000 millones de pesos. Por esos años la lucha contra la heroína se había intensificado y varios narcotraficantes como Crespo eran pedidos en extradición por los Estados Unidos.

Por esos años el río Quinamayó fue un lugar muy popular entre los aficionados de la pesca, el paseo de fin de semana y el sancocho en leña. A Juancho y a un par de amigos les gustaba ir los fines de semana a un lugar conocido como La Cuadra, un charco de ese río que quedaba cerca al barrio San José, a unos cuantos kilómetros del casco urbano viajando por la vía a

Timba. Les gustaba ir en bicicleta, las dejaban a un lado del río y aprovechaban para bañarse y disfrutar del agua limpia que fluía por esos días. La minería ilegal de oro y la ganadería porcina acabarían años después con ese lugar turístico y otros más del sector contaminando el agua de una manera tan radical que hasta los lagos artificiales para la pesca dejaron de existir.

Lo primero que probó fue el basuco, un man mayor, así lo distingue Juancho cuando cuenta cómo fue su experiencia inicial, se sentó un día con ellos. Hablaron de todo un poco pero sobre todo de mujeres y sexo. “En esa época uno andaba con los polvos en la cabeza, solo pensaba en las hembras y en pichar”, explica Juancho.

Ese día el hombre que iniciaría a Juancho y a varios jóvenes en el mundo del basuco y las drogas estaba fumando un maduro, así llaman a un cigarrillo de marihuana mezclado con basuco. “Al principio no nos ofreció – recuerda Juancho - pero después de hablar un rato de los culos nos dijo que eso que estaba fumando era buenísimo para rendir más en el sexo. Le pedimos y fumamos. Comenzamos a pegarle cada vez que nos veíamos con él. Todo estaba bien porque siempre nos encontrábamos en el río, nos poníamos cita para ir a fumar. Hasta que un día el man nos dijo: parceros, esto vale plata si quieren fumar les va a tocar pagar”.

Así comenzó todo. Primero fue basuco pero a los meses el mismo man les estaba vendiendo también heroína. Juancho recuerda esa historia con un poco de rabia pero también con mucha excitación. Habla con una voz afable y muchas emociones latentes. Al fin de cuentas es la historia de su vida.

Nunca terminó el bachillerato, dejó el colegio cuando apenas cursaba el tercer año. Estudió en el Colegio Fernández Guerra que en su época quedaba frente a todo el parque Santander y ahora tiene su sede en el barrio Santa Anita III que limita con el barrio La Corona II, en el oriente de la ciudad. A los 16 años cuando su hermano le ayudó a conseguir la primera motocicleta se dedicó a trabajar haciendo domicilios y a recorrer la ciudad en busca de mujeres y sexo.

La novia que más quiso se llamaba Liliana, era una morena de piel canela y curvas perfectas que él presentaba con arrogancia. La llevaba a todas las fiestas y la miraba contonearse con recelo ya que él nunca fue bueno para bailar. Ella al igual que muchas de las mujeres que conseguía Juancho estaba encantada no solo con él sino con la moto y la posibilidad de dar

lora: salir cada ocho días, pasear en moto cuando quisiera y dejar de caminar para ir al colegio, estudiaba en el Colegio Limbania Velasco. La relación duró medio año, tiempo en que Juancho visitaba junto a Liliana a sus amigos cada fin de semana. Después que la relación acabó, no se volvió a ver por la calle 3C por más de tres meses, fue lo que aguantó inmerso en su proceso de rehabilitación.

- Al comienzo todo era una chimba -, recuerda Juancho aquella forma de vivir su adolescencia -, uno fumaba y todo funcionaba: las nenas eran felices y uno rendía resto en la cama. Recuerdo que hasta llevábamos las hembras al río y allá mismo nos las comíamos después de fumar. A pesar que nos tocaba comprar el maduro en esa época eso era barato, uno con 500 pesos fumaba y compartía con el parcerero. En esos días yo no me separaba de Adrián que al igual que yo dejó de estudiar – Adrián es un joven que todavía consume heroína, se conocieron porque vivían en el mismo barrio y por la afición momentánea hacia las bicicletas -. A los dos nos gustaba andar en bici y cogíamos para todo lado juntos. Por esos días yo pensaba que nosotros éramos los únicos que le pegábamos a eso, pero poco a poco me di cuenta que muchos chinos de acá del barrio Morales Duque y de El Porvenir andaban en lo mismo. Al comienzo solo fumábamos en el río, igual íbamos como tres veces por semana, pero después comenzamos a comprar para llevar a la casa. Todo por los fletes, porque si uno quería quedar bien con ellas tenía que fumar antes del tales. Me acostumbré que para pichar tenía que estar fumado porque así duraba más. Comenzamos a fumar hasta en el andén enseguida de la casa de Adrián, en el puente de soldados, en la loma del Canalón. Donde fuera. Al final ya no éramos solo los dos sino que otros pelados se nos pegaron al parche. Llegamos a ser una gallada grandísima, todos andábamos en bicicleta, nos metíamos por la vía de los trenes cañeros hasta un lugar donde estaban arreglando las carreteras, habían montones de grava donde íbamos a saltar y visajear en las ciclas. Al final todos comenzaron a fumar con nosotros. Muchos, si no los han matado, todavía consumen basuco o heroína. Así pasó resto de tiempo pero al final uno se va dando cuenta que esa mierda deja de funcionar. Cuando

comencé a fumar heroína en forma todo se comenzó a caer, todo dejó de funcionar. Las nenas se comenzaron a aburrir y los amigos me empezaron a abrir del parche. Uno se comienza a quedar solo.

La luz del sol ya iluminaba la pared café de la casa de enfrente. Solo quedábamos cuatro personas en pie, ya era hora de irse para la casa. Como Juancho andaba en moto se ofreció a llevarme a mi casa, me dijo que si de todas formas iba a pagar domicilio pues era mejor que se lo pagara a él. Eran mil pesos.

- Hágale que es bien, igual no estoy borracho porque casi no he tomado y puedo manejar -, me dijo. Realmente se veía bien, mejor que todos los demás, supongo.

- Todo bien, llévame pero te vas despacio -, le contesté. Me subí a la moto y me despedí del resto: Anderson y Alex.

- Parce, igual ahora ya lo quiero dejar -, me dijo apenas arrancó la moto – por eso es que estoy en eso del tratamiento. Ahora en enero me toca volver a las citas con la psicóloga y dejar de trabajar acá. Me toca volver a portarme serio, si algo internarme de nuevo para ver si dejo de dar tanta lora.

- Entonces te vas de nuevo...

- Sí, me toca volverme para Cali. Igual allá está mi cucha y pues eso también es bien.

- Ummm - a pesar que le dije que manejara despacio parecía que no podía hacerlo. Llegamos en menos de tres minutos a mi casa que estaba al otro lado del pueblo. Me bajé y le pagué, pero no se fue de inmediato, antes me dijo:

- Parce, es que uno se aburre de esa mierda. Los cuchos siempre se preocupan y a la familia hay que llevarla en la buena. Además, como te estaba contando, eso de quedarse solo es muy chimbo. Los *fletes* lo abren y los amigos se olvidan de uno.

- Mal eso parcerito, igual espero que de verdad deje esa vuelta -, le dije, él seguía subido en la moto y la aceleraba a cada rato.

- Yo estoy decidido, por eso es que me vuelvo a ir porque si me quedo por acá sigo en las mismas – el nerviosismo que lo acompañó toda la noche aún se reflejaba en sus ojos, que miraban desesperados y no parecían trasnochados.

- Todo bien, ojalá te salgan las cosas -, le dije y extendí la mano para despedirme.

- Nos vemos –, me dio la mano y arrancó.

Después de ese día lo vi un par de veces, me reuní con él para hablar de su vida y las drogas. Aunque me contó varias historias y situaciones no me volvió a hablar de su vida en las drogas. De todas maneras a comienzos de febrero se volvió a perder, se fue, supongo, a completar su tratamiento de rehabilitación. Lo intenté ubicar de muchas maneras y no pude, lo llamé al número de teléfono que me había dado pero estaba fuera de servicio. Quizá lo vuelva a ver en unos tres meses cuando haya dejado la heroína. Quizá lo vea trabajando y me suba a su moto y lo primero que me diga sea: “llevó más de seis meses limpio, no he vuelto a meter esa mierda”.

La Rehabilitación

1

Eran las 7 de la mañana, a esa hora era mi cita con la doctora Patricia Sánchez, directora del ‘Centro Día’ del Hospital Francisco de Paula Santander. Desde hace algún tiempo no me levantaba tan temprano y apenas había dormido unas tres horas porque no era capaz de acostarme antes de las dos de la mañana. La entrevista se realizaría en el consultorio del centro, una casa blanca de rejas metálicas negras que quedaba a media cuadra del río Quilichao, sobre la calle quinta. Al correr el pasador y atravesar la puerta me recibió la recepcionista, le pregunté por la doctora y después me senté en la sala de espera. El lugar es similar a los pequeños centros de salud de los pueblos: sillas blanca, mesas blanca, paredes blancas: todo impecable; en las paredes hay pequeños letreros pegados con textos que explican el funcionamiento o aconsejan a los que lo leen.

"La culpa me mantiene ocupado... Para no asumir responsabilidades"

"Porque somos una familia nos queremos, nos respetamos y nos ayudamos"

Apenas me siento veo frente a mí a un joven conocido, es uno de los hijos del señor Sarria, el hombre que le vendió la casa a mi papá, donde ahora vivo. Quizá tenga mi edad o sea solo mayor un par de años. Nunca me di cuenta cómo ni cuándo cayó en las drogas, ni siquiera sé qué consume, solo recuerdo que un día lo vi en la calle con sus ropas sucias y el cuerpo acabado. Esa tarde de hace dos años y medio me volteó la mirada y nunca más me volvió a saludar. Su padre, un hombre viejo de cabello totalmente blanco, lo acompañaba; no fui capaz de preguntar si fue por solicitud de su hijo o solo decisión suya. La verdad me dio pena, hace mucho tiempo que no lo veía y ninguno de los dos me reconoció. Vino a entregar los documentos para solicitar el tratamiento.

Él no fue el único que esperaba en la sala, había otro joven que alguna vez vi por ahí, creció en el barrio El Dorado, de cara manchada, gorra militar, camisa azul, jean azul y tenis negros

de suela blanca; él, acompañado de su madre entregaba el examen psiquiátrico y las órdenes de los médicos que confirmaban la necesidad del tratamiento. Aunque había algunos jóvenes que iniciaban gratis el proceso casi todos necesitaban pasar primero por un médico general, estar afiliados a alguna EPS o inscritos al Sisben.

No pasó mucho tiempo antes de que la doctora Patricia saliera.

- Vamos -, me dijo, llevaba una ropa cómoda: blusa suelta, jeans y tenis de trotar.

Me levanté y salí tras ella, íbamos para la finca, así le llaman al lugar donde queda el centro de internamiento. El inmueble campestre está ubicado en la vereda Bilachí a 20 minutos del pueblo, por la carretera que conduce a la cordillera central después de pasar por San Pedro, un lugar turístico donde aún se puede bañar en las aguas del río Quilichao. Cuando salimos a la calle había dos automóviles estacionados, la doctora Patricia se acordó de algo y antes de volver a entrar me dijo:

- Ya vengo, voy a traer unos papeles pero súbete a ese carro de allá atrás que en ese nos vamos.

- Bueno -, le dije, pero no me subí de inmediato.

- Vamos -, escuché una voz, era la psicóloga del programa -. ¿Usted es el muchacho de Univalle cierto? -, me preguntó y me guió hacia el automóvil negro que ya estaba encendido.

Al subir miré que era un chico pelirrojo el que manejaba, uno de los operarios del programa. La doctora Patricia demoró un poco, lo suficiente para tener que apagar el motor del auto. Algunos jóvenes que están en la etapa de desprendimiento jugaban con un balón de baloncesto sobre la acera, esperaban a una de las practicantes de trabajo social que los acompañaría en la jornada de ejercicio de la mañana.

2

Aunque no conocía la finca era la segunda vez que me reunía con la doctora Patricia y la tercera visita al consultorio. Todo comenzó cuando me di cuenta que existía el programa, que llevaba más de seis años de funcionamiento y que además, desde hace dos años habían abierto

el centro de rehabilitación creando la Modalidad de Tratamiento Internamiento Enfoque Biopsicosocial.

- Lo que hay que decir de este programa es realmente muy concreto y sencillo, me dijo la doctora Patricia ese día -, pero lo importante es lo que tú puedes aprender y conocer de ellos (los consumidores) y desde ellos -, me explicó antes de hacer un par de preguntas - Es para tu trabajo de grado, ¿cierto? ¿Qué vas a hacer en ese trabajo?

- Estoy escribiendo reportajes sobre drogadictos y la idea es hacer un reportaje sobre el programa -, le dije sentado en su oficina, un lugar pequeño que nada tenía que ver con un consultorio.

- Aquí están resumidos los programas que ofrecemos – me pasó un folleto informativo en donde se describían los servicios-. Para la historia del programa nos sentamos en cualquier momento a hablar -, me dijo con su tono tan amable desde el comienzo. Después volvió a preguntar: - ¿Has entrevistado muchachos en la calle?

- Sí, desde hace rato estoy trabajando el tema -, le respondí mientras revisaba un poco el folleto -. Precisamente he trabajado todo con los muchachos de la calle.

- ¿Pero has entrevistado a los que están hoy en la calle? – parecía inquieta.

- Sí, como siempre he vivido en Quilichao conozco a muchos de ellos.

- ¿A cuáles? Así, por los apodos, porque a la mayoría los reconozco por los apodos – su inquietud seguía y cada vez que preguntaba esbozaba una pequeña sonrisa.

- Hay un muchacho que no es de Quilichao sino de una vereda de Caloto, le dicen Ronny...

- Ronny – dijo con tristeza -, él está muy rayadito...

- Pues he hablado con él varias veces...

- Ronny se la pasa alzando la camiseta y diciendo: ¡mire sí, mi hermana la que me da heroína con escopolamina y me tortura! Él ya está muy loquito. Yo me lo llevé para la finca pero no... – no terminó la frase, hizo una pausa y después continuó - Él es un paciente psiquiátrico, ya es muy complicado.

- También he hablado con otros muchachos: Pocho, Juancho, Bianchi... La mayoría los conozco desde hace mucho rato.

- ¿Tú has consumido alguna sustancia psicoactiva o consumes? -, me preguntó con el mismo tono calmado que siempre se siente en su voz.

- Sí, he consumido marihuana, pero nunca he sido un consumidor habitual...

- Eres un consumidor qué, ¿ocasional?

- Podría decirse que sí – le respondí, la verdad no esperaba esa pregunta -. Me crié aquí en el barrio Morales Duque y estudio en Univalle – traté de dar una explicación innecesaria -. Muchos pelados del barrio han terminado consumiendo heroína o basuco.

- Lo que pasa es que eso depende de muchas cosas Raxson -, explicó sin inmutarse -. La gente puede probar pero no sabe si se va a quedar enganchada o no. Depende de factores biológicos, psíquicos, emocionales y familiares; no todo el que consume o llega a consumir se vuelve adicto. Hay mucho por trabajar. Aquí hacemos un gran esfuerzo pero es muy complicado porque falta el último eslabón de la cadena: la sociedad. La administración pública de este municipio no tiene programas, no está preparada para recibir a los muchachos cuando salen rehabilitados. Mira, hoy me tengo que ir a la finca porque salen seis chicos. Terminaron su internamiento. Acaban ese proceso pero siguen visitándonos cada ocho días. Les hacemos seguimiento y ayudamos con el tratamiento. Eran seis muchachos que estaban en la calle. Me están esperando, es un día de fiesta para nosotros, les hacemos una comida especial y muchas otras cosas para recordarles que aquí fue donde tomaron la decisión de dejar las drogas. Pero ellos salen y ¿qué? Aquí no hay programas para ellos, como hay para los reinsertados o los desplazados. Estos chicos también son personas vulnerables y necesitan que los acojan. Por ejemplo, hemos intentado hacer convenios con las instituciones educativas y lo primero que preguntan es ¿cuánto van a pagar? Así es muy complicado, somos un hospital público. Les cobramos un millón de pesos a las Entidades Prestadoras de Salud por cada muchacho y la EPS revisa esa historia clínica de pies a cabeza para evitar pagar y ver qué le quita. Casi nunca nos pagan completo o se demoran muchas veces hasta un año. Sin embargo, queremos ayudar, hay muchos jóvenes que han hecho el procesos gratis.

- ¿Cuánto tiempo internan a los muchachos? -, le pregunté mientras terminaba de acomodar unos papeles en un morral.

- No pasan más de cuatro meses de internamiento. Cada mes van a sus casas, 30 o 45 horas dependiendo de sus procesos. Cada chico tiene que salir porque debe aprender a afrontar su contexto. Nadie lo va a sacar del país o mandar para otro lado. Tiene que aprender a vivir aquí. Los chicos están entre dos y tres meses y después salen a buscar algo para hacer; a los cuatro meses empiezan desprendimiento: van a la finca solo tres días y el resto de tiempo están por fuera; a los cinco meses van solo dos días, vienen y se van despegando; a los seis meses terminan el proceso, no vuelven a la finca, pero se vienen para Quilichao o sus municipios cercanos, tenemos de todo el norte del Cauca. Todos hacen labor social: van a la finca a ayudar. Terminan su proceso de internamiento y continúan con un proceso que se llama postratamiento -, hizo una pausa, terminó de acomodar su maleta y continuó: - Sería ideal que hablaras con el líder Carlos. Él tomó la decisión de dejar las drogas y salió, ya terminó la universidad y ahora trabaja con nosotros. Esas son historias importantes.

- Sería ideal -, le dije y antes que se despidiera le pregunté: - ¿Sería probable que en algún momento pueda ir a la finca?

- Pues tengo que conocerte mejor para invitarte -, me respondió, se levantó de la mesa y nos despedimos.

3

La finca es un lugar hermoso y lleno de vida, plantas frutales y florales pintan cada espacio de las instalaciones. El verde es el color que predomina. Una huerta con plantas de maíz, cebolla, remolacha, zanahoria, cilantro y plátano adorna la parte posterior del lugar. Todos los jóvenes en tratamiento siembran y cuidan del lugar, es uno de los quehaceres diarios. Hay animales por todas partes: dos perras hermosas que fueron adoptadas por la doctora Patricia y que ahora todos quieren; dos gatas que pasan por el jardín sin tener problema con las perras; una vaca que aún no da leche ni crías pero que se espera mucho de ella; gallinas que ponen huevos para el desayuno de todos los días; un par de gansos que quieren trasladar del lugar porque no se dejan cuidar; y próximamente, un par de cerdos en una cochera que ya está construida y acondicionada. Todo lo han hecho los trabajadores y los chicos en tratamiento, con recursos ganados en actividades adelantadas por todos, el hospital solo paga el alquiler de

la finca y los trabajadores. Cada logro y nuevo proyecto logado de la finca es la felicidad de todos, por ello sacan la cara.

- ¿La finca es del municipio o suya? -, le pregunté a la doctora Patricia cuando llegamos a la finca.

- No, la tenemos alquilada. Somos Hospital Francisco de Paula Santander, no recibimos ayuda ni del municipio ni de nadie. Lo que hacemos es venderle a las EPSs tratamiento a sus usuarios, pero como no es suficiente y no tenemos presupuesto tenemos que hacer actividades de autogestión: pedimos ropa usada, elementos de aseo, buscamos gente que quiera ayudar, a veces vendemos cosas. Nos toca. Esto es una vocación.

- ¿Lleva muchos años en esta labor? -, le pregunté cuando me senté frente a ella en la oficina de la dirección de la finca.

Me ofreció un café y lo acepté. Después comenzó contarme:

- Van seis años desde que diseñé el programa, comencé con unito y ya tengo cinco. Pero es complicado Raxson, esta es la misión de vida que decidí. Es el único programa que hay en el norte del Cauca. A nosotros nos toca hasta conseguirles todo, a veces llevarlos sin papeles ni documentos, sin saber nada de ellos. O sea, cuando una persona pide ayuda - hizo una pausa y continuó- Aunque es muy complicado porque ellos son personas que abandonan todo muy fácil, menos la droga, empiezan el programa un día y al otro dicen: “no, ya no quiero”. La gran mayoría tiene algún problema cerebral, porque la marihuana y todas las sustancias producen daño cerebral y eso es lo que los chicos y la ciudadanía no entienden, creen que la marihuana es la misma marihuana de hace 20 años, que es la marihuanita de la mata. Realmente la marihuana de hoy tiene más de 250 aditamentos, entre ellos los fungicidas y los aditamentos especiales para que la mata crezca más rápido. Estos elementos son los que generan el mayor daño cerebral. Por ejemplo, hemos encontrado muchos jóvenes con características de esquizofrenia y la produce la marihuana, una enfermedad que es para el resto de tu vida. Los consumidores empiezan contando que duermen pero tienen muchos sueños extraños, pesadillas; que “le juro que yo la vi doctora, yo la vi, era usted” y pues nada que ver; además de estados graves donde empiezan a decir que la voz le dijo que esto o aquello. O sea, es algo difícil de trabajar, es cultural minimizar el consumo de marihuana. Se quedaron con que la

marihuana es simplemente una mata y como es una mata entonces sí. ¿Cómo es que dicen? – hizo una pausa para pensar, se repitió la pregunta y respondió: - ah ya, que natural Light –, embozó una pequeña sonrisa.

- Es que ahora no se consigue...
- Orgánica no se consigue, ahora solo fuman es *creepy*.
- Sí, dicen los mismos consumidores que marihuana regular o todos esos tipos como moño rojo o punto ya no se consiguen. Pero eso es en todo lado, en todo el país porque yo estuve investigando y se dice que ahora solo se vende *creepy*.

- Igual, lo ideal sería que la sembráramos, pero esa semilla que se consigue es transgénica, daría casi igual. Eso es muy tenaz. Mira, la marihuana de hoy produce diez veces más cáncer que un cigarrillo. El consumo de marihuana antes de los 15 años, que es la etapa donde termina la maduración del cerebro, produce un daño cerebral para toda la vida, los consumidores no lo saben. ¿Cuándo lo van a saber? En el futuro cuando tengan alguna dificultad o maten a alguien y se pregunten: ¿yo qué hice, por qué lo maté si yo no soy así? Tenemos sociópatas, esquizofrénicos, niños psicópatas, es tenaz, no hay conciencia ni ayudas.

- ¿El trabajo psiquiátrico tiene que ser durísimo?
- El 80 % por no decir el 90 % de los consumidores adictos tienen una enfermedad de salud mental, una patología de Ball se llama. Están acompañados de otra enfermedad aparte de su adicción.

Aunque el cupo del centro es para 40 chicos actualmente hay 35. Seis jóvenes han terminado el proceso hace una semana, cuatro han abandonado y otros cuatro han ingresado; siempre es igual: unos llegan, otros se van y algunos vuelven. Por ejemplo, hoy ha iniciado el proceso un chico de 19 años, con lágrimas se despidió de su madre, quien lloraba aún más que él. Sin embargo, a pesar del llanto en la mirada de la madre se podía sentir esa ilusión de algo mejor para su hijo.

- No te preocupes - lo recibió diciendo el líder Carlos -, al comienzo siempre es así, pero esta decisión que acaba de tomar es lo mejor que le puede pasar.
- Sí, yo sé -, contestó el joven que seca sus ojos y mejillas -. Es mientras me voy acostumbrando, igual la despedida con mi mamá siempre es...

No terminó la frase como si no fuera necesario, solo hizo un gesto con los ojos y la cabeza explicando la situación. El líder Carlos escuchó con atención y trató de animarlo:

- Eso es parte del proceso, usted no se está apartando del todo de ellos porque está ganando, viene a dejar algo y a aprender. Tranquilo amigo, acá la va a pasar bien y lo vamos a tratar como parte de la familia.

El funcionamiento de la finca es sencillo: se levantan, hacen la limpieza y toman un baño; después hacen el círculo, la iniciación y la expresión de sentimientos; en la mañana, se trabaja mucho la tierra, la agricultura, “¿Por qué el sembrar? porque es muy importante, ellos ven que a través de sus vidas pueden generar vida”, dice el líder Carlos quien siempre les ayuda con estas labores. Por la tarde, el tiempo se dedica a la terapia, el aprendizaje y a la teoría, todo orientado a adquirir herramientas para que día a día afirmen más su sobriedad: tienen citas individuales con psicología, trabajo social, consejería en drogas y psiquiatría. Los viernes es diferente, la psiquiatra tiene que estar toda la mañana atendiendo a los jóvenes en tratamiento y revisando la medicación. Además, las dinámicas también se mueven de acuerdo a lo que brinde el día: “si hace buen clima vamos y trabajamos, los llevo a caminar por allá a la montaña, vamos y conversamos, hacemos alguna terapia, recogemos leña y volvemos de nuevo. De eso se trata también, de romper el esquema que normalmente no rompemos”, explica el líder Carlos.

4

Carlos tiene 30 años, mide un poco menos de 1,70 metros y es fornido, sus antebrazos gruesos y sus pectorales pronunciados son prueba de ello; tiene unos ojos verdes cuyas pestañas largas contrastan con las cejas escasas, una cicatriz en medio de las cejas y otra en la frente alta al lado derecho, pero esas marcas no le afectaron en nada y de ellas no habla. Lo que cuenta y tiene muy presente es el disparo que le ingresó cerca al oído izquierdo y que dejó una marca casi invisible, si no me cuenta la historia no me doy cuenta, una herida que le hizo perder la visión del ojo del mismo lado y lo dejó con una especie de estrabismo. La piel de la cara ha quedado manchada por todos los años que pasó consumiendo heroína a la intemperie;

un indicio de bello facial pinta el centro de su mentón y colorea su bigote. Tiene los dientes amarillos y uno de los caninos manchado de negro, de todas maneras su sonrisa es bella y sincera, porque aunque es difícil de ver cada vez que se suelta ilumina su rostro.

Lo conocí en la finca, estaba dando la charla a los jóvenes, motivando e iniciando la integración y los ejercicios de la semana, le llaman el círculo. Todos los días se hace y sirve para que los jóvenes en tratamiento hablen de su proceso y conozcan las actividades del día. Cuando terminó de hablar y le dio el paso a la psicóloga quien estaba encargada de los ejercicios para superar la adicción, me lo presentaron. Su voz me sorprendió, cuando lo escuché hablando con los chicos se escuchaba más adulta de lo que era, un poco desgarrada de todas maneras y con un tono algo agudo.

- ¿Desde hace cuánto trabajas acá? –, fue lo primero que le pregunté.

Fuimos caminando hacia la piscina dispuesta en la parte posterior de la casa, según el líder Carlos era un lugar más tranquilo y silencioso para poder conversar. Cogió un palo de escoba antes de sentarnos en un sillón solitario que adornaba el pequeño espacio. Tenía una vista hermosa, se podía ver todo el paisaje y se escuchaba hasta el viento que soplabla. Los árboles ocupaban todo, como era en la parte alta no se veía ni una sola mata de caña, solo cítricos, colinos de plátano y algunos sembrados de maíz y café.

- Voy para cuatro años trabajando acá –, me dijo apenas nos sentamos -. Pero este lugar es nuevo, vamos a cumplir dos años con internamiento. Antes teníamos otros programas, uno que se llama centro día, ese era para chicos que son apenas experimentadores de la sustancia, consumidores espontáneos, no consumidores dependientes de la sustancia.

- Prevención...

- Sí, no era así tan complicado. De todas maneras, encontramos muchos casos allá. A raíz del alto consumo de heroína nos vemos en la obligación y en la necesidad de comenzar un centro de rehabilitación. Al principio cuando yo entré había poquitos chicos consumidores, algunos de heroína, habíamos consumido juntos pero no eran de la calle; mantenían ahí, iban y compraban, consumían un ratico y después se iban. Pero en cambio, yo me fui de la casa a los 9 años, a la calle, solo calle – jugaba con un palo de escoba, golpeaba la baranda metálica del mirador como buscando en qué ocupar las manos -. Ahí fue donde aprendí las mañas. Viví

más de diez años en la calle. El propio costal al hombro. Esa era mi complicación para entrar a ese programa porque ya era farmacodependiente del consumo de heroína.

- ¿Quién te habló de ese programa?

- Un chico que iba y consumía y se devolvía de nuevo para su casa. Él me dijo: “ve, allá hay un programa así y asá”. Yo estaba mamado y aburrido de la calle. Mi mamá tiene una casa en Santander y yo nunca iba, pero ese día me dio por ir a mi casa. “Vamos a intentar parar pues”, dije, antes había intentado dejar el consumo pero no había podido.

- ¿Cuántos años tenías en esa época? –, le pregunté.

- 26 años. Pero cuando decido entrar al programa la doctora me dice que no puedo porque llevaba mucho tiempo de consumo. Los primeros 15 días en mi casa fueron muy difíciles.

- ¿Qué te daba?

- Cólico, dolor en las coyunturas, vómito, diarrea, pereza, bostezadera... como si le fueran a sacar la espina dorsal por la espalda. Después de 15 días de desintoxicación en el hospital con mi hermana vamos a hablar al programa pero me dijeron que no, que necesitaba un centro de rehabilitación –, hizo un pequeño silencio mientras jugaba con el palo de escoba.

Esa fue la segunda vez que le dijeron que no. La hermana decidió llevarlo para la casa. Sin embargo, una psicóloga que trabajaba en el lugar y que había atendido a Carlos en un centro de rehabilitación insistió y habló con la doctora Patricia. Al mes de estar limpio Carlos fue recibido en el programa.

- Cuando me recibieron fue muy duro, recibiendo terapia sin poder abrirse así en estos espacios sino encerrado en una casa, ¡no, juepucha! –, dijo el líder Carlos con añoranza - Pero el deseo de querer cambiar era el más grande –subió la voz para decir esto, como dando la importancia que hasta ahora no había dado – o sea, eso es lo que rompe la barrera en muchas personas: el deseo, el anhelo, las ganas, la voluntad de querer cambiar, eso rompe el esquema y la rutina de la casa. Y cada vez era más difícil y yo decía: “No, yo pa’trás no quiero echar más calle”.

Los primeros dos meses fueron complicados, la adaptación de nuevo a las rutinas le costó. La norma del programa decía que no podía andar solo en la calle. La hermana tenía que acompañarlo a todas partes, como a un niño debía llevarlo y recogerlo cada día de tratamiento.

- Cuando pasé el tercer mes, las doctoras vieron que yo quería cambiar. Había entrado en etapa de desprendimiento y ya podía salir solo. Pero me encuentro con la realidad: ya iba a terminar y no tenía ni idea qué iba a hacer con mi vida. Nunca había laborado, siempre había robado, no sabía qué era ganarme el dinero honradamente.

Por esa época Carlos terminaba los cuatro años de bachillerato que le faltaban en el colegio acelerado ‘Nuevo milenio’. Antes de vivir en la calle había estudiado en el ‘Colegio Fernández Guerra’, donde cursó hasta el grado séptimo, año en que empezaron las complicaciones. Siempre fue un estudiante destacado, tanto que fue promovido de la escuela al colegio sin terminar el último año de la primaria.

- Cuando me empieza a gustar el tema de fármacodependencia -, recuerda el líder Carlos -, estábamos en el proceso del desarrollo del proyecto de vida, le digo a la doctora Lina, la psicóloga en ese momento: “yo quiero estudiar esto”. Se me da la oportunidad de ganarme la beca para hacer un diplomado en fármacodependencia en una institución que se llama Sasana, del Ministerio de Protección Social. Daban 70 becas a nivel nacional y me gané una. Llevaba como cuatro meses estudiando y me había ido bien, cuando salió un diplomado que certificaba como operador terapéutico, consejería en drogas en la Fundación Universitaria Luis Amigó en Cali. La doctora Patricia me ayudó con las vueltas y como daban facilidad de pago, de mero cabeciduro, me metí.

Soltó una carcajada como si aquella decisión hubiera sido una locura y continuó:

- Le hacían un préstamo como en el Icetex pero era en el Banco Pichincha. Me metí en ese cuento y me fui pa’allá.

Cuando estaba estudiando la doctora Patricia, al ver su empeño y ganas, le permitió hacer las prácticas en el programa. Con ese dinero que le pagaban se costearon los pasajes y el almuerzo los días de estudio, jornadas completas que iban desde las 7:00 a.m. hasta las 5:00 p.m. Al final, con lo que pudo ahorrar, logró pagar parte de la deuda. El diplomado duró ocho meses pero a mitad de camino tuvo un viaje a Bogotá para terminar el proceso de certificación del curso del Ministerio de Protección Social.

- Cuando llego a Bogotá me encuentro con la sorpresa de que el único operador que se iba a calificar era yo, todos eran psicólogos, psiquiatras o trabajadores sociales – recuerda el líder

Carlos entre risas -. Pero gracias a Dios me fue bien y me gradué. Cuando ya me certifican la doctora me da la opción de recibirme la hoja de vida.

Ahí inició otra prueba para Carlos, otra fase de la recuperación. Nunca había trabajado y no tenía ni idea que le iban a exigir tantos papeles, entre ellos, los certificados de antecedentes penales y judiciales. El miedo lo invadió, sabía que tenía muchos problemas pendientes con la ley y que ahora tenía que enfrentarlos.

- No había estado en la cárcel pero sí estaba reseñado -, cuenta Carlos -. Estuve reseñado unas diez veces: por hurto, intentos de homicidio, porte de estupefacientes, expendio de heroína, porte ilegal de armas. ¡No, juemadre! Yo sabía que me iba a ir mal por ese lado.

Para su sorpresa cuando comienza el papeleo para el trabajo le llegan todas las citaciones de los 16 procesos pendientes. Sumaban 18 años de cárcel. La primera visita al juzgado fue en Quilichao.

- Cuando me presento el juez empieza a leerme los derechos, yo dije: “no, me voy de una para la cárcel. A buena hora me vine a recuperar”. Quería llorar ese día. ¡No, juepucha! Llevaba seis meses limpio, ya había empezado a estudiar. Hablo con el fiscal y le cuento mi historia. La doctora Patricia habla también, le explica que aunque he tenido muchos problemas mi anhelo y ganas de salir adelante también tienen que ser tenidos en cuenta.

Ese día no hubo cárcel, el fiscal decidió estudiar el caso. La segunda citación no demoraría, fue de nuevo en compañía de la doctora Patricia. Ahora la citación era para el juzgado de Caloto. El lugar estaba lleno de policías y trabajadores del Inpec. Ese día tomaban una decisión: o cumplía una condena o era beneficiado por el principio de oportunidad.

- Cuando llegué a ese juzgado todo se me vino abajo. Me vi saliendo de ahí esposado para la cárcel. Entro y veo que los otros fiscales empiezan a hablar, me miraban y no decían nada. El fiscal que llevaba mi caso me lee primero los derechos y después de un rato me dice que me van a dar el principio de oportunidad. No podía de la felicidad. Ese día el fiscal me felicitó, me mostró las fotos cuando me cogieron, no hermano, la propia garra -, mientras hablaba las carcajadas acompañan esa mirada pícara llena de recuerdos -. Al principio todos estaban en mi contra pero de un momento a otro todo empezó a caminar bien: el estudio cada vez mejor, los antecedentes limpios y la doctora me dice que me pueden contratar. Me inundó la felicidad.

Antes lo único que tenía era un hijuemadre cartón y ahora tener un trabajo y poder aspirar a casa es algo increíble. Yo decía: “ahora puedo ser alguien importante en la vida, aportando algo para la sociedad fuera del daño que ya había hecho”.

- ¿Vos por qué entraste a las drogas? -, le pregunté después de movernos hasta el frente de los dormitorios porque en la piscina la psicóloga comenzó una actividad de relajación.

- Por la rabia -, me contestó sin pensarlo.

- ¿Rabia de qué? – volví a preguntar porque por un momento se quedó sin palabras y solo movía la cabeza y me miraba.

- La rabia de no tener a nadie, del rechazo de la familia y de todos los que estaban alrededor mío – su voz desgastada se rasgó aún más con estas palabras que entonaba con fuerza -. La soledad. Mi papá cuando tenía yo como cinco años se fue, nunca más volvió. Somos cinco hermanos, soy el de la mitad pero fui al que menos bolas le pararon. Fui el excluido, el que recibió el maltrato, las golpizas y palizas. Me pegaban unas palizas cuando tenía apenas como seis años. Eso fue lo que me hizo salir Ese rechazo. Cuando ya entré al programa me di cuenta por qué consumía. Pensaba que era curiosidad, pero no, fue la rabia, la rabia que hubo dentro de mí me llevó al consumo. Cuando caí a la calle no consumía, me fui porque no quería que me golpearan y maltrataran. Mi abuela me pegaba, mi mamá casi no estaba, mis tíos siempre me hacían a un lado y mi papá nunca estuvo.

Desde los nueve años ya era conocido por ser un buen ladrón. Le tocó dejar Quilichao a pocos meses de cumplir los diez años porque lo iban a matar. Decide ir a Buenaventura, parece que fue en busca de su padre, quien trabajó siempre en aserríos de madera. En el puerto mientras vivía en la calle conoció a dos jóvenes un poco mayores que él, se hicieron tan buenos amigos que lo llevaron a su casa en el barrio Córdoba, en donde fue adoptado como un nuevo integrante de la familia. Vivió cinco años en Buenaventura, con sus nuevos hermanos fumó por primera vez marihuana mientras seguía robando en la calle, comenzó a tomar mucho licor y a inhalar cocaína. Cada día se volvía un mejor ladrón, pero de nuevo las amenazas lo obligaron a dejar una nueva ciudad. Volvió a Quilichao a los 15 años, pero no quiso ir a vivir a la casa de su mamá, prefirió la calle.

- Acá en Santander la probé, un conocido me ofreció -, me dijo cuando le pregunté sobre el consumo de heroína.

Llevábamos más de 20 minutos parados y el líder Carlos ya no jugaba con el palo de escoba, ahora tiraba una pelota de tenis para que una de las perras la recogiera.

- ¿En esa época se consumía tanto como ahora? -, le pregunté.

- No, porque la heroína se consumía de forma diferente. En ese tiempo se llamaba mixto y se mezclaba con marihuana. Se armaba el bareto y se rociaba encima. El efecto era tremendo.

- ¿Era difícil de conseguir?

- Era complicadito conseguir, pero a mí me la daba un man que la trabajaba y la procesaba. Me hice amigo de él por medio del hurto porque yo era muy buen ladrón -, dijo y soltó una carcajada -. Me ganaba mis cosas y ellos me sacaban de la calle, pero me dejé coger mucho de la heroína y luego probé el basuco. Me quedé entre la heroína y el basuco y eso es lo que más calle me hizo tirar.

- ¿En qué momento vos crees que se volvió tan fácil conseguir heroína?

- Cuando empezaron a procesarla aquí mismo en el pueblo. Este es un puerto seco, se le dice: se produce, se vende y se consume. Y fuera de eso, se exporta.

- ¿Más o menos en qué año fue?

- En el 2000 comenzó la heroína a regarse mucho, ya en el 2002 tenía una fuerza impresionante -, responde con total seguridad -. Recuerdo tanto que todos esos parceritos que consumían marihuana se pasaron a la heroína. Nos íbamos para las gradas de Belén, yo dormía allá, en una casita que había abandonada. Nunca había sufrido el síndrome de abstinencia y un día que no consumí empecé con los síntomas. Un man que ya lo había experimentado me explicó que era por no consumir. Por eso me tocaba estar robando día y noche para que no me faltara plata para comprar la vuelta.

- ¿Cuánto valía en esa época?

- Siempre ha valido lo mismo -, me contestó sin sorpresa aunque han pasado 15 años sin variaciones en los precios -. Baja la calidad o la cantidad, pero nunca ha bajado ni subido el precio. Antes vendían más y mejor. En ese tiempo uno tenía que saber a quién comprarle, yo

tenía unos jíbaros que vendían una merca fenomenal. Muchas veces tuve problemas por las sobredosis, estuve a punto de quedar ahí tirado.

- ¿Vos te chutabas? -, le pregunté pensando en la causa de la sobredosis.
- Sí me chuté varias veces, pero nunca me quedé en eso -, dijo como quien habla de algo con poca importancia.
- Entonces, ¿cómo fue la sobredosis? -, busqué una explicación.
- Fue por el consumo exagerado. No compré por medios como se le dice sino por gramos y me la fumé con marihuana. Eso es un viaje muy tenaz y me quedé en el viaje. Me golpeé la cabeza, me desmayé, vomité y convulsioné. Llevaba muchos días en el consumo. No consumía para sentirme bien sino para evitar sentirme mal. Esa vuelta era la única que me hacía sentir el placer que necesitaba.

Una lluvia que cayó de repente nos hizo mover en busca de refugio, nos sentamos en un pequeño muro junto a los dormitorios. Los jóvenes también abandonaron la piscina y llegaron al mismo lugar, entraron a las habitaciones compartidas y pusieron música mientras se cambiaban. No importó la salsa que sonaba ni las charlas de los jóvenes, seguimos hablando y le pregunté:

- ¿En el tiempo que llevas trabajando alguna vez te has encontrado con algún amigo que conociste en la calle?
- Sí, en este momentico hay chicos a los cuales les di a probar la heroína, consumí y robé con ellos. Hay muchachos que han llegado a este lugar y que en algún momento también les hice daño. Pero todo eso quedó atrás. Siempre me hacen la misma pregunta: “¿cómo hiciste para salir de esto si vos andabas como un loco?”. Para muchos es difícil dejar el consumo por el entorno, siempre quieren volver al mismo lugar y hacer lo que hacían antes. La recuperación cuesta, es de incomodarse, de decirle no más a muchas cosas. No es simplemente dejar de consumir. Uno piensa que uno va a salir y la droga se va a acabar, no, la droga sigue y cada vez con más fuerza. Eso es lo que la gente tiene que mirar. Conozco chicos que han hecho procesos, se han recuperado y vuelven a caer. Ellos me preguntan: “¿vos por qué no recaes?”. A mí me tocó cambiar el estilo de vida, mi contexto, mejor dicho, es como morir y volver a nacer, pero con conciencia, sin andar por ahí con las mismas mañas y costumbres de antes.

Entre los años 2000 y 2004 tuvo que irse varias veces de Quilichao porque aparecía su nombre en las conocidas listas negras. Siempre se iba para Cali porque sabía que en los barrios Sucre, El Calvario o Santa Elena podía conseguir las sustancias de sus adicciones. Como estaba acostumbrado a la calle le era fácil conseguir dinero reciclando o robando. Ahora no se toma ni un solo trago de cualquier licor, lo ve como uno de los factores primordiales y desencadenantes de las recaídas.

- Para mi la sobriedad es – hizo una pausa para pensar y después continuó: -, lo que yo más había anhelado y necesitaba en mi vida; es lo que me permite moverme con facilidad, estar donde quiero. No hay nada mejor que poder comerse o comprar lo que usted quiere, ser lo que uno quiere ser, estudiar lo que desea, brindar a la sociedad algo que sea digno. Antes iba a un restaurante a pedir las sobras o a mendigar en un asadero de pollo un huesito. Era algo muy impresionante.

En medio de su adicción Carlos tuvo un hijo, su “tesorito” que se llama Maicol, ahora tiene 11 años y comienza el bachillerato. Nunca ha vivido con él pero lo visita cada vez que su trabajo se lo permite. Es el motor de su vida, él que lo ayuda a guiarse. Después de tantos años por fin su familia y la gente lo miran con otros ojos, desde otro punto de vista.

- Gracias al trabajo me puedo sostener y puedo tener mis cosas – dice el líder Carlos con satisfacción -. Pero lo que hay dentro de mí es ese anhelo de querer ayudar y eso es lo que vale. Una de las claves de la recuperación es el servicio, brindar algo a alguien; mostrar que sí se puede, que usted no nació siendo un drogadicto o un ladrón, que la adicción la adquirió por un mal hábito, por una patología. Hay muchas formas de trabajar eso, muchas herramientas para desarticular una adicción. El modelo de nosotros es totalmente diferente porque no es alejar al consumidor del problema sino trabajar al consumidor con el problema, para que ellos miren la vida desde otro punto de vista.

- ¿Pero cómo se llega a eso? –, le pregunté.

- Puede ser muy complicado pero yo tengo la forma de llegarles desde la experiencia. Hay que hacerles entender que todos esos ideales son mentira y que puede haber otra mirada. A veces es complicado por la edad, por las patologías desencadenadas por el consumo o la

alteración que éste dejó en su cuerpo. Pero si uno logra sacar a un joven de estos adelante puede hacer maravillas.

- ¿Qué crees que es lo más difícil para las personas que terminan el proceso y se enfrentan de nuevo a la calle?

- La generación de oportunidades, porque el recurso más importante y el obstáculo más grande es uno mismo. De por sí el adicto en recuperación o ya recuperado es inmediatista, piensa que todo lo tienen que conseguir ya. Muchos se dejan llevar solo por las emociones y los impulsos y no se centran en la razón. Uno tiene que generar sus propias oportunidades, la sobriedad a uno le muestra cualquier cantidad de estilos nuevos de vida y de trabajo. Muchos siguen con el mismo pensamiento: “cuando yo salga de aquí me voy a conseguir una moto y voy a seguir haciendo domicilios”. No ven que ese trabajo los llevó al consumo y que sigue siendo el lastre a su pasado. O dicen: “si no me sale eso, me voy a atrabajar en la construcción”. No aspiran a más, nunca piensan en el estudio. Muchos no son bachilleres, otros lo son y tienen la oportunidad de hacer una carrera pero no se lo plantean. Eso es lo que les cuesta y a muchos nos costó por bastante tiempo. La mayoría tenemos que ser movidos. Por eso siempre les digo: “muchachos, tóquense que están vivos y pueden dar mucho más de lo que están dando”. Mi mayor anhelo siempre fue poder ayudar a alguien, por eso me pegué de esto y gracias a Dios me ha ido muy bien, he podido ayudar a mucha gente. Primero, porque me conozco la calle, los conozco a ellos y ellos a mí. Me ven como un proceso de superación logrado. Muchos de ellos no han tocado la calle como yo lo hice, hay otros que sí, pero les cuesta y aunque tienen más oportunidades de las que yo tuve no las han aprovechado: tienen familias con dinero, gente que los apoya.

<<Muchos me ven como ejemplo, me dicen: “yo quiero ser como usted mi líder”. Anduve con el propio costal al hombro, reciclando, comiendo de las basuras, recogiendo cualquier pendejada de la calle; recibiendo menosprecio, que lo señalen, juzguen y lo pisoteen a uno, es algo que no lo quisiera vivir de nuevo. El rechazo social es algo impresionante. En parte uno se lo gana, pero uno también es un ser humano que cometió un error y se desvió. Además, parte del consumo no fue porque uno quiso sino por problemas; mucha gente dice: “ese consumió por vago”, pero no saben que dentro de él había algo de base que lo llevó a

consumir. Mucha gente no ve esas cosas, no ve el consumo de sustancias psicoactivas como una enfermedad, no se preguntan ese chico por qué consumió>>.

Epílogo

Cuando comencé esta investigación me atreví a asegurar que en Santander de Quilichao era más fácil conseguir heroína y basuco que marihuana. Sin embargo, pasados cinco años del impacto mediático que tuvo el consumo de estas sustancias en el municipio, dos de los cuales han sido usados para la realización de este proyecto, creo que tendré que retractarme. No porque en esa época no haya sido así, sino porque actualmente se consigue marihuana todavía más fácil que cualquier otra droga.

El precio de la supuesta mejor marihuana del mundo, la creepy, es para no creer: mil pesos vale un porro, pero no cualquier porro, sino uno con el cual se puede armar hasta tres cigarrillos del tamaño de un Piel Roja sin filtro. La heroína, el basuco y la cocaína siguen costando lo mismo: 5 mil el medio gramo, 2 mil la papeleta y 5 mil el medio gramo respectivamente. Precios que no han cambiado en casi 10 años.

Gracias al fácil acceso a la marihuana, recientemente, los jóvenes parecen haber cambiado la heroína y el basuco por esta planta que inunda el norte del Cauca. La facilidad para adquirir creepy se ve reflejada en los precios a mayor escala; por ejemplo: una libra de marihuana prensada en Quilichao se puede conseguir hasta en 60 mil pesos, en Cali, solo a 50 kilómetros, vale más del doble y en Bogotá asciende hasta los 600 mil pesos.

Aunque no es algo nuevo, los chicos desde los 12 y 13 años aún se sientan en las esquinas de barrios como Morales Duque, Santa Inés, Nariño, El Porvenir o La Corona a fumar marihuana. Sin embargo, el nivel de consumo parece haber aumentado, algo que no se puede confirmar porque todavía no existen estudios y cifras exactas. Pero este problema no es menos complicado que el de la heroína y el basuco. Patricia Sánchez, directora del ‘Centro Día’ asegura que la creepy tiene más de 250 compuestos químicos diferentes, entre fungicidas y aditamentos especiales para que la mata crezca más rápido. Estos elementos generan un gran daño cerebral, causando enfermedades como esquizofrenia y según la doctora Sánchez produce diez veces más cáncer que un cigarrillo.

No es posible determinar si estos jóvenes, al igual que Adrián o Pocholón, van a caer en drogas más fuertes y adictivas como la heroína o el basuco. No obstante, las historias son muy

similares, el apoyo sigue siendo casi el mismo y aunque existe el ‘Centro Día’ del Hospital Francisco de Paula Santander, es posible que no de abasto. El cupo de 40 se ha quedado corto desde hace tiempo. Además, hay que tener en cuenta que por falta de recursos no ofrece internamiento para mujeres, algo que es una verdadera complicación, ya que en el momento hay varias chicas que presentan una adicción compulsiva a los inhalantes y que comparten la calle con el resto de los drogadictos.

Así, el problema de la drogadicción en Quilichao no disminuye, aunque parece tomar nuevos rumbos. Una transformación que ya vivió hace una década cuando pasó de los estimulantes como la cocaína y el basuco a los depresores como la heroína; ahora parece el tiempo de la creepy, la marihuana que ha sido la noticia del momento respecto al tema de las drogas.

Hace 5 años el norte del Cauca estuvo en la agenda mediática por el consumo de heroína en Quilichao, ahora lo está porque las luces de los invernaderos en las montañas de Corinto no dejan de multiplicarse. Una producción que no solo cubre la demanda de Colombia sino de gran parte del mundo. Esperemos que por la lucha antidrogas, la creepy no se quede estancada en la región como lo hizo la heroína a comienzos de siglo cuando cayó en Santander de Quilichao Juan Carlos Crespo, el rey de la amapola.

Bibliografía temática

DROGADICCIÓN

- Bermúdez Peña, Claudia. (2006). *Ñan Runa manta: el sendero de los pueblos*. Cali: Universidad del Valle.
- Courtwright, David T.. (2002). *Las drogas y la formación del mundo moderno: breve historia de las sustancias adictivas*. España.
- Escohotado, Antonio. (1998). *Historia general de las drogas*. España.
- Escohotado, Antonio. (1994). *Las drogas, de los orígenes a la prohibición*. Colombia.
- Lewcowics, Ignacio. (1999). Subjetividad adictiva: un tipo psico-social históricamente instituido. *Las drogas en el siglo... ¿qué viene?*. (1999). Dobon y Hurtado (compiladores), Buenos Aires.
- Pérez, Augusto. (1988). *Historia de la drogadicción en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Restrepo, Luis Carlos. (1994). *La fruta prohibida: la droga como espejo de la cultura*. Bogotá.
- Rosero Sarasty, Oscar Martín. (1998). *Drogadicción: bibliografía comentada de algunos textos psicoanalíticos*. Tesis. Colombia.

REFERENCIAS PERIODISTICAS

- Castro Caycedo, Germán. (1999). Ay, gorda; Noches de cebras. *Colombia X*. Bogotá.
- Salcedo Ramos, Alberto. Amores de última página. *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas*. Colombia, 2005.
- Sánchez Ocampo, Carlos. (1993). *El contrasueño. Historia de la vida desechable*. Medellín: Universidad de Antioquia.

REPORTAJE

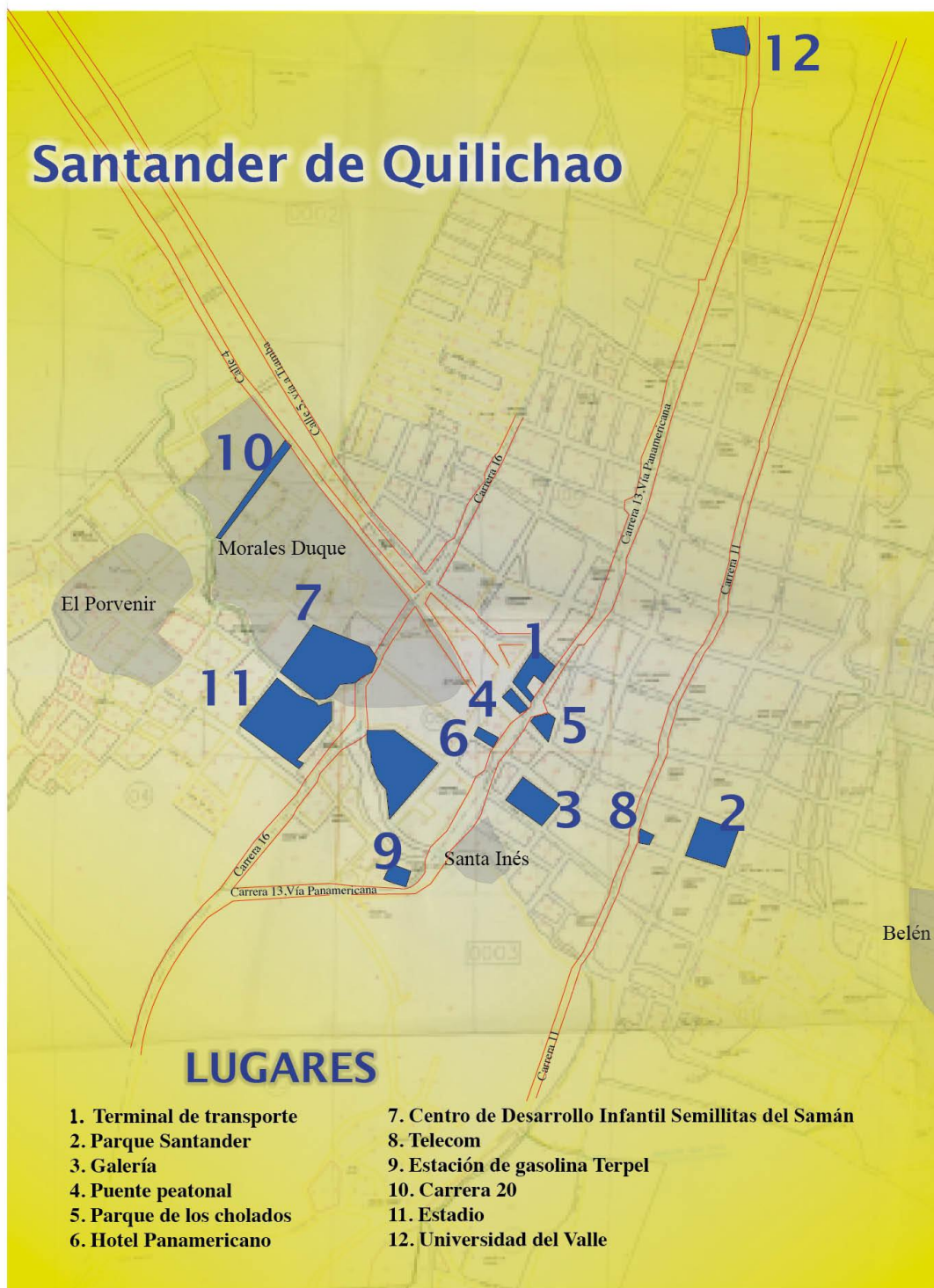
- Chillón, Albert (1999) *Literatura y Periodismo, una Tradición de Relaciones Promiscuas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

- Echevarría, Begoña (2011) *El reportaje periodístico, Una radiografía de la realidad. Cómo y por qué redactarlo*. España.
- González, Julián (2004) *Repensar el periodismo, Transformaciones y Emergencias del Periodismo Actual*. Cali: Universidad del Valle.
- Hoyos, Juan José (2003) *Literatura de urgencia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Hoyos, Juan José (2009) *La pasión de contar*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Parratt, Sonia (2003) *Introducción al reportaje: Antecedentes, actualidad y perspectivas*. Santiago de Compostela: Universidad Santiago de Compostela.
- Sánchez Ocampo, Carlos (1993) *El Contrasueño: historias de la vida desechable*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Sims, Norman (1996) *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Toro, Hernán (2011) *Ciudad vaga. Reportajes*. Cali: Universidad del Valle.
- Wolfe, Tom (1998) *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.

INVESTIGACIÓN

- Peretz, Henri (2000) *Los métodos en sociología*. Quito: Ediciones ABYA-YALA.

Santander de Quilichao



Mapa urbano de Santander de Quilichao, zonas de consumo referidas en los reportajes.